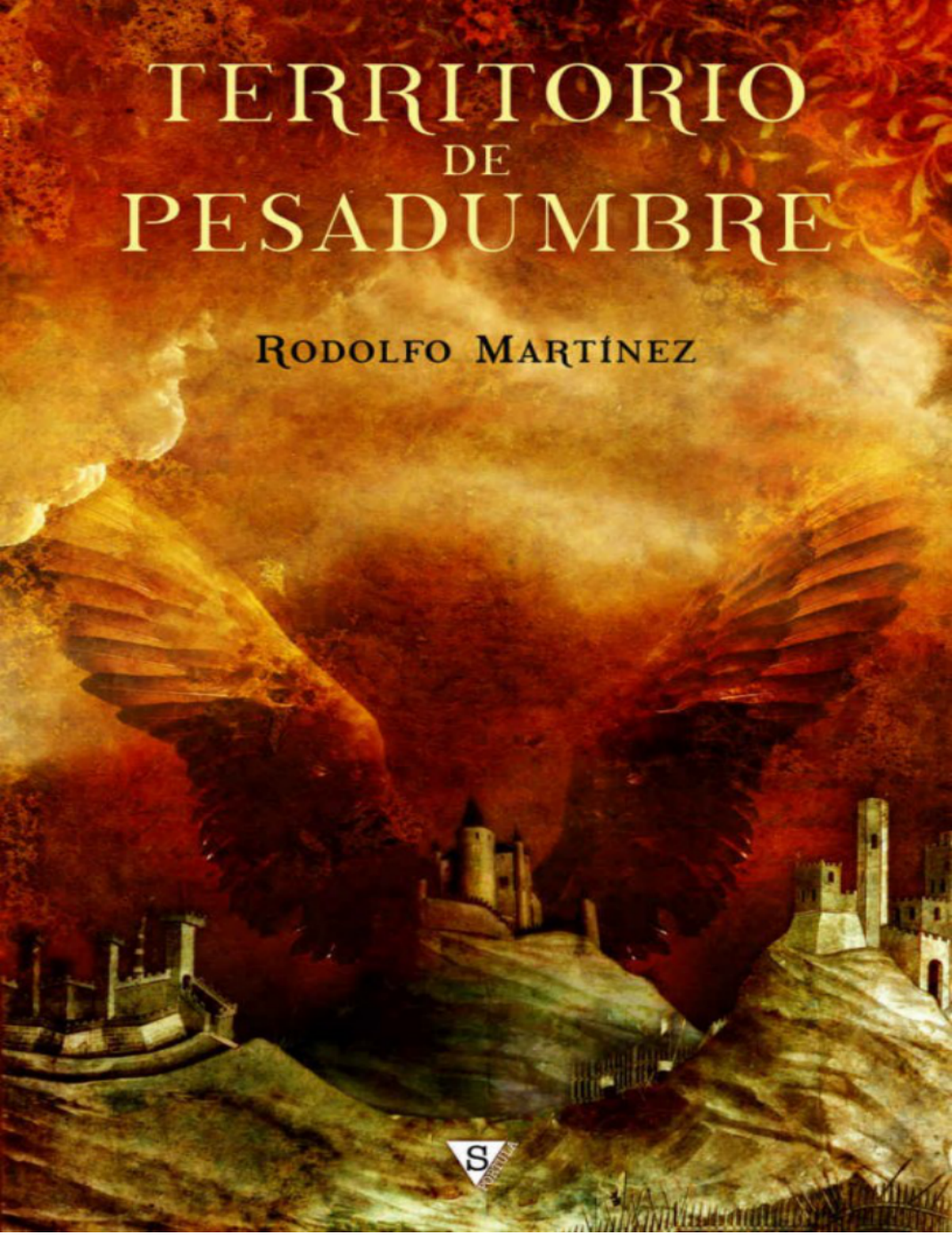
TERRITORIO DE PESADUMBRE

RODOLFO MARTÍNEZ



TERRITORIO DE PESASUMBRE

Rodolfo Martínez

Copyright © 1999, 2010, Rodolfo Martínez

Primera edición: Setiembre, 2010
Segunda edición: Noviembre, 2010
Tercera edición: Setiembre, 2012
Ilustración y diseño de portada: © 2010, Alejandro Terán

SPORTULA
www.sportula.es
sportula@sportularium.com

Este libro es para tu disfrute personal. Nada te impide volver a venderlo ni compartirlo con otras personas, por supuesto, y nada podemos hacer para evitarlo. Sin embargo, si el libro te ha gustado, crees que merece la pena y que el autor debe ser compensado recomiéndales a tus amigos que lo compren. Al fin y al cabo, no es que tenga un precio exageradamente alto, ¿verdad?

Territorio de pesadumbre

(Beca de Novela Corta Semana Negra 1998)

It was the best of times, it was the worst of times, it was the age of wisdom, it was the age of foolishness, it was the epoch of belief, it was the epoch of incredulity, it was the season of Light, it was the season of Darkness, it was the spring of hope, it was the winter of despair, we had everything before us, we had nothing before us.

Charles Dickens: A Tale of Two Cities

En el trono de un salón desierto; el centro de un reino desolado y frío, monótono, donde nunca pasa nada.

Arturo Pérez Reverte: El Club Dumas

I

—¿Furtivos?

—Furtivos —asintió el hombre a sus espaldas.

El desgarrón en la cúpula había sido hecho sin el menor cuidado: un enorme boquete por el que el oxígeno y la humedad se habían escapado al exterior y que había agostado la mayor parte de las plantas de las cercanías. Ya era bastante malo que entrasen en los invernaderos y robaran los frutos, pero aquella destrucción sin sentido... ¿Acaso eran tan inconscientes que no se preocupaban por lo que hacían? ¿Consideraban tan poco importante la labor de los invernaderos que no les importaba echar a perder el trabajo de cinco o diez años? Crispó las mandíbulas. Estaban jugando con su propio futuro y eran incapaces de comprenderlo. *Animales racionales*, pensó. *Escasamente, en realidad. Un mono tendría tanto sentido del futuro como ellos*. Claro que no quedaban monos para probar ese aserto, y descongelar un embrión y acelerar su desarrollo sólo para comprobarlo estaba fuera de lugar. Durante unos minutos, sin embargo, jugó maliciosamente con la idea. *¿Por qué no? Si lo afeitáramos y le diéramos ropas, su comportamiento no sería más destructivo que el de sus primos racionales*. Abandonó aquellos pensamientos y se incorporó.

A sus espaldas Shamael permanecía tan impasible como siempre. El traje protector solo permitía ver sus ojos, de un azul helado y con un brillo ligeramente socarrón.

—¿Estás seguro de que no han sido los Exteriores?

—Ellos no se comportarían así, Jorel, y lo sabes. Si los Exteriores hubieran atacado esta cúpula no estarías lamentándote porque algunas plantas se han marchitado. Te estarías preguntando dónde están las plantas y si esto había sido alguna vez un invernadero, en lugar de la llanura lunar que parecería.

Jorel sonrió. Shamael tenía cierta tendencia a la prosopopeya, lo que resultaba inevitable si uno creía sus palabras sobre su anterior... oficio.

—Bien. Supongo que intentarán venderlo en el mercado libre del Maul. Tendremos que ir hasta allí.

—¿Tendremos?

—Soy la Cabeza de la Casa Argicida, Shamael. Es mi deber.

—Por supuesto, mi Señor. No pretendía negarlo. Solo me pregunto si yo debo ir también.

—No, supongo que no. En estos momentos Kal te necesita más que yo.

Dentro de la capucha del traje de supervivencia, Shamael asintió. Jorel se volvió a los robots dorados que esperaban flotando dócilmente a unos metros de ellos.

—Reparad el desgarrón y esterilizad un kilómetro a su alrededor. Luego, seguid con el programa de replantado.

Las máquinas no respondieron, pero comenzaron a moverse enseguida con una eficiencia mecánica que Jorel no podía evitar encontrar inquietante. Dio media vuelta y, con Shamael a su lado, regresó al vehículo de superficie que les había traído hasta allí.

Mientras volvía al Castillo no pudo evitar el impulso de extender las alas del aparato y realizar una pasada sobre la cúpula. Durante unos instantes, perdido en mitad de aquel éxtasis contemplativo se olvidó de todo lo que no fuera el enorme invernadero: cien kilómetros cuadrados de un verde luminoso que parecía crecer bajo su mirada. *Algún día toda la Tierra volverá a ser así*, pensó. Y luego se dio cuenta del error que estaba cometiendo. *No. Deberá haber desiertos. Incluso ellos son necesarios en un ecosistema equilibrado. Pero yo nunca lo veré. Nunca contemplaré las plantas creciendo al aire libre, los gusanos deslizándose por su corteza, los insectos comiendo sus hojas, las arañas trenzando su delicada arquitectura entre sus ramas*. No, jamás lo vería, ni su hijo, ni seguramente los hijos de su hijo. Llevaban ya setecientos años luchando por recuperar la superficie torturada del planeta, y los éxitos parecían tan escasos comparados con el trabajo que aún quedaba por hacer que a veces dudaba de conseguirlo. Recordó cómo había sido el mundo una vez, tal y como lo había sentido a través de los programas almacenados en el visualizador: las sofocantes selvas amazónicas, los tranquilos bosques nórdicos, las grandes sabanas cubiertas de hierba y rumiantes hasta donde alcanzaba la vista, incluso el desierto, el interminable mar de arena donde las dunas parecían olas petrificadas en mitad de un gesto. *Estúpidos*, pensó. *¿Cómo pudieron ser tan estúpidos?*

Retrajo las alas y el vehículo volvió a descender; siguió su camino, deslizándose suavemente a un metro del suelo.

El muchacho lo miraba ansioso, buscando en su rostro la menor

señal de aprobación.

—No ha estado mal —dijo Shamael.

El inicio de una sonrisa apareció en los labios del chico.

—No lo ha estado si tenemos en cuenta que el nivel mental de tus oponentes en el simulador no superaba el de una marmota con insomnio. Si hubieran sido medianamente competentes habrías muerto. Varias veces.

La sonrisa murió en sus labios tan rápido como había aparecido.

—Acércate, Kal Veidt Zane Argicida, acércate y comprueba tus fallos.

Shamael agitó con suavidad una mano por encima de los controles. La imagen de la batalla, tal y como había quedado registrada en el simulador, se materializó ante ellos. La figura del joven Kal estaba integrada en la imagen, en el interior de uno de los minúsculos jets que giraban en el aire, como abejas en mitad de un ballet enloquecido.

—Observa. El enemigo te tendió una de las trampas más viejas y caíste en ella como un imbécil. Si hubieran sido mínimamente inteligentes te habrían cogido aquí. Es cierto que reaccionaste bien cuando comprendiste que era una trampa. —En el aire junto a ellos, el pequeño jet negro pilotado por el análogo de Kal hizo una maniobra inesperada y apareció a las espaldas de sus perseguidores —. Pero incluso tu maniobra fue una estupidez. Los sorprendiste y no atinaron a dispararte cuando te escabullías, pero si sus reflejos hubieran sido solo un poco más rápidos...

Kal miraba la imagen con el ceño fruncido. Lo había hecho lo mejor que sabía, había luchado poniendo toda su mente en la batalla. Demonios, había conseguido ganarle al simulador por primera vez desde que se había empezado a entrenar. Pero para Shamael aquello no parecía suficiente.

—No lo comprendes, ¿no es cierto? Crees haberlo dado todo y no comprendes mis reproches. —La voz fría y tranquila de Shamael interrumpió los pensamientos del muchacho—. Si me equivoco, corrígeme. Tus pensamientos estaban puestos en la batalla, centrados en ella. ¿Es así?

—Sí. —La palabra parecía haberle sido arrancada.

—Ése fue tu error. Nunca pienses cuando combates. Chiquillo, llevo seis meses intentando meter eso en tu pequeño cerebro y a veces desespero de conseguirlo. Los conocimientos están dentro de ti, tu mente tiene acceso a ellos. Te hemos llenado de ARN educativo de tal manera que debería rezumarte por las orejas. Así que no pienses. Tienes los conocimientos. Deja que tu cuerpo los

use. Eso es todo.

—Comprendo.

—No. No creo que comprendas. Llevas seis meses en el simulador, perdiendo una batalla tras otra y aún sigues empeñado en dejar que sea tu mente consciente la que haga el trabajo.

—Pero he ganado.

—¿De veras? Apenas has salido con vida y te ha costado hasta el último soplo de energía conseguirlo. ¿Qué harás cuando el simulador te presente mejores enemigos?

—Pelearé mejor.

—No. No si lo sigues haciendo de esa manera. Bien, no importa. Hoy no al menos. Es tarde y mañana debes madrugar para ir al trabajo del invernadero. Dúchate, cena algo y vete a la cama.

—¿Puedo ver a mi padre?

—Me temo que hoy no podrás. Está fuera.

—¿Algo oficial?

Shamael acentuó mínimamente su eterna semisonrisa.

—Podríamos decirlo así. Vete a la ducha.

Kal pareció a punto de añadir algo más, tal vez alguna pregunta. Luego, dio media vuelta y salió de la habitación.

El Maul, como siempre, apestaba. Y Jorel Veidt Kent Argicida sabía muy bien lo que había tras aquel hedor. Era el hedor de la vida, la peste de la manada; los hombres no eran más que animales gregarios que se habían desarrollado más allá de lo que resultaba razonable y en el fondo sólo anhelaban volver a estar entre la tribu. Porque un individuo solo se ve obligado a utilizar su mente para sobrevivir, necesita pensar si no quiere que el tedio interminable de las tardes solitarias acabe con él, debe usar su ingenio para que cada día no resulte igual que el anterior y sea indistinguible del siguiente. Ah, pero la tribu te acoge, tiene sus rituales, y en medio de ella estás a salvo, porque te dice lo que hay que hacer en cada momento, y hasta el último de tus gestos está ordenado de acuerdo a un propósito. Poco importa que ese propósito resulte fútil. Qué más da eso si al fin has encontrado un lugar donde te puedes dejar llevar, y la inteligencia no es necesaria, y puedes acallar el irritante murmullo de fondo de tus pensamientos que se obstinan en encontrarle un sentido a las cosas.

No siempre fui así de pesimista. Pero en el fondo no se consideraba pesimista en absoluto. Simplemente se negaba a dejarse engañar como lo hacían todos aquellos que lo rodeaban.

Salvo Shamael, pero en su caso no tiene ningún mérito. Me pregunto si Kal. Pero aquel no era el momento más adecuado para pensar en su hijo. Dio una orden disimulada a uno de los hombres que lo acompañaban y el comando se desplegó por la galería. Nadie lo advirtió. Si alguien se hubiera tomado la molestia de mirarlos más de un segundo, no habría visto nada fuera de lugar: sólo media docena de posibles clientes que paseaban con indiferencia por la larga galería.

Jorel remoloneó frente a un puesto de artesanía en cuya trastienda, probablemente, se llevaban a cabo transacciones no tan inocuas como la de un pedazo de barro con forma de cuenco a cambio de unos créditos. El Maul se había desarrollado al margen mismo de la legalidad, bordeando siempre lo ilícito, pero sin franquear jamás el umbral, al menos de forma abierta. Sabía que los ladrones del invernadero habían corrido allí a deshacerse de su mercancía: hasta que no la hubieran cambiado por créditos, sería como un tizón ardiente en su mano; e intentarían canjearla tan rápido como pudieran. No le interesaban demasiado los ladrones, aunque daría un castigo ejemplar con ellos, si no por otra cosa, sólo por principio. Su verdadera presa eran los comerciantes que adquirirían el material y que, casi con toda seguridad, habían financiado la expedición de los ladrones. Si lograba capturar a alguno de ellos y hacerle hablar... Sonrió, con esa sonrisa sombría y feroz que solía poner los pelos de punta a sus cortesanos. Sí, si lograba atrapar a uno de aquellos comerciantes y hacerle hablar, a ciertos nobles de la Casa Argicida les costaría conciliar el sueño aquella noche y quizá llegasen a considerar seriamente el cambiar de Casa. Pensó en su hermano, pero abandonó la idea casi en seguida. Ahora no era el momento de fantasear.

Captó un gesto de uno de sus hombres, a unos diez metros por delante de él, algo a su derecha, y comprobó su rastreador de muñeca con un gesto que no pareciera premeditado. Ahora reprimió la sonrisa. Su experimento había funcionado. Las últimas cosechas habían sido ligeramente alteradas por los bioingenieros del Castillo, y todas ellas llevaban una marca genética claramente rastreable a una distancia no muy grande. El material robado estaba cerca de allí, muy cerca.

El rastreador fue guiándolos, a él y al resto de sus hombres. Cuando coincidieron todos en la puerta de la misma tienda lo hicieron de forma tan natural y aparentemente al azar que nadie encontró nada raro en ello. Jorel desenfundó su pistola de proyectiles, la ocultó bajo su capa verde oliva e hizo un gesto

mínimo con la cabeza a sus hombres.

Actuaron con la precisión de un grupo de bailarines que han ensayado juntos la misma obra durante años. Irrumpieron en la tienda, tomaron con sus armas los puntos clave, y Jorel y dos miembros del comando pasaron a la trastienda.

Un hombrecillo indecentemente gordo fue sorprendido a mitad del regateo con dos individuos malencarados.

—¿Qué...? ¿Cómo os atrevéis?

—Silencio ante la Cabeza Argicida —dijo uno de los hombres del comando.

Jorel lo maldijo en voz baja por su impetuosidad, pero ya era tarde para lamentarlo.

—Mi señor —dijo el hombre gordo—. Es un honor tan inesperado... Sabes que siempre eres bienvenido en el Maul, pero aparecer así, irrumpir de esa forma, y armado... El estatuto del Maul garantiza...

—No garantiza nada cuando estás comerciando con vegetales robados de mis invernaderos —dijo Jorel.

En su voz no había el menor asomo de rabia, se limitaba a informar al gordo de un hecho. Aquello pareció asustarlo más que un estallido de furia incontrolada. Todos conocían a la Cabeza y sabían que cuanto más frío y mesurado se mostraba, más terrible solía resultar su castigo. Sin embargo, el comerciante no era ningún recién llegado a aquel negocio. Sabía que su pellejo dependía en gran parte de que no se dejase amilanar y conservara la calma.

—Eso tendréis que probarlo.

—¿Quizá se las has robado a otra Casa, entonces? No, déjame que lo adivine. El exterior ya no es estéril y tienes un huertecito en la ladera la de la colina más cercana.

—Mi señor bromea, sin duda.

—Eres perspicaz, comerciante. ¿Y bien?

—No entiendo.

—Espero una respuesta a mi pregunta. ¿Tienes un huerto o se lo has robado a otra Casa?

—Ninguna de las dos cosas. Mi señor. Proceden de un invernadero privado.

—Claro. Y tienen mi marca genética. Curiosa coincidencia, sin duda.

—¿Vuestra... marca?

—Oh, perdona. Quizá no estás al tanto de la última circular del Castillo. Los genes de las plantas de los invernaderos Argicidas son marca registrada y solo la Casa Argicida y sus representantes

legítimos pueden usarlos.

—Ya veo.

—Sí. Claro que lo ves. —De pronto se sintió cansado de todo aquello. Aquel individuo grasiento estaba comerciando con el futuro del mundo como si fuera una mercancía de escaso valor, y estaba harto de discutir con él y tratar de mostrarse ingenioso—. Llevaos a estos dos e interrogadlos —dijo en un tono de voz que no perdió su frialdad, pero que de pronto se volvió implacable—. Y dejadme a solas con nuestro amigo. Tenemos cosas de que hablar.

Los soldados dudaron, pero lo conocían demasiado para desobedecerle e hicieron lo que les pedía.

—Bien. Dejémonos de tonterías y vayamos al grano —dijo mientras se quitaba la capa y se acomodaba frente al comerciante, apartando a los lados media docena de cojines obscenamente cómodos—. Siéntate. —Le señaló con la mano una silla al hombre gordo y éste hizo lo que Jorel le pedía después de unos segundos de vacilación—. Sin duda crees que podrás salir de eso sin grandes problemas. Siempre puedes alegar que ignorabas la procedencia de las mercancías que comprabas y al fin y al cabo será la palabra de esos hombres contra la tuya. Sabes que no tengo pruebas. Y sin pruebas ningún tribunal te tocará un pelo. Ni siquiera la Cabeza Argicida puede hacer nada contra ti. Hasta yo estoy atado a la ley, ¿no es cierto?

—Así es, mi señor —dijo el comerciante, pero su voz no sonaba demasiado contenta, como si hubiera una trampa oculta en las palabras de Jorel.

—Pero tú eres un hombre sagaz, experimentado. Y sabes que la teoría y las leyes tienen poco que ver con la realidad. Matarte me costaría tanto como aplastar un mosquito. Menos aún en realidad —sonrió y por unos instantes pareció un lobo relamiéndose ante la proximidad de su presa—, porque me resultaría casi imposible encontrar un mosquito y a ti te tengo al alcance de la mano. Y nadie me echaría la culpa. No habría pruebas. Yo no habría intervenido. Muy simple, ¿no es cierto?

El comerciante no dijo nada durante largo. Al fin, su papada temblequeó ligeramente y sus labios casi porcinos se abrieron:

—¿Qué quieres de mí, mi señor?

—Quiero los nombres de tus clientes. Esos habitantes del Castillo que se creen por encima de la humanidad. Esos nobles representantes de la aristocracia que no tienen el menor escrúpulo en destruir el futuro de sus descendientes con tal de disfrutar de algún manjar exótico en sus mesas. A cambio vivirás, que es más de

lo que mereces. Creo que es un trato muy ventajoso. Sobre todo para ti.

Desde donde estaba, Kal podía contemplar la escena sin problemas. Abajo, en el yermo y tranquilo jardín ornamental de piedras, su prima estaba interpretando una de sus obras favoritas. «Arrancarle las Alas a las Mariposas», tal vez, o quizá «Veamos Hasta Donde Llega este Imbécil antes de Darse Cuenta de que Me Estoy Riendo de Él». Se llamase como se llamase, el juego era siempre el mismo y Kara lo jugaba con un abandono y una entrega totales. También lo jugaba con absoluta crueldad, pero eso solo la hacía parecer más atractiva.

Desde el balcón, medio apoyado en la balaustrada, Kal contempló como su prima le daba los últimos zarpazos a su víctima antes de abrir la boca y tragársela de un solo bocado. La presa (Urso, el hijo del encargado de Armamento) parecía completamente fascinada ante el predador, y Kal supuso que de encontrarse en su lugar él habría reaccionado exactamente igual.

Sí, aunque yo la conozco y sé los trucos que utiliza también a mí me habría atrapado. Desde que tuvo edad para entender las cosas Kal había procurado mantenerse alejado de su prima y ella le había correspondido con un desdén distante que el muchacho no sabía muy bien cómo interpretar.

La escena llegó a su fin. Urso comprendió finalmente el juego que se había estado desarrollando durante aquellas semanas con él como juguete principal y la rabia y el dolor galoparon por su rostro como un animal desbocado. Los pretendientes despechados de Kara rara vez intentaban usar la violencia: al fin y al cabo era la sobrina de la Cabeza, y atacarla físicamente resultaba impensable, pero Kal creyó que esta vez su prima había calculado mal a su presa y Urso cruzaría el límite. La prudencia ganó en el último momento, sin embargo, y Kal casi lo lamentó. Estaba seguro de que Kara sabía defenderse sin problemas de cualquier atacante y le habría gustado ver una buena pelea.

Su prima dio media vuelta, con la sonrisa brillando en sus oscuros ojos y abandonó el jardín. Se detuvo de pronto, al darse cuenta de que alguien la miraba desde el balcón y reconocer a su primo en el espectador. Kal vio casi fluir los pensamientos por su cabeza: *Nos ha visto. Lo ha visto todo*.

Sonrió a su prima, procurando que su sonrisa fuera toda candor e inocencia. Ella frunció apenas el ceño y siguió su camino. En el

jardín quedaba Urso, completamente inmóvil, como una marioneta a la que de pronto le han cortado las cuerdas o un robot que se ha quedado sin batería. Una figura patética y abatida.

Y sin embargo, desde su observatorio en el balcón, Kal no pudo evitar sentir una punzada de envidia. Pese a todo, envidiaba la suerte de aquel imbécil. *Se me pasará con la edad*, pensó, remedando conscientemente una de las muletillas favoritas de los adultos. *Pero en el fondo no quiero que se me pase*. La imagen de su prima estaba grabada con demasiada fuerza en su interior: sus lánguidos y elegantes movimientos de felino, su olor denso, fresco, húmedo (*así debían oler las selvas al amanecer*, pensó), el enigma irresoluble, cruel, afilado de sus ojos oscuros. *Mierda. Pero es la criatura más egoísta y voluble que jamás he conocido. Tanto como su hermano. Claro que al menos ella tiene una cabeza y sabe utilizarla*.

¿Y él? Con la inconsciencia de sus dieciséis años se sentía orgulloso de su control sobre sí mismo, de no dejarse llevar por sus emociones (*nunca permitas que tus gónadas decidan por ti*, le había dicho Shamael cuando aún no levantaba un palmo del suelo, y no había podido olvidar la frase), de actuar siempre tal y como la situación exigía, analizando los pros y los contras y adoptando el camino de menor resistencia hacia el objetivo. Pero empezaba a sospechar que todo aquello podía ser una quimera, que si un día su prima se proponía jugar con él, también acabaría como una marioneta desmadejada en mitad de un jardín ornamental. Y de nada le serviría conocer todos y cada uno de sus trucos. Al contrario. Eso solo le haría la victoria más fácil a Kara.

No puedo dejar que lo sepa. No puedo dejar que sepa el poder que tiene sobre mí, pensó. Pero la única forma de conseguirlo era evitándola. Y dudaba de poder hacerlo.

—¿Y bien, hermano? Sé lo que te disgusta mi presencia, así que no habrías venido a mis habitaciones si no estuviera relacionado con algo que consideras tu deber.

—Mi presencia no me disgusta, Zor. Creo que es más bien al contrario. Pero tienes razón, no habría venido si no fuera necesario.

—Adelante. —El rostro de Zor era una máscara indescifrable. Varios pliegues grasientos ocultaban su mandíbula, convirtiéndola en una sucesión de blandas papadas. Sus ojos, cetrinos y pequeños, ardían con un brillo frío y miserable.

—Esta noche hay una cena oficial. Se agradecerá tu presencia y la de tus hijos.

Por primera vez, Zor pareció haber sido pillado por sorpresa. Sus ojillos se abrieron repentinamente.

—¿Para eso has venido aquí? Podías haberme enviado un mensaje.

—Cierto. —Jorel sonrió y su hermano reprimió un escalofrío ante el gesto—. Pero ya sabes lo concienzudamente que me tomo estas cosas. Que pases una buena tarde, hermano.

Sin esperar respuesta, Jorel abandonó la habitación.

Kal entró en el salón principal. Su padre le había dicho, a través de Shamael, que acudiera a la cena de rigurosa etiqueta. Vestía el uniforme de la familia, negro y verde, y al igual que Jorel no llevaba insignia de ninguna clase que pudiera delatar su rango. «El poder está en uno mismo, no en los abalorios con que lo adornes», solía decirle Shamael. Pese a todo, Kal no podía evitar cierta vergüenza ante los uniformes de fantasía de su primo Zed, o incluso ante las pecheras generosamente recubiertas de galones del más miserable cortesano. Al menos la tranquila dignidad con la que su padre llevaba el uniforme desnudo resaltaba su autoridad en lugar de mermarla, pero ¿él? Se sentía indefenso, inútil, como un chiquillo que todavía no ha hecho méritos suficientes para que los mayores se fijen en él.

Tomó asiento junto a su padre, al lado de Lavin, el censor de la Familia, y no muy lejos de su prima, cuyo perfume parecía especialmente intenso aquella noche. Su tío Zor contaba alguna divertida anécdota a un par de cortesanos que tenían el aspecto de estar pasándoselo de miedo. Zed, ceñudo, apenas intervenía en las conversaciones, demasiado consciente de su condición de patán de músculos hipertrofiados. Su padre, como de costumbre, ocupaba la cabecera de la mesa. Ni sonreía ni hablaba, pero de vez en cuando asentía distraídamente a algún comentario o esbozaba un gesto de aprobación ante alguna frase.

Nada especial. Una cena como tantas otras. Pero casi antes de que hubiera terminado de formular el pensamiento, la voz de Shamael resonó dentro de su cabeza. «Una cosa es lo que ves y otra lo que hay. Aprende a distinguirlo». Cogió los cubiertos con el gesto pausado que se esperaba del hijo de la Cabeza y, mientras daba cuenta de su comida, se convirtió en una cámara registradora de cuanto ocurría a su alrededor. No tardó en percibir la inquietud de su tío, disfrazada con cierto éxito bajo su actitud bufonesca, la expectación que ocultaban los gestos medidos de su padre, o

incluso el malhumor de Kara, cuyos coqueteos de aquella noche no parecían estar teniendo mucho éxito.

Algo iba a ocurrir. Su padre preparaba algo y su tío lo sabía o cuando menos lo sospechaba. En cuanto a Kara, su malhumor podía deberse a eso o a otras mil causas. Y, por supuesto, su primo seguía sin enterarse de nada de cuanto ocurría. Por unos instantes echó de menos la presencia de Shamael, ocupado en dios sabe qué misterioso asunto a aquellas horas, para poder contarle lo que había descubierto. No, mejor no. Shamael minimizaría sus logros y llamaría la atención sobre todo aquello que se le había escapado. Así que volvió a explorar cuanto le rodeaba y ahora se dio cuenta de que su tío no era el único que sospechaba las intenciones de su padre. Una media docena de cortesanos del más alto rango intercambiaban miradas furtivas entre sí y no parecían encontrarse demasiado cómodos en medio de sus lujosos ropajes. Incluso... sí, Lavin sabía algo. Aquel ridículo hombrecillo con voz de flauta estaba en el secreto, sin la menor duda, todos sus ademanes lo evidenciaban. *¿Será algo que le haya dicho mi padre?* No podía asegurarlo, pero de alguna manera presentía que si Lavin conocía lo que iba a pasar o tenía alguna sospecha sobre ello no era porque su padre se lo hubiera dicho. Ni él ni Shamael le habían hecho jamás el menor comentario sobre el censor de la familia, pero Kal presentía, no sabía muy bien por qué, que no confiaban en él. Él mismo desconfiaba del eficiente Lavin, siempre invisible y susurrante, siempre impoluto y dispuesto a todo.

En aquel momento su padre alzó la copa, preparándose para el brindis tradicional de las cenas familiares. Las conversaciones fueron muriendo lentamente a medida que los comensales se daban cuenta de que la Cabeza se disponía a hablar. Jorel mantuvo la copa en alto, sin perder la paciencia ni la compostura mientras el silencio se iba haciendo a su alrededor.

—Amigos, familiares. —Su voz sonaba tranquila y suave como siempre, el guante de seda que, bien lo sabían algunos, ocultaba el puño de hierro—. Os he reunido esta noche para que seáis testigos de un acontecimiento de especial importancia. Y para celebrarlo he hecho traer algunas exquisiteces que espero sean de vuestro agrado.

Dio una palmada y las puertas del salón se abrieron. Más de treinta criados entraron en la habitación, trayendo con ellos una colección tan heterogénea como insólita: lo mejor de los invernaderos estaba allí delante, a su disposición, hortalizas exóticas y frutos relucientes y maduros brillaban en mitad de la

sala, esperando que alguna boca hambrienta se lanzase sobre ellos. Nadie se movió.

—¿Y bien, son de vuestro agrado? ¿Lo son, Espauro, Conza, Shmert? ¿Os parecen apetitosas, Javilovic, Todaumos, Lorre, Samsuo? —Un pelotón de soldados entró en la sala y fueron distribuyéndose, en un plan que parecía ensayado mil veces, alrededor de los hombres que su padre nombraba—. Disfrutad con lo que veis, porque puede que sea lo último que podáis mirar en esta tierra. Se os acusa del crimen capital: habéis dilapidado el mañana. Lleváoslos. —Su voz era ahora seca al dirigirse a los soldados.

Éstos no se hicieron repetir la orden. Ninguno de los detenidos se resistió mientras los sacaban fuera de la sala y su padre daba una nueva orden a los criados para que retiraran las viandas del salón. Mientras, lentamente, las conversaciones se reanudaban (los predecibles comentarios sobre el escándalo, los gritos clamando justicia, los lamentos de consternación) Kal pudo ver como su padre y su tío se intercambiaban una mirada de inteligencia. Zor parecía preguntarse por qué no le había detenido aún. El brillo en los ojos de Jorel era una promesa y una advertencia.

Al regresar a su habitación, Kal repasó confuso los acontecimientos de la noche. Sus sentimientos no eran de orgullo por haber desentrañado parte de lo que ocurría a su alrededor antes de que sucediese, ni siquiera de admiración hacia su padre por lo bien que había manejado el asunto. Se sentía avergonzado, porque lo único que había podido pensar mientras los conspiradores eran detenidos era en lo jugosas que parecían las frutas, en el apetitoso aspecto de las hortalizas, en la saliva que segregaba su boca pese a que su estómago ya estaba saciado.

Cuando Jorel llegó aquella noche a sus habitaciones había un asesino esperándolo tras la puerta. El hecho le sorprendió tanto (el material sensible de la cerradura no debía haber permitido la entrada a nadie que no fuera él mismo) que la figura encapuchada que saltó sobre él con un cuchillo en la mano estuvo a punto de tener éxito.

Se hizo a un lado justo a tiempo. Su atacante fintó con habilidad, y Jorel sólo pudo dejarse caer al suelo y rodar hasta estar fuera de su alcance. Desenvainó su propio cuchillo y se incorporó.

En la penumbra, su asesino era una sombra tan silenciosa y

veloz que cada uno de sus movimientos resultaba casi letal. Jorel le hizo frente con el mismo silencio, e intentando igualar su velocidad. Comprendió enseguida que le costaría cada átomo de sus reflejos estar a la altura de su atacante y luego todo pensamiento consciente desapareció de él, dejando que su entrenamiento de años y años se hiciera cargo de la batalla.

Cuando volvió a tomar el control de su mente, sangraba por una docena de heridas, ninguna importante, y su misterioso asesino era una figura encapuchada e inmóvil en el suelo de piedra, con el mango de un cuchillo asomando entre las costillas.

Se agachó y su mano arrancó la capucha que cubría el rostro del cadáver de un gesto seco. Durante unos instantes se quedó inmóvil contemplando aquellos rasgos que conocía tan bien. No era extraño: eran los suyos.

Luego, no pudo evitar una carcajada. En parte era alivio por estar vivo, pero había verdadero humor en la risa. Su hermano se estaba volviendo ingenioso con los años. Había robado uno de sus clones y lo había adiestrado para matarlo; por eso la cerradura le había franqueado el paso a sus aposentos: lo había tomado por él. Zor debía haber pensado que nadie mejor para matar a Jorel que el propio Jorel.

Ah, había sido un buen día, sin duda, pese a la destrucción causada en el invernadero. Había detenido a los ladrones y castigado a los instigadores del crimen. Y su hermano le había gastado una buena broma. Mortal y pérfida, sin duda, pero también buena. Sí, había sido un día excelente.

No habría muchos más así, comprendió de repente. Y la risa murió en sus labios con un chasquido.

2

El amanecer es como una herida abierta y supurante. La luz cae sobre la tierra como si la golpeara con saña, con indiferencia, con crueldad. Las pocas criaturas que han conseguido adaptarse a este infierno se retiran a sus madrigueras en cuanto notan los primeros rayos del sol sobre sus pieles acorazadas. Arbustos de formas enloquecedoras, que parecen surgir de la pesadilla de algún pintor enloquecido, cierran sus flores hasta convertirlas en puños fortificados. Llega el día y, con él, la escasa vida que se ha atrevido a asomar la cabeza durante la noche huye despavorida. El sol ilumina una tierra de desolación, en la que el silencio aúlla una canción desesperada que nadie oye. La tierra es un inmenso cementerio. Nada se atreve a arrastrarse por su superficie torturada, nada repta sobre las rocas desnudas, nada corre por encima de la arena abrasadora.

Pese a todo hay vida, aunque seamos incapaces de verla. La vida es como una plaga y, si bien necesita condiciones delicadas para aparecer, luego es capaz de adaptarse a cualquier ambiente, de desparramarse sobre cualquier superficie. Incluso aquí, en esta yerma tierra desolada, la vida ha logrado hacerse un hueco. Los hombres del interior de las cúpulas, los castillos o los invernaderos, rara vez salen al exterior, y cuando lo hacen, metidos en los trajes de supervivencia que les dan la apariencia de cosmonautas abandonados en alguna luna solitaria, contemplan con repugnancia a las criaturas que han conseguido adaptarse a las nuevas condiciones del exterior. A veces capturan alguna y la analizan en sus laboratorios, escudriñan, diseccionan, experimentan y, finalmente, toman una decisión que exterminará su especie o la permitirá seguir sobreviviendo.

Sí, hay vida. Lo que antes fue un insecto es ahora un acorazado quitinoso que protege de esa forma sus genes de las enloquecedoras radiaciones ultravioleta, ignorante de que su protección es su condena y que nunca escapará del instante evolutivo en el que se ha congelado a sí mismo buscando sobrevivir. Algunas criaturas se han rendido, han permitido que la radiación juegue con su alfabeto genético y cambie las letras al azar en una imposible ruleta rusa que llevará a su extinción; otras buscan refugio durante el día,

ocultándose en lo profundo, saliendo sólo durante la noche en la que las estrellas dejan sentir su luz pálida sobre el mundo.

Los hombres no han cambiado. Tienen el poder para alterarse a sí mismos, para cambiar sus cuerpos y sus mentes de forma que puedan sobrevivir en la llanura gris que es ahora la Tierra. En lugar de eso se han fortificado, han buscado parapeto tras sus fortalezas artificiales y desde allí intentan recuperar lo que fue una vez y ellos mismos destruyeron. A la larga, piensan algunos, es un intento condenado al fracaso. En cierta manera no son muy distintos de los insectos que han escudado sus genes y se han convertido en estatuas vivientes. Allí, dentro de sus castillos y cúpulas, la vida es, en apariencia, tal y como fue en el pasado. Pero no es más que una ilusión: sin los cuidados constantes de los robots jardineros, los invernaderos habrían muerto hace tiempo y quizá las delicadas especies que protegen en su interior nunca estén preparadas para sobrevivir sin su ayuda. ¿Cambiará alguna vez el planeta? ¿Volverá alguien a ver otra vez las verdes colinas de la Tierra? En el fondo pocos se preocupan por ello. El hombre tiene una rara capacidad para olvidarse del futuro y no preocuparse por el pasado; el presente es para ellos lo único que existe, y se conforman con él. No todos, sin embargo. Algunos siguen luchando; incluso convencidos del fracaso, siguen luchando.

Mientras tanto, la tierra es un yermo territorio de pesadumbre por el que nadie se atreve a aventurarse.

Despertó con la sensación de que aquel no era su cuarto. Murmuró con voz pastosa la orden que encendería las luces y se incorporó a medias en la cama, aún adormilado y con los ojos nublados por los últimos jirones del sueño. Tonterías, claro que era su habitación, ¿qué otro lugar podía ser?

Pero hay algo que está mal. No sabía que era: todo parecía estar en su sitio y sin embargo no podía librarse de la sensación inquietante de que algo no encajaba. Se levantó y vistió sin dejar de mirar a su alrededor, tratando de calmarse con el reconocimiento de los objetos que le eran familiares. Pese a todo la sensación persistía y no conseguía librarse de ella.

Hizo visible el reloj en el techo y contempló en silencio los segundos parpadeantes. *Las cuatro y diez. Una buena hora para estar durmiendo* .A las cinco y media los criados vendrían a despertarlo y, sin duda, Shamael estaría esperándolo ya para encargarle alguna tarea desagradable pero necesaria para forjar el carácter del hijo de

la Cabeza de la Familia. Volver a acostarse era una tontería, así que mejor aprovechaba el tiempo que le quedaba hasta que vinieran a buscarlo.

Deambuló por los pasillos de la casa, vacíos a aquellas horas, por los que solo se movía la sombra furtiva de algún robot de mantenimiento. A lo lejos, sobre las torres, los vigías permanecían inmóviles en sus puestos, estatuas impávidas que serían relevadas un cuarto de hora más tarde.

Llegó a la cocina y se sirvió un vaso de agua fresca que bebió allí mismo, en la oscuridad tranquila de aquella habitación enorme. Estaba más relajado, pero la sensación de incomodidad persistía, lejana y aletargada en lo más profundo de su mente.

Se volvió de pronto. *No, tonterías. Un robot*. Pero el ruido que había escuchado no parecía el susurro eficiente de los servomecanismos, ni tampoco el sonido envarado de un guardia en mitad de su ronda. *Tonterías*, pensó de nuevo.

Cayeron sobre él sin previo aviso, y la única arma a su alcance era el vaso del que había estado bebiendo. Lo clavó en el rostro de su primer atacante antes de que hubiera tenido tiempo de pensar lo que estaba haciendo y se volvió para enfrentarse con el segundo mientras su vista recorría la cocina en penumbra en busca de un arma con que hacerle frente.

La mejor arma eres tú mismo, decía la voz suave y socarrona de Shamael en lo más hondo de su mente. *Sí*, pensó. *Pero mejor si encuentro otra*. De un salto se subió a la enorme mesa de la cocina y desde allí esperó a la figura vestida de negro que venía hacia él.

Había algo familiar en sus movimientos, algo en su figura que le resultaba conocido e inquietante. Solo que ahora no tenía tiempo de pensar. Sus ojos localizaron lo que buscaban y se preparó para saltar, en apariencia hacia su atacante, pero en el último momento sus pies variaron el ángulo en que lo impulsaban y le llevaron hacia el extremo opuesto de la cocina.

El aterrizaje no fue un prodigio de habilidad, pero cuando se incorporó su mano sostenía un largo cuchillo de trinchar que resplandeció brevemente en las sombras.

Dos hábiles golpes y el hombre que lo había atacado yacía a sus pies, completamente inmóvil. Con todos los sentidos alerta, se agachó hacia él y le arrancó la capucha que le cubría el rostro.

Papá. Imposible. Aquello era ridículo. Se dirigió al otro hombre y repitió la operación. El mismo rostro. ¿Qué demonios...? Y de pronto cayeron sobre él: ocho, diez, quince individuos, todos compartiendo el rostro de su padre y todos con un brillo asesino en

los ojos.

Estoy muerto, pensó. *Estoy muerto y esto no tiene sentido*. Y luego ya no pudo pensar más. Todo sucedía demasiado rápido. La necesidad de la supervivencia se imponía a todo y su cuerpo respondía a ella como un mecanismo bien engrasado. Asistía a la pelea como un espectador distante, apenas interesado, mientras los reflejos que Shamael había ido despertando en él se encargaban de llevar a cabo aquella coreografía letal de la que dependía su existencia.

De pronto se encontró en mitad de la cocina, con diecisiete cadáveres a sus pies, diecisiete cuerpos que pertenecían a la misma persona y que parecían mirarlo desde la muerte con el mismo reproche amable con que su padre lo miraba cuando hacía algo inapropiado.

Clones, pensó. *Por supuesto.* Pero ¿quién podía ser tan retorcido para intentar matar al hijo de la Cabeza usando clones del padre? *Sólo mi tío.*

—Fin de programa —dijo de pronto una voz suave que conocía bien y que parecía llenar todo el espacio a su alrededor—. Desconecta estimulación sensorial.

La oscura cocina titiló como el paisaje desdibujado de un sueño y Kal se encontró flotando en mitad de la sala del simulador, sujeto a los arneses de realidad virtual mientras Shamael le quitaba el caso y lo contemplaba con aquella media sonrisa que parecía haber sido tallada en su rostro.

—¿Qué...?

—Has hecho un buen trabajo, Kal Veidt Zane Argicida. Tus reflejos respondieron al entrenamiento y tu mente consciente no interfirió con ellos.

—¿Qué? ¿Me has metido en simulador sin avisar? ¿Has dejado que creyera que estaba en peligro de verdad?

—Por supuesto. ¿De qué otra manera podría haber hecho que despertases?

Kal abrió la boca y volvió a cerrarla sin decir nada. Tenía razón, maldito fuera mil veces, pero tenía razón. Cuando se entrenaba en el simulador era demasiado consciente de que todo era una ficción. Sólo la posibilidad de una amenaza real podía haberlo hecho actuar de aquella manera.

Se desató de los arneses y se incorporó frente a Shamael.

—¿Por qué mi padre?

—¿Hay algo mejor que ver un cuchillo que avanza hacia tus tripas en la mano del hombre que te ha engendrado?

—Ya veo. ¿Puedo ducharme? —preguntó, en un tono que intentaba ser tranquilo.

—Por supuesto. Tus tutores te esperan en la sala de estudios. Dentro de quince minutos.

—Estaré allí.

Mientras caminaba hacia la ducha intentó odiar a Shamael, pero no pudo hacerlo. Demonios, había sido divertido. Inquietante, y desorientador, pero divertido.

Había estado allí hacía menos de dos días. Dios bendito, ¿para qué servía todo lo que había hecho: reparar el desgarrón, ir hasta el Maul, detener a los ladrones, hacer un trato con el comerciante, dar un escarmiento con los nobles que lo habían planeado? Todo era inútil frente a la realidad que le mostraba ahora el monitor: el invernadero ya no existía. No era más que un cráter, una superficie torturada y muerta en la que los esqueletos carbonizados de plantas y animales se alzaban como mojones siniestros en una llanura lunar. Aquí y allá, las tripas metálicas de un robot yacían al sol, cubriéndose lentamente de óxido.

—Los Exteriores —murmuró.

Tras él, Shamael no dijo una sola palabra.

—Es como si... como si lo hubieran hecho de forma deliberada. Como si hubieran elegido ese invernadero y no otro precisamente porque yo estuve allí. ¿O estoy siendo demasiado paranoico?

En realidad la pregunta no iba a dirigida a nadie, pero Shamael la respondió:

—Tal vez. Pero incluso así es posible que tengas razón.

Durante largo rato Jorel no dijo nada, mientras sus ojos recorrían cada píxel de la escena que la cámara le mostraba.

—Esto no es justo. Sí, lo sé. La justicia no tiene nada que ver con todo esto. No necesito uno de tus sermones, Consejero mío. Por lo menos no ahora. Lo que necesito es tu ayuda.

—¿Para qué? ¿Para suicidarte?

—Quizá. Puede haber una posibilidad de que lleguemos a un entendimiento con los Exteriores. Y si la hay, debo intentarlo. Esta destrucción tiene que cesar. Es necesario.

—Tal vez sea necesario. Pero no inevitable.

—Otro día retorceremos el lenguaje. Hoy no me encuentro de humor. Dime lo que piensas realmente, Shamael.

—Pienso que tu idea es una estupidez. Y que lo único que conseguirás será una muerte prematura. Los Exteriores no quieren

negociar. No quieren un huequecito en el espacio del poder. Su único interés es la destrucción.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—¿Cómo puedes no estarlo tú? Cada uno de sus ataques es un mensaje, un mensaje impreso a sangre y fuego y perfectamente claro. Si aspiras a conquistar algo, no lo destruyes. ¿Cómo lo disfrutarás entonces cuando sea tuyo? No. Quieren acabar con lo que estáis haciendo, nada más.

—Pese a todo debo intentarlo.

—Lo sé.

Jorel sonrió. Oprimió un botón en el tablero de mando y la imagen de desolación desapareció de la pantalla.

—Lo haré la próxima semana. Saldré al exterior y me pondré en contacto con ellos. Debo hacerlo.

—¿Sabes? Casi parece como si intentaras que yo te convenciese de lo contrario.

—Sí. Me gustaría que pudieras hacerlo. Te aseguro que no tengo el menor deseo de morir. No soy ningún mártir. Pero a menos que me proporciones un buen motivo para evitar lo que es mi deber, tendré que hacerlo.

—¿Qué hay de la inutilidad de algo así? ¿No es motivo suficiente?

—Lo sería si estuvieras seguro. ¿Lo estás?

Shamael bajó la cabeza y durante un instante fugaz la eterna media sonrisa desapareció de su rostro.

—No. Aún no.

—Y yo no puede esperar a que lo estés. Ahí fuera están destruyendo en horas el trabajo de varios siglos. Tengo que intentar detenerlo.

Shamael no respondió. Se encogió apenas de hombros y tomó asiento frente a Jorel, mientras éste manipulaba el ordenador de la casa y accedía a los registros del entrenamiento de Kal. Jorel contempló pensativo el resumen de los últimos días. Cuando vio la escena de la cocina, con una docena de copias de sí mismo atacando a su hijo, enarcó una ceja pero no dijo nada. Al fin, dio por terminado el examen y se volvió a su consejero.

—Supongo que lo que haces es necesario.

—Siempre que quieras que Kal esté preparado para sustituirte si te ocurre algo en tu entrevista con los Exteriores.

—Algo que, según tú, será inevitable.

—Te diría que nada es inevitable, pero ya me has advertido antes que hoy no estás de humor para las discusiones filosóficas, así

que me abstendré de comentarlo. —Jorel sonrió a su pesar ante las palabras de Shamael—. En cualquier caso, si quieres que Kal esté listo para hacer frente a lo que se le puede caer encima, todo lo que hago es necesario. De hecho, quizá debería ser incluso más duro.

—¿Y por qué no lo eres?

—Porque hay límites para lo que el muchacho puede resistir. Y prefiero que solo esté preparado a medias a que se convierta en una despótica máquina de gobernar.

Jorel asintió en silencio.

—De acuerdo —dijo—. Sigue adelante con el plan. Y llama al Registro. Esta tarde les haré una visita. Quizá podamos echarle una mano a tu entrenamiento.

—¿Lo crees adecuado?

—Será peligroso. Quizá confunda la mente de Kal. Pero si es capaz de asimilarlo, le servirá de ayuda. Es lo menos que puedo hacer por mi hijo.

—Bien. Se hará como tú digas. Si no deseas nada más, me retiraré.

Jorel lo despidió con un gesto de la mano. Shamael abandonó la sala. Más que caminar parecía deslizarse sobre el suelo, como un patinador o un bailarín.

Jorel atenuó la intensidad de las luces. A solas en la penumbra empezó a escoger entre sus recuerdos. ¿O sería mejor dejárselo al azar? Quizá algunos, pero había otros que eran importantes; esos debían ser elegidos con mucho cuidado.

Y un mensaje. Sí, también debía grabar un mensaje.

Desde el grueso ventanal, Shamael contemplaba la desolada llanura que se extendía a los pies del castillo. Sí, sin duda para los hombres aquello tenía que ser un terreno baldío, un lugar de dolor desnudo, de silenciosa aridez. Sonrió y por primera vez el rictus permanente en las comisuras de sus labios se transformó en una verdadera sonrisa. Árida, desolada, baldía. Pero él había contemplado la verdadera desolación, había yacido en el más exquisito de los territorios concebido para el dolor, había reinado sobre él. Aquello no era más que una parodia, un reflejo desvaído por el que apenas merecía la pena luchar.

Pero lo estoy haciendo. Ridículo, ¿no es cierto? Claro que, ¿acaso tenía otra cosa que hacer? Sus días de gobernante habían pasado, su reino era ahora una orgía de sangre y dolor sin sentido y sus antiguos súbditos una barahúnda de fauces sin propósito. *¿Y es esto*

mejor? Quizá no, pero era cuanto tenía.

Recordó la época lejana en que se sentía poeta y había compuesto odas de interminable desesperación que sus súbditos jamás escucharon. Las había sepultado todas en el olvido hacía tiempo. Todas salvo una, compuesta en un ramalazo de inspiración desenfrenada. Era la más corta, y quizá por eso la única que había sobrevivido:

A lo lejos el paisaje se desgasta
y una noche interminable
acaricia el metal de los difuntos.

Vienen.
Dedos de luz golpean la vejiga tan tensa,
alguien llora en un paisaje que se rompe
y hay espectros
que te miran con sus ojos insaciables.

Vienen cabalgando
la tormenta silenciosa,
el viento enmudecido,
la lluvia que no habla.

Y alguien
desgasta para siempre el horizonte.
El metal de los difuntos no resuena.
Piedra a piedra se desgasta la llanura.

No hay salida.

¿No hay salida? Quizá. O quizá no. Él había encontrado dos. La primera le había costado perder todo cuanto tenía para conformarse con gobernar sobre un ejército de dolor en una llanura de pesadumbre. La segunda le había costado incluso eso. ¿Se arrepentía? No.

Él mismo lo encontraba ridículo, pero no podía evitar sentir afecto por aquellos humanos a los que servía. *Y al fin y al cabo han salvado mi vida. O lo harán, tarde o temprano.* Sólo que su vida no era tan importante. *Mentiroso*, pensó divertido. *Claro que lo es. No tienes otra cosa.*

Dio la espalda a la ventana y empezó a descender por los escalones interminables que lo llevarían al interior del castillo. El

joven Kal esperaba a su torturador, como todos los días. Y no podía defraudarlo.

Kal, hijo mío, hemos tenido tan poco tiempo. Un finísimo cable de alimentación sobresalía de la nuca de Jorel. La información viajaba por él a velocidades vertiginosos y, en el otro extremo, un secuenciador de genes los transformaba en ARN. *Tu madre tenía razón, después de todo tenía razón. Debí haberme ocupado menos de la Familia y más de mi familia.* A su alrededor, enormes monitores circulares recogían la información que el cable extraía del cerebro de Jorel: un hombre y una mujer abrazados; Shamael en un camastro, mostrando las cicatrices gemelas de su espalda; una pelea; la visión de una selva sofocante; viajes; conversaciones; una lila muerta en mitad de una tierra de desolación; un bebé tropezando, cayendo al suelo y lamentándose sin que nadie viniera a recogerlo; el rostro de una mujer, memorizada hasta el último detalle, hasta la menor de las arrugas que el tiempo había ido tallando en sus facciones; Shamael contando su historia; Zor con el rostro crispado al enterarse de que su hermano y no él sería el heredero de la Cabeza; una explosión, un pie milagrosamente intacto, un rostro irreconocible, un mechón rubio.

No, eso no. Pero era demasiado tarde, la máquina había sido programada para extraer sus recuerdos al azar y no había nada que él pudiera hacer para impedirlo. Cerró los ojos, tratando de ignorar la multiplicidad de imágenes que el cable de alimentación robaba de su vida y enviaba a los monitores.

¿Realmente es esto necesario? Shamael tenía razón, la entrevista con los exteriores sería un fracaso, y la única consecuencia de ella, su muerte. *Pero no puedo hacer otra cosa*. Su padre sabía muy bien lo que hacía cuando lo eligió como heredero: era demasiado responsable de sus obligaciones, demasiado consciente de ellas para fingir desconocimiento y dar media vuelta. *Debo ir, aunque solo haya una posibilidad de tener éxito. En realidad menos.*

¿Y Kal? Sí, tendría a Shamael a su lado para guiarlo por los tortuosos senderos del poder, y sin duda sortearía con éxito la mayoría de los escollos, pero no era eso lo que le preocupaba. ¿Qué clase de hombre estaba haciendo de su hijo, en qué clase de criatura sombría, responsable y distante lo estaba obligando a convertirse? *Pero debe hacerse, perdóname, Kal. Deberías estar aún jugando, pero eso se ha terminado para ti.*

—¿Mi señor? —le interrumpió la vocecita de Lavin—. Hemos

terminado.

—De acuerdo. Prepara la máquina para grabar un mensaje y retírate. Yo lo apagaré todo cuando haya terminado.

—Como desees, mi señor.

A solas en la habitación circular, Jorel se preguntó qué tipo de mensaje grabaría, que palabras codificaría en el tubo de ARN con destino a su hijo. Tenía la sensación de que, fueran las que fueran, Kal se sentiría traicionado.

Anochece. El sol se oculta hinchado tras las abruptas montañas del oeste y las escasas criaturas que aún sobreviven sobre la calcinada tierra se atreven a asomarse. La danza de la vida y de la muerte comienza, y los seres vivos cazan, comen, matan, se aparean, mueren, dan a luz a un ritmo frenético, aprovechando las escasas horas que tienen antes de que el sol vuelva a asomar y la esperanza desaparezca con su llegada.

En lo alto de una loma, alguien contempla el crepúsculo. Parece un humano, pero si el hecho de que se atreva a salir desnudo al exterior no fuera prueba suficiente para demostrar que no lo es, bastaría echarle una mirada a sus ojos, dos ascuas rojizas que no parecen tener fin. Incluso en su cuerpo hay algo extraño, algo cambiante, fluido: por momentos parece una mujer, un viejo, un niño, un monstruo poblado de garras y dientes, un bebé. El cambio es demasiado rápido y, al mismo tiempo con tal fluidez, que sólo puede ser apreciado por el rabillo del ojo.

Ah, mi príncipe, piensa. *¿Por qué nos dejaste, por qué abandonaste la espléndida llanura de la desolación y nos dejaste allí, abandonados a nuestro destino? ¿Por qué hemos venido a este lugar de formas desvaídas y tristes?*

Como siempre, no encuentra respuesta. Así que da la espalda al sol poniente y se interna en la oscuridad.

3

Su padre se había ido. Aquella mañana, poco después del frugal desayuno, Shamael se lo había comunicado en mitad del entrenamiento. Había estado a punto de perder la concentración y el afilado cuchillo de su atacante (*no mires su rostro, todavía no*) le había abierto un largo aunque superficial desgarrón en el brazo derecho. Sin embargo, se las apañó para ignorar el dolor, la sangre que goteaba y volvía resbaladizo el suelo y, más importante, su propio estupor ante las noticias, para convertirse en la máquina de matar irreflexiva y eficaz que tanto su padre como Shamael parecían desear que fuera.

Acabado el entrenamiento, con los cadáveres de sus dos atacantes yaciendo no muy lejos de él (*no, aún no, todavía no mires esas caras, espera*) se había vuelto a Shamael y lo había interrogado con la mirada. Éste había enarcado una ceja en un gesto distante de aprobación ante las acrobacias de su pupilo y luego había repetido:

—Tu padre se ha ido. Hasta su vuelta he sido nombrado Regente de la Familia.

Regente. Un título de escasa autoridad, a menos que tuviera un heredero al que educar. Y no lo tenía. Aún no. Eso significaba que su padre esperaba volver pronto y que confiaba en Shamael para llevar adelante los asuntos rutinarios.

—De acuerdo, ¿puedo ir a ducharme?

Shamael había asentido ligeramente y Kal había entrado en la ducha, donde permaneció varios minutos más del tiempo acostumbrado.

Ahora, sentado en una de las rocas del desnudo jardín ornamental, se preguntaba si todo era tan sencillo como parecía. No era la primera vez que su padre se iba de viaje y dejaba a Shamael a cargo de todo (con la consiguiente indignación de su tío Zor y las frases acerca de «ese advenedizo» por parte de algunos cortesanos). Pero si se había ido por un asunto de rutina, ¿por qué Shamael se había molestado en comunicárselo, y además en medio de un entrenamiento? El consejero de su padre rara vez hacía algo que careciera de propósito, y arriesgarse a romper la concentración de su pupilo en mitad de una pelea era un acto demasiado peligroso para carecer de sentido. *Hay algo más de lo que puedo ver*

a simple vista, pensó, y encontró el pensamiento divertido, porque era casi palabra por palabra una de las frases favoritas de Shamael.

Así que el viaje de su padre no era algo rutinario y carente de peligro. Cabía la posibilidad de que no volviera y había decidido partir de aquella forma para que nadie en el castillo se alarmara y empezara a conspirar para hacerse un hueco de poder en el tiempo de caos que podía seguir al reemplazo de la Cabeza. Y sin duda Shamael había elegido aquel curioso modo de decírselo para que estuviera alerta.

De acuerdo, lo estaría. Pero al menos su padre podía haberse despedido directamente de él. Comprendió enseguida lo estúpido de aquel pensamiento: la Cabeza no se despide de su hijo cuando va a partir en un viaje de rutina del que espera volver pronto. Eso no le sirvió de consuelo. Desde que había comenzado su entrenamiento con Shamael apenas veía a su padre y lo echaba terriblemente de menos.

—¿Molesto, primo? —dijo una voz a sus espaldas, sacándole bruscamente de sus pensamientos.

Se maldijo a sí mismo en voz baja mientras se volvía hacia su prima. Si Shamael se enteraba de que cualquiera podía acercársele sin que se diera cuenta (y se enteraría, de alguna manera siempre se las apañaba para saberlo todo) le esperaba una buena.

—El jardín no es un lugar privado —consiguió decir en un tono de voz normal, obstinándose en ignorar el contoneo de su prima y el intenso olor que parecía emanar de ella.

—Pero tú parecías estar muy lejos de aquí.

—Quizá.

Kara se sentó a su lado. Sonreía, pero no con la sonrisa de depredador que solía dedicar a sus víctimas, sino con una cierta ternura que a Kal hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. *Es peligrosa. Y ahora más que nunca. Ahora quiere algo de mí.*

—No nos hemos visto mucho últimamente.

—He estado ocupado.

—Sí, todo el día con Shamael. Debe ser muy aburrido.

—Podría ser peor. —*Podría estar todo el día contigo. No sería aburrido, pero podría resultar mortal*.

Ella no dijo nada. Deslizó la vista por las rocas que formaban el jardín.

—Han cambiado la decoración, ¿no?

—Lo hacen todas las semanas. El esquema nunca se repite.

—Qué interesante —dijo ella, pero su voz desmentía sus palabras.

Hubo unos instantes de incómodo silencio.

—Zed y yo te echamos de menos, primo.

—Bueno. No me he ido a ninguna parte. Y sigo acudiendo a las cenas de la Familia. —*¿A qué estás jugando? ¿a qué viene de pronto esa preocupación por mí?*

—No me refiero a eso. Y lo sabes.

¿Debo hacerlo? ¿Debo poner su tortuoso esquema al descubierto? No, ella aún piensa en mí como en un crío ingenuo al que resulta fácil engañar. Y mientras lo siga pensando tendré una ventaja sobre ella. En realidad no creía tener ventaja alguna. En aquellos mismos instantes, mientras intentaba mantener aquella parodia de conversación trivial con su prima, lo que en realidad deseaba era hundirse en ella, arrancarle hasta el último jirón de ropa y entrar en ella convertido en un animal rabioso y hambriento de ternura.

—Es normal —dijo en voz alta, procurando sonar lo más indiferente posible—. Tarde o temprano todos crecemos y tenemos que dejar de jugar.

—Los hombres también juegan. Solo que sus juegos son distintos.

Sí, y yo sé cuál es el juego que mejor practicas. Pero no dijo nada en voz alta.

—En fin, primo, Veo que mi charla te aburre, mejor te dejo.

No respondió, pero en realidad estaba a punto de suplicarle que no se fuera, que no se apartase de su lado ni un solo instante durante el resto de su vida. *Son mis gónadas las que piensan eso, no yo*. Pero pese a todo el deseo seguía allí.

Por suerte su prima no pareció advertirlo. Se incorporó y se sacudió la tierra de sus ropas, en un gesto indiferente que estuvo a punto de volver loco a Kal.

—Buenos días, Kal.

—Buenos días, prima —consiguió responder él.

La vio alejarse, un animal peligroso y bello, una nota de color en mitad de la desnuda belleza del jardín ornamental.

Nunca sabrás lo cerca que has estado, prima. Y espero que Shamael no lo sepa jamás.

En cierto modo, lo comprendía ahora, aquel viaje sin sentido no era más que una forma de expiación. No eran sus pecados los que estaba purgando, ni siquiera los de su padre, sino de los de toda la especie. *Ridículo*. Pero eso no impedía que el pensamiento siguiera allí, golpeando su cabeza como si tuviera voluntad propia. ¿Era

eso? ¿Había pasado toda su vida ocultando un masoquismo inútil bajo la fachada de la responsabilidad?

El pitido irritante de su transmisor de muñeca lo sacó de la vorágine morbosa en la que estaba punto de sumergirse.

—¿Sí?

—Alguien se acerca, mi señor. A las doce en punto.

Jorel oteó frente a él. Al principio no vio nada. Luego reconoció el punto minúsculo que bajaba hacia ellos desde el cielo. *Tengo que acordarme de felicitar al sargento por su buena vista*. Desde luego no era un pájaro. Aún estaba lejos y una criatura voladora de tales dimensiones no le habría pasado desapercibida a sus exploradores. *¿Un turbojet? ¿Alguien considera tan importante encontrarme que no escatima en medios?* A medida que se acercaba fue reconociendo los contornos familiares y aerodinámicos del artefacto. *Un turbojet, y de nuestra Familia. Espero que sea importante.* Luego, todo pensamiento desapareció para dar paso a la acción cuando el aeroplano empezó a abrir fuego hacia el reducido convoy que acompañaba a Jorel.

Ajustó los cierres de su traje de protección y desenfundó su pistola. Antes de que hubiera tenido tiempo para hacer nada más, el cañón de partículas del vehículo a su izquierda vaporizó parte del aparato que los atacaba y que se precipitó al suelo en una trayectoria sin la menor elegancia.

Apenas tuvo tiempo para felicitarse por la eficiencia de sus hombres. El vehículo que acababa de disparar desapareció en mitad de una explosión ensordecedora y el propio coche de Jorel se tambaleó ante la onda expansiva. Abrió la puerta del automóvil, se parapetó tras ella y, con el arma desenfundada, recorrió los alrededores con la vista, en busca de sus atacantes.

No tuvo que esperar mucho. El ruido los delató antes de que fueran visibles. Aparecieron tras una duna y en la mente de Jorel la sorpresa fue casi inmediatamente sustituida por la rabia. *Vehículos de combustión. Se han atrevido a quemar combustible fósil a cielo abierto.* Casi sin pensar, apuntó hacia el primero de los vehículos mientras su dedo se crispaba sobre el gatillo. El coche hizo un quiebro en el último instante y el disparo falló.

Entretanto sus hombres ya habían tomado posiciones defensivas y se preparaban para defender a la Cabeza. Los tres coches que atacaban no sólo eran ruidosos, parecían producto del ensamblaje forzado de miles de piezas de desecho. Pese a ello, resultaban útiles a su propósito, y sin duda iban bien armados. Consiguieron destruir otros tres coches de la escolta de Jorel antes de que uno de los suyos fuera abatido. Luego, ya estaban demasiado cerca para nada

que no fuera la lucha cuerpo a cuerpo.

Aunque sus hombres superaban al enemigo en proporción de tres a uno, Jorel vio con asombro que iban perdiendo. Incluso a él le costaba hacer frente a aquellos individuos silenciosos y letales, tan rápidos como él mismo.

Oh no, otra vez no, pensó al comprenderlo de repente. Su hermano debía haber saqueado el depósito genético de la Familia. Los que atacaban eran, otra vez, clones suyos. *Esto es ridículo*, pensó mientras su cuerpo luchaba, casi sin control consciente por su parte, para mantenerlo con vida. *¿De dónde ha sacado Zor los tanques de clonación? ¿Y un refugio para mantenerlos aislados todos estos meses mientras se desarrollaban? ¿Y el equipo para entrenarlos?* Lo comprendió de repente, casi a la vez que su espada de monofilamento rebanaba una cabeza y su pistola de partículas abría un boquete de bordes perfectamente definidos en un pecho. *Lavin. La pequeña rata ha encontrado por fin el valor para traicionarme.* Luego, ya no pensó más, sumido en el frenesí de sangre y violencia que lo rodeaba.

Destruyeron a todos sus clones, pero apenas le quedaban media docena de hombres, y algunos de ellos no estaban en muy buen estado. Pese a todo, los trajes de aislamiento habían resistido en su mayor parte, y las desgarraduras de los que se habían roto podían parchearse.

Qué más da. De todas formas he de ir solo a la cita. Siguiendo con ellos solo estoy posponiendo lo inevitable.

Se volvió al oficial de más alta graduación de entre los supervivientes.

—Dejadme un vehículo y volved con los demás al castillo.

—Pero, mi señor…

—El enemigo ha fracasado y no volverá a intentarlo. —No estaba tan seguro como quería aparentar, pero su hermano no solía repetirse en sus planes, así que las probabilidades estaban a su favor—. Volved.

—Como digas, mi señor.

Los vio marchar. Luego, miró a su alrededor y no pudo evitar encontrar ridícula la situación. Allí estaba él, solo en mitad del desierto, sin otra compañía que los cadáveres de sus clones esparcidos por los alrededores.

¿Debo enterrarlos?, pensó con un humor sombrío. No, el desierto se encargaría de ellos. Casi subía al coche cuando se detuvo. Junto a la puerta del vehículo descansaba uno de los cadáveres de sus atacantes. Jorel lo miró dubitativo. Su hermano no solía repetirse,

eso era cierto, pero había usado clones de Jorel en dos ocasiones prácticamente seguidas. Aquello no era habitual en él.

Se encogió de hombros y se acercó al cadáver. Rompió los sellos del casco y dio la vuelta al cuerpo. El rostro que lo contemplaba desde el otro lado de la eternidad no era el suyo, aunque indudablemente tenía un aire de familia .*¿Padre?* Pero no, no era su padre, ni tampoco una versión más madura del joven Kal. Entonces, ¿quién...? *Dios santo. Zor. Es Zor* .Sí, era el rostro afilado de su hermano, aquellas facciones de halcón que había tenido en su juventud, antes de que una vida blanda y dedicada a tramar intrigas inútiles en la oscuridad lo convirtieran en la bola de grasa que era ahora. *Increíble*. Enseguida decidió que no lo era tanto. Al fin y al cabo nada había en este mundo que Zor quisiera tanto como su muerte. Era lógico que terminara enviándose a sí mismo a hacer el trabajo sucio.

Son tan extraños. No sabe si sentir hacia ellos repugnancia, envidia o compasión. Quizá ninguna de las tres cosas. Sí, son realmente extraños. ¿Cómo pudo el que no tiene nombre sustituirle a él y a los suyos en su afecto por aquellas criaturas débiles y enfermizas? Y sin embargo él ha decidido vivir entre ellos, comportarse como uno más, estar a su servicio.

Hay tantas cosas que no tienen sentido. Apenas piensa en el tiempo que reinaba sobre la inmensa llanura de la desolación, sobre el territorio del dolor. Y cuando lo hace se sorprende al no sentir añoranza por aquella época. ¿Realmente la sintió alguna vez?

Pocas cosas se le escapan. Los pensamientos de Kal son como un libro abierto para él mientras lo contempla, sentado con la espalda envarada y la cabeza algo torcida, tratando de aprender la lección de biología que su tutor le ha preparado. Una parte de su mente recita el galimatías de enzimas, proteínas y ácidos nucleicos, pero la otra resbala febril por el cuerpo de su prima, se imagina entrando en ella, aspirando su denso olor de selva matinal, descargándose para siempre en su interior. ¿Sintió él alguna vez un anhelo tan sofocante, deseó tanto alguna cosa?

Patéticos, piensa. *Gobernados por sus deseos, sus pasiones. Cegados por sus prejuicios, guiados por sus costumbres.* Y sin embargo... A pesar del deseo de Kal por su prima, Shamael es consciente de que éste no lo gobierna, que pese a todo el muchacho le niega a su cuerpo y su mente lo que le están pidiendo e intenta concentrarse

en la lección. El deseo no se va, sigue allí, oculto como una llamarada febril, pero ya no tiene poder sobre Kal; su mente consigue apartarlo, franquearlo de alguna manera y se concentra en la lección preparada por su tutor. Shamael sonríe. Sí, a pesar de todo el cerebro de los humanos es capaz (a veces, tan pocas veces) de ir más allá de su naturaleza de primates y negar lo obvio para alcanzar lo necesario.

Eso es algo que él jamás ha tenido. Y comprende ahora que sin duda siente envidia hacia ellos, y que la compasión en el fondo no la experimenta por nadie más que sí mismo. Es fácil ser noble, hermoso, perfecto, cuando has sido diseñado para ello. Pero los humanos, concebidos para ser sudorosos animales de manada, esquivos vegetarianos a los que su comportamiento social lleva a cometer las mayores estupideces, intentan trascender su propia naturaleza y convertirse en algo cuyo creador jamás preparó para ellos. Fracasan, por supuesto que fracasan, en el fondo no dejan de ser criaturas irracionales, conformistas. Pero hay tanto dolor y belleza en su fracaso. Eso es algo que nunca ha estado presente en él ni en ninguno de los suyos.

Después de todo, puede que haya elegido correctamente. Pero la ironía no le resulta divertida. Porque recuerda muy bien que no es eso lo que él escogió: no, prefirió la rebelión antes que verse suplantado por ese mundo desvaído poblado de criaturas chillonas. Y, cuando vio lo inútil de su enfrentamiento, su opción fue buscar un perdón que se le negó para siempre. No está aquí por elección, sino porque no tiene ningún otro lugar a donde ir.

Kal termina la lección y pasa el examen sin demasiados problemas. Su tutor asiente en silencio y deja que se vaya. Desde el alto corredor Shamael ve desaparecer al muchacho y no puede evitar una punzada de afecto.

¿Es eso? ¿Eso es lo que se siente? No es un sentimiento satisfactorio. Hay algo desgarrador que lo acompaña, como si el encariñamiento entrañase la pérdida, la partida. Y al pensar en eso recuerda a Jorel, quien a estas horas quizá no sea más que un cadáver. *¿Habría hecho yo eso para salvar mi reino? ¿Me habría precipitado a la muerte con tal de asegurar una mínima posibilidad de supervivencia para los míos?* Quizá sí, pero lo habría hecho sin encontrarlo extraño. Al fin y al cabo no podía actuar de otra forma, no había sido creado para actuar de otra manera. El comportamiento natural de los animales, sin embargo, es el del egoísmo, el del beneficio inmediato. Incluso el hombre carece de un sentido del futuro más allá de unas borrosas concepciones

acerca del mañana.

De nuevo lo intentan. Otra vez trascienden su naturaleza. Y Shamael no sabe si eso es correcto o no, si es una locura, si... Abandona esos pensamientos, porque se da cuenta de que quizá lo lleven a considerar que, después de todo, pese a sus miserias, defectos y prejuicios, tal vez los seres humanos sean superiores a él, y el que no tiene nombre no estuviera equivocado al preferirles. Porque entonces todos sus actos, su rebelión, su largo reino de dolor y pesadumbre carecerían de sentido. *Sin embargo, ¿podía haber hecho otra cosa? ¿Acaso no fui creado para comportarme así?* Claro que eso lo lleva de nuevo al centro de la cuestión, y la respuesta es demasiado intranquilizadora para considerarla: no, quizá no podía comportarse de forma distinta a como fue diseñado, y quizá ese sea su fallo, el motivo por el que los seres humanos lo suplantaron en el afecto del que no tiene nombre.

Abandona el corredor y se desliza sobre el suelo, como si sus pies no lo tocaran. *¿Puedo cambiar? ¿Puedo yo también trascender mi naturaleza?* Una y otra vez la pregunta ronda frente a él. Una y otra vez no hay respuesta.

De algún modo, al despertarse aquella mañana supo que hoy sería el día. Desayunó, reduciendo un poco más sus exiguas raciones de supervivencia, y luego se comunicó con el Castillo. Todo normal. Después puso en marcha el vehículo y se dejó llevar por el piloto automático, sumido en pensamientos cada vez más sombríos. A media mañana encontró el mojón que le indicaba el camino. Al igual que los tres últimos días señalaba en dirección a las montañas. Comió poco después, sin detener el coche, con la mirada absorta en lo que parecía una muralla infranqueable que, poco a poco, iba quedando más cerca. Días atrás no era más que una ilusión en el horizonte, una delgada franja de un marrón ligeramente más oscuro que el resto del paisaje. Lentamente había ido creciendo ante él y se había ido convirtiendo en un muro que parecía construido por los gigantes mitológicos de algún cuento de hadas. Ahora, con sólo aumentar ligeramente el factor de ampliación de la luna del coche, la impresión se mantenía. Tuvo la sensación inquietante de que no era una cordillera, más parecía un obstáculo que alguien había puesto en su camino. Se preguntó si su destino estaría allí, a las faldas de aquella fortaleza imposible, o tendría que buscar un modo de atravesarla.

Apenas le quedaban más fuerzas que la hosca determinación

que lo iba guiando en cada paso. Había partido del castillo hacía poco más de cuatro días, pero tenía la impresión de haber salido mil años atrás. Casi no recordaba el rostro de su hijo y las intrigas palaciegas de su hermano le parecían ahora juegos absurdos sin la menor trascendencia. Jamás había permanecido tanto tiempo en el exterior, y el paisaje monótono y muerto que lo rodeaba le había ido ganando poco a poco. Los únicos cambios a su alrededor eran el ocasional mojón puesto por los Exteriores para que les encontrara y la cordillera cada vez más cercana.

Un solo rostro permanecía nítido en su recuerdo. No sabía por qué, pero tenía la sensación de que era importante, que no debía olvidar aquellos ojos claros, aquel cabello pálido, aquella mirada eternamente triste y atónita. Poco a poco la desesperación lo había ido ganando, como si hubiera algo insano en el paisaje, como si ya no se encontrara en la Tierra y estuviera atravesando los páramos estériles y alucinantes del algún país de pesadilla. Había algo en el aire (pero era ridículo, él no respiraba el aire del exterior, y pese a todo seguía allí), algo plomizo y aplastante, un peso sutil que crecía con cada amanecer y lo hacía sentirse derrotado, como si nada en su vida hubiera tenido sentido jamás.

Pese a todo seguía adelante. No sabía hacer otra cosa. Retazos fugaces de su pasado estallaban ante él y veía de nuevo a su hijo, a Shamael con aquella eterna media sonrisa, el Castillo alzándose abrupto en el amanecer, el rostro iracundo y redondo de Zor. Y por encima de todo, incluso por encima de la desesperación que se agazapaba a sus espaldas como un predador hambriento, el rostro de Lara, aquella mirada tan tierna como implacable, la boca pequeña, la sonrisa de niña, el brillo de la cólera en lo más profundo de sus ojos, un mechón de pelo cayéndole sobre la frente. Trece años, recordó, y sonrió ante la superstición que encerraba el número. Sí, trece años desde que lo único importante en su vida había desaparecido (*Sí, vamos reconócelo de una vez. No te importa nada la Tierra, ni la Familia, ni siquiera tu hijo. Permitirías su destrucción con tal de volver a tenerla a tu lado*). Trece años solo. Eso no importaba, se había dicho miles de veces. Había estado solo antes de conocerla, y volvió a estarlo después de su muerte. El cambio no debería haber sido tan traumático.

Y en realidad no lo había sido. Había sepultado su recuerdo, lo había ido negando, postergando, ocultándolo tras sus responsabilidades como Cabeza de la Familia, la educación de Kal, la amenaza omnipresente de su hermano. Sólo ahora, allí, en mitad de aquel desierto que era como una enorme necrópolis, cuando

realmente se encontraba solo, era capaz de recuperarla otra vez.

Dios mío, cómo te echo de menos.

De pronto el coche se detuvo y se dio cuenta de que casi estaba anocheciendo. Había pasado todo el día sumido en sus pensamientos, y había llegado a la estribación de las montañas. Eran justo lo que parecían, no algo natural, sino una fortaleza construida por alguna criatura mitológica. Justo frente al vehículo había otro de aquellos mojones, y un estrecho camino que se internaba en una oscura cañada, casi como si fuera una puerta abierta en la muralla. Era demasiado estrecho para que el coche pasara por él.

Cargó la mochila a sus espaldas y salió del vehículo. Echó a andar en la dirección que le indicaba el mojón, y pronto recorría un estrecho sendero que, lentamente, parecía ir ascendiendo. Ya era de noche, pero eso no le preocupaba: el frontal de su casco amplificaba la escasa luz residual y le permitía distinguir los alrededores con total nitidez.

Finalmente el sendero moría en la entrada de una cueva. Vaciló un instante, y recordó de nuevo el rostro de Lara, justo antes de internarse en la caverna. Al principio parecía tan estrecha como el camino que le había llevado hasta allí, pero poco a poco se fue ensanchando y finalmente desembocó en una enorme bóveda. En el centro, un hombre en cuclillas se sentaba frente a una hoguera.

—¿Argicida? —preguntó, y había algo extraño en su voz, como si más de una persona hablara a la vez.

—Soy yo.

—No creímos que vinieras.

—He venido.

Se sentó junto a la hoguera, frente al hombre, y se dio cuenta entonces de que estaba desnudo. No pudo evitarlo y dirigió una mirada fugaz a su entrepierna. Mientras lo hacía vio como el enorme miembro viril se convertía (sin solución de continuidad, con una fluidez pasmosa) en un pubis femenino, en un pene animal, un amasijo de tentáculos, un... Apartó la vista y la fijó en el rostro que tenía ante él. Los ojos eran lo único que parecía no cambiar en aquel rostro que era una amalgama de rostros... y no todos humanos, comprendió Jorel, quizá ni siquiera la mayor parte de ellos.

—Tú eres el que llaman Legión —dijo en voz alta, y empezó a comprender el porqué del nombre.

—Así es. Buscas un trato, ¿no es cierto?

—Pero no lo encontraré —dijo Jorel, anticipándose a las

palabras del otro.

—Sólo tu muerte.

Jorel asintió. Shamael había tenido razón y, en cierto modo, él lo sabía desde el principio. *Espero que tú tengas mejor suerte que yo, hijo mío*, pensó, mientras Legión se incorporaba, pasaba por encima de la hoguera como si las llamas no existieran y extendía la mano, una garra enorme y llena de pústulas, hacia su rostro. Lo señalaba con el dedo índice y, de pronto, la larguísima uña penetró en la frente de Jorel. Éste sintió algo helado que se abría paso a través de su mente y tuvo un último pensamiento para Lara.

4

Quieto, muy quieto. Eres el centro, el foco. No vas a ninguna parte, todo llegará a ti. No te muevas. El cuerpo relajado. Las manos a los costados, muy cerca de las vainas. La izquierda junto al largo cuchillo. La derecha junto a la espada. No te muevas. Ni siquiera mires de reojo. Todo pasará cuando tenga que pasar. Tú eres el centro, el foco.

Apenas fue un susurro. Como un acto reflejo, su mano izquierda desenvainó el cuchillo. Pivotó sobre sus pies, se volvió, desvió la hoja que trataba de alcanzar su corazón, pivotó de nuevo mientras ahora desenvainaba la espada y paraba el golpe de un hacha de doble filo.

No eres consciente de nada. No pienses. Pensar es demasiado lento, pensar ralentiza tus reacciones. Limítate a ver, a oír, a oler, deja que tu cuerpo actúe en consecuencia. Está entrenado para eso. Déjalo actuar y quizá sobrevivas.

Un nuevo atacante venía de su izquierda. Se agachó a la vez que volvía a detener la primera espada que lo había atacado y dejó que el nuevo enemigo abriera el aire sobre su espalda, mientras él rodaba por el suelo para incorporarse detrás de ellos. Sacudió apenas la mano izquierda con el largo cuchillo y una cabeza rodó por el suelo. Sólo dos ahora, pensó mientras saltaba para esquivar el hacha. Pero se dio cuenta de que había sido demasiado optimista. Algo se enrolló alrededor de sus pies y lo hizo caer al suelo.

¿Ves? Has pensado. Te has permitido un pensamiento racional en medio de la batalla. Ahora estás perdido. Estás muerto.

¡No! Giró sobre sí mismo y oyó claramente cómo el hacha se incrustaba en el suelo de plastimadera. Cortó las ligaduras que ataban sus piernas, paró una estocada y se puso en pie. Sintió como el látigo siseaba de nuevo, buscando otra vez sus piernas. Giró la cabeza, sólo lo suficiente para comprobar que el del hacha aún no había logrado desclavarla y que el de la espada venía en su dirección, tan sutil como un elefante en mitad de una cristalería. No tuvo tiempo para preguntarse de qué recóndito lugar de sus lecciones había extraído tan extraña metáfora. Esquivó la caricia del látigo y comprobó complacido cómo éste se enrollaba en el brazo del espadachín. Era su oportunidad. Su propia espada se

hundió en el pecho del otro, no más de un palmo, no era necesario nada más. Retrocedió sin perder de vista al del látigo y vio como el del hacha conseguía desclavarla finalmente y la alzaba sobre su cabeza para asestarle un golpe fatal. Su pecho, vulnerable y perfectamente visible era una tentación que no podía resistir. Solo el hombre del látigo permanecía en pie ahora, esforzándose por mantenerlo a distancia con sus trallazos. Extendió la mano izquierda, amagando un golpe con el cuchillo y, como había esperado, su enemigo enrolló el látigo en torno a su brazo. ¿Iba a ser tan fácil? Aprovechando la unión que el otro había creado involuntariamente entre los dos, flexionó el brazo y, sin poder evitarlo, su atacante se precipitó sobre él. El cuchillo se hundió en su garganta.

Aún no. Aguarda. Respira hondo. Recupera fuerzas. Quizá haya más, no puedes saberlo, no puedes estar seguro. Espera. Confiado, relajado, tranquilo. Aguarda.

Las luces subieron de intensidad, mientras un robot retiraba las cuerpos de la sala. No miró los rostros de sus enemigos muertos. Aún le resultaba inquietante verse a sí mismo reflejado en aquellas caras frías y sin vida. Envainó sus armas, inspiró profundamente y se acercó a la pared, donde una toalla colgaba de una percha. Se quitó el sudor con ella y luego se sentó, esperando.

No tuvo que hacerlo mucho. El robot salió llevando los cadáveres de sus clones y la puerta volvió a abrirse, para dejar paso a un hombre. Como siempre, miraba al joven con una media sonrisa indescifrable y caminaba sobre el suelo de plastimadera como si en realidad se deslizara sobre él, sin tocarlo.

—Has estado a punto de perder —dijo.

Oh, vamos, era solo un ejercicio, pensó Kal. Pero sabía que aquella frase no era la adecuada.

—No volverá a ocurrir. Lo siento.

—¿Lo sientes? Durante un segundo dejaste que tu mente se impusiera sobre tu cuerpo. Eso pudo haber sido fatal. ¿Y me dices que lo sientes?

—Ya te he dicho que no volverá a ocurrir.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Eres omnisciente?

—Vamos, Shamael, ya está bien. Necesito una ducha.

—También necesitas comprender que cuando estás en medio de una batalla debes dejar que tu cuerpo se encargue de todo. El pensamiento racional no debe interferir. Eso es más importante que librarte del mal olor.

—De acuerdo, lo he comprendido. ¿Puedo ducharme ahora?

—¡No! No se trata de que lo comprendas. Se trata de que lo pongas en práctica.

Oh, no, va a hacérmelo repetir otra vez. Estoy demasiado cansado.

—Bien. Lo pondré en práctica la próxima vez.

Shamael se sentó a su lado. Lo miró unos instantes en silencio.

—Ya veo. Estás cansado, ¿no? Dime, ¿cuando estés en mitad de la lucha y te sientas desfallecer, les pedirás a tus enemigos un momento para descansar?

—Shamael, es solo un entrenamiento.

—Por la capa de ozono, muchacho, ¿es eso cuánto sabes decir? «Sólo es un entrenamiento, lo haré mejor la próxima vez, lo siento.» ¿Qué crees que te estoy enseñando? ¿Un poco de coreografía para que impresiones a tus amantes? Es tu supervivencia, Kal, tu vida.

—Sí, ya lo sé, de acuerdo.

El hombre se incorporó y dejó escapar un largo suspiro de resignación.

—Ya veo que hoy no conseguiré nada mejor de ti. Puedes ir a ducharte.

Menos mal.

El muchacho cogió la toalla, se desprendió del cinturón con las armas y echó a andar hacia la puerta.

—Kal —le dijo el hombre cuando casi había llegado a ella.

—¿Sí?

—Luego habrá un consejo de la Familia. Tu padre ha muerto.

Cuando salió de la ducha, Shamael todavía seguía allí. No parecía haberse movido desde que le diera la noticia, y el rictus medio sardónico seguía congelado en sus facciones casi de niño. El muchacho, sin embargo, apenas le prestó atención. Comenzó a vestirse en silencio, como si estuviera solo y dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Va a leerse el testamento —dijo Shamael, cuando el joven acabó de vestirse.

Éste le ignoró mientras descolgaba la capa verde oliva de la percha y se la ponía sobre los hombros.

—Sé cómo te sientes, pero…

—¡No, no lo sabes! —dijo volviéndose violentamente.

Shamael acentuó su sonrisa.

—¿Eso era lo que querías, no? Provocar una reacción. Ya lo has hecho. Ahora déjame en paz.

—El consejo ya está reunido.

—A la mierda el consejo.

—Kal Veidt Zane Argicida —dijo Shamael recalcando cada sílaba—, tienes un deber que cumplir. Si quieres llorar a tu padre hazlo ahora y sé breve. O espera a que el consejo finalice y hazlo entonces. Pero decídete. No tienes mucho tiempo.

—Maldito seas —escupió el muchacho. Inspiró profundamente. Shamael no parecía haber acusado las palabras—. Vamos —dijo.

Salió de la habitación, con Shamael siempre a dos pasos tras él, deslizándose por los pasillos como si sus pies no tocaran el suelo.

Ya estaban sentados en la mesa, como buitres hambrientos alrededor de un cadáver, esperando la señal para despedazarlo con sus garras ávidas. Se detuvo apenas en la puerta y fue recorriendo los rostros uno por uno: su tío Zor, el hermano mayor de su padre; sus dos hijos, Kara y Zed; el Censor de la Familia, Lavin; los demás apenas tenían importancia: economía, armamento, diplomacia... simples títeres en manos de la Cabeza de la Familia, soldados que obedecerían a quien ocupase la silla del poder.

Entró finalmente en la habitación y ocupó su asiento, al lado de la silla vacía de su padre. Shamael, siempre silencioso, permaneció de pie tras él.

—Kal, muchacho —dijo su tío con voz melosa—. Lamentamos profundamente tu pérdida. Propongo unos minutos de silencio para que compartamos nuestro dolor.

—Lloraré a mi padre en su momento, tío Zor. Y no es ahora —dijo, controlando cada sílaba de sus palabras—. Estamos aquí para asistir a la lectura del testamento de la Cabeza de la Familia. Hagámoslo.

Su tío no acusó el golpe. Aquel rostro blando e indescifrable continuó impasible mientras decía:

—De acuerdo.

Hizo una señal. El Censor se incorporó y oprimió un botón en la pared tras él.

Mi tío ya actúa como si fuera la Cabeza, pensó, mientras el proyector dibujaba un holograma frente a ellos. Vio de nuevo el rostro de su padre, no muy distinto a como lo había visto hacía casi una semana, poco antes de irse. Llevaba el uniforme de la Familia, sin insignias, con el cuello desabrochado. Sonreía sin el menor asomo de humor.

—Bien. Como Shamael os informará, mi rutinaria visita a los

páramos del Este no era más un engaño. Hace meses conseguí contactar con los Exteriores y he concertado una entrevista con ellos, para intentar llegar a un acuerdo. Si me estáis viendo ahora significa que la reunión era una trampa y yo estoy muerto. Ha llegado la hora de elegir a mi sucesor. Designo a mi hijo Kal Veidt Zane Argicida como nueva Cabeza de la Familia, y a Shamael como Regente en su nombre hasta que el propio Shamael considere que Kal está preparado para asumir todas sus responsabilidades. En el depósito genético de la Familia hay un tubo de ARN con algunos de mis recuerdos más importantes. Deben serle suministrados a mi hijo. Eso es todo.

Nadie dijo nada. Su tío continuaba impasible, como si nada hubiera sucedido, como si el sillón del poder no se le acabase de escapar de las manos otra vez. Sus primos, sin embargo, no eran capaces de ocultar la rabia y la decepción tan bien como su padre. Zed masculló algo entre dientes mientras Kara chasqueaba la lengua. El Censor, todavía de pie, entrecerraba sus ojillos protegidos por las gafas. El resto, indecisos, no sabían muy bien qué hacer, adónde mirar.

—Bien. Como regente declaro que el Consejo se levanta. La Cabeza y yo hablaremos a solas. Mañana los demás juraréis fidelidad a la nueva Cabeza. Es todo.

Zed pareció a punto de decir algo, pero un gesto mínimo de su padre le detuvo. Todos se incorporaron, inclinaron la cabeza levemente al pasar junto a Kal y salieron de la habitación. La puerta se cerró tras ellos. Kal miró a Shamael, todavía con aquella media sonrisa en su rostro casi ingenuo. Notó algo cálido y salado en la comisura de sus labios. Al fin podía llorar. Shamael no le interrumpió. Lentamente, el llanto fue cesando. Se limpió el rostro con el dorso de la mano y, sin mirar a Shamael, dijo:

—Bien. ¿Qué querías decirme?

—En realidad, nada. Lo que sea puede esperar. Solo quería que tuvieras tu oportunidad para dejar salir tu dolor. No volverás a tenerlas muy a menudo.

—Tú le advertiste sobre la reunión, ¿verdad?

—Eso ya no importa.

—Pero lo hiciste.

—Lo hice. Él oyó mi advertencia y tomó su decisión. Primera lección para la Cabeza: puedes oír los consejos de los demás que quieras. En última instancia, la decisión es tuya.

—Bien, mi querido Regente. ¿Qué haremos?

—Capear el temporal y sobrevivir. Qué si no. Lo primero es

inyectarte ese ARN. Luego hablarás con las Cabezas de las otras Familias. Podría hacerlo yo mismo en mi calidad de Regente, pero es mejor que te vean al frente tan pronto como sea posible. Quizá haya que cortar algunos cuellos en la Familia. Y si te ven débil, uno de ellos puede ser el tuyo.

—Muy bien, lo haré. ¿Eso era la segunda lección?

La sonrisa de Shamael se hizo más amplia. Luego desapareció.

—Lo era —una pausa mínima—, mi Señor.

La enorme pantalla había sido divida en cinco zonas del mismo tamaño. Casi media docena de rostros adustos lo contemplaban desde allí.

—Nuestro pésame, Cabeza Argicida —fueron diciendo uno tras otro.

—Gracias —respondió Kal a cada muestra de condolencia, inclinando mínimamente la cabeza, como uno hace ante sus iguales.

—La entrevista de tu padre con los exteriores fue un fracaso —dijo la Cabeza de Kromsk. Tenía la costumbre de ir al grano y no la abandonó en aquellos momentos.

—Así es —respondió Kal. Se sentía incómodo. Apenas media hora antes, le habían inyectado la solución salina con el ARN de su padre. No estaba muy seguro de lo que había esperado sentir pero, en cualquier caso, había quedado decepcionado. No había ocurrido nada. Se notaba igual que siempre, como si no llevara ahora recuerdos ajenos dentro de sí—. Mi padre se arriesgó y perdió. Debemos decidir cuál será nuestro próximo movimiento.

—Hace más de ciento setenta años que los exteriores nos hostigan —intervino ahora la Cabeza de Klahoma, comentando lo obvio según era su costumbre—. Al principio no eran más que una molestia, pero si no los detenemos pronto, todo el programa de recuperación podría estar en peligro.

—Sí, pero para detenerlos debemos saber quiénes son —dijo la Cabeza de Kurdstan—. ¿Qué criatura puede ser capaz de vivir en el exterior sin protección?

—¿Cómo sabemos que no llevan protección? —preguntó Shamael, siempre detrás de Kal, en su papel de Regente—. Las noticias que tenemos sobre los exteriores son confusas y los testigos poco fiables.

—Al menos los que han sobrevivido para contarlo —dijo la Cabeza de Quito.

Sólo Shamael pareció encontrar gracioso el chiste:

—Así es —dijo, acentuando su media sonrisa—. En cualquier caso, Kurdstan lleva razón. ¿Son originarios de la Tierra o alienígenas? ¿Y en ese caso de dónde vienen? ¿Puede haber más dispuestos a venir de dónde llegaron estos?

—Todo eso lo hemos hablado miles de veces —dijo Kromsk—. Esta conversación es inútil.

—Quizá —intervino Cabo por primera vez—. De cualquier forma hemos de decidir la estrategia a seguir. Les hemos enviado un mensajero y nos han devuelto su cabeza. Eso ya es una respuesta. ¿Qué hacemos, entonces?

—Aplastarlos —dijo Kromsk—. Acabar con ellos de una vez.

—Pero ¿cómo? —preguntó Kal—. ¿Sabemos dónde se encuentran? ¿Tenemos tropas suficientes para combatir en el exterior?

—El chico tiene razón —dijo Klahoma. De pronto reparó en el error que acababa de cometer—. Mis disculpas, Argicida. Me he dejado llevar por la costumbre.

—No tiene importancia, Klahoma.

—Entran en nuestros invernaderos, matan a nuestros campesinos, destruyen nuestros robots. —De nuevo Klahoma se lanzaba a su pasatiempo favorito de comentar obviedades—. Y no hay forma de dar con ellos. Pueden moverse por el exterior impunemente. Ni siquiera sabemos cuántos son.

—Sabemos lo suficiente: aspiran a ocupar nuestros sillones y no debemos consentirlo. —Kromsk parecía más furioso a cada minuto que pasaba—. No sé vosotros, pero yo voy a usar a mis robots. Hablaré con mis técnicos para que los reprogramen.

—¿Y quién se ocupará de los proyectos exteriores mientras los robots buscan al enemigo?

—Nadie. Pero el daño que se les causará a los proyectos será menor que si permitimos que los exteriores sigan atacando.

—Si los robots consiguen encontrarlos no es mala idea —dijo Kal—. Pero hasta ahora no se han mostrado muy eficaces.

—Para eso están los técnicos. Que nos construyan un ejército. Que nos diseñen protecciones más eficaces para el exterior y podremos usar también a nuestros hombres.

El tema parecía haberse agotado. Tras el ritual de rigor, cada una de las Cabezas fue desapareciendo del monitor mural, hasta que las cinco pantallas se llenaron de estática. Sólo entonces Kal se relajó y se volvió a su Regente, en una muda pregunta.

Éste asintió secamente.

—Has intervenido poco, pero tus palabras tenían sentido. Las otras Cabezas lo recordarán.

—Gracias.

Kal miró a Shamael. Aquel rostro inquietantemente angelical no parecía haber envejecido un solo segundo desde que lo conocía. Seguía teniendo el mismo aspecto que había tenido años atrás, la tarde en que uno de sus subalternos del campo sur lo había llamado agitado para hablarle de la llegada de un extraño del exterior. Por aquel entonces aún no era la Cabeza de la familia Argicida, sólo uno de sus hijos, y ni siquiera el mayor. Tenía un cargo como supervisor de la zona suroeste de Europa y en él vegetaba mientras esperaba que su padre lo llamara un día de vuelta a la Corte.

Era joven, Dios santo, tan terriblemente joven. Aún no había aprendido a ocultar sus emociones ante los subalternos, a controlar su ira ante un trabajo chapucero o disimular su orgullo frente a una labor bien hecha. Sin embargo, poco a poco iba aprendiendo.

El jefe del campo sur había llegado hasta su residencia en uno de los escasos coches cubiertos de que disponían. Tenía que ser realmente urgente, o se habría contentado con llamar desde su base.

—¿Qué ocurre? —había preguntado él.

—Noble, algo extraordinario. Hace apenas dos horas, mientras dirigía los trabajos en los invernaderos oímos un ruido en el exterior, como si un proyectil acabase de impactar contra la tierra en aquel mismo momento. Fui yo mismo a investigar. Encontramos un cráter humeante de algo más de tres metros de radio y dentro del cráter...

—Habla.

—Había un hombre.

—Quieres decir un cadáver.

—No. Estaba vivo, mi señor. Respiraba y se movía.

—Supongo que agonizaría.

El jefe del campo sur apenas podía ocultar su turbación.

—El... el ambiente del exterior no parecía afectarlo. Tenía dos feas heridas en la espalda, pero por lo demás estaba intacto. Ordené que lo recogieran y lo llevaran al interior. Sigue allí. Parece en perfectas condiciones. Devoró la comida que le dimos y luego se echó a dormir.

—Vamos para allá.

El viaje duró algo más de media hora. Por suerte estaba anocheciendo y el sol casi resultaba soportable. Dejaron el coche en

el hangar y entraron en el edificio. Él caminaba con prisa, apenas capaz de creer lo que el jefe del campo sur le había contado. Al fin llegaron a una celda oscura y fría. Atisbó por el ventanuco de la puerta y vio a un hombre desnudo sobre el camastro.

—Abre y déjanos solos.

—Noble...

—¿Llevaba armas?

—No, pero podría ser peligroso.

—Pon una guardia en la puerta, pero déjanos solos. ¿Ha dicho cómo se llamaba o de dónde venía?

El jefe del campo sur negó con la cabeza.

—No ha salido una sola palabra de sus labios desde que lo recogimos.

—Bien.

Abrió la puerta y entró en la celda. El desconocido dormía boca abajo, y las mantas se habían caído parcialmente de su cuerpo, revelando una espalda nudosa y pálida, surcada por dos enormes cicatrices a la altura de los omóplatos.

—¿Quién eres? —preguntó.

El extraño dio media vuelta, con los ojos completamente abiertos, de un azul tan intenso como frío. Lo miró y entonces pudo ver por primera vez aquella media sonrisa que no parecía abandonar nunca su boca.

—Soy el diablo —dijo.

Kal sonrió al recordar la frase. *Soy el diablo*. Una manera curiosa de presentarse, sin duda. Y de pronto, el torrente de recuerdos retrocedió ante el sentimiento de asombro que lo invadía. Aquello era falso, él no había conocido a Shamael en el campo sur. Nunca había estado en el campo sur y sus primeros recuerdos del Regente se remontaban a su infancia. No tenía sentido. Y entonces comprendió.

—¿Te encuentras bien?

La voz de Shamael lo devolvió a la realidad. Estaban solos en la habitación y el Regente había apagado el monitor mural.

—He recordado el día en que mi padre te conoció —dijo.

—Ah, un momento interesante, sin duda.

—¿Es así como será siempre? —preguntó de pronto—. ¿Sintiendo los recuerdos de otra persona como si fueran míos, notando cómo me invaden sin que yo pueda controlarlo?

—Al principio, sí. Lo que tu padre grabó en ese ARN está en tu cuerpo, pero no puedes esperar a tener acceso a todo el material al mismo tiempo. Los recuerdos surgen de forma extraña: un olor, una

frase, cualquier cosa puede ser el desencadenante. Así ocurre con las memorias que te son propias. Y ocurrirá con las de tu padre. Con el tiempo, sin embargo, terminarás asimilándolo.

—Eso espero. No es una sensación agradable.

—Te esperan pocas cosas agradables a partir de ahora, mi Señor.

Kal tardó un rato en responder.

—Estoy cansado —dijo al fin—. Será mejor que vaya a mis habitaciones.

—Como desees.

El joven había alcanzado ya la puerta de la sala cuando de pronto se detuvo.

—¿Realmente eres el diablo, Shamael?

—Lo fui. Eso es lo que recuerdo, al menos.

La ironía en la voz se le hizo insoportable a Kal.

El entrenamiento no le sirvió de nada aquella tarde. Sus clones murieron en silencio, como siempre, y al final se sintió asaltado por un vago sentimiento de futilidad que le dejó un regusto amargo en la boca. Trató al servicio sin demasiada consideración, desobedeciendo por primera vez en su vida las órdenes de su padre: «Todos servimos a algún propósito. No te sientas tan superior. Sin ellos tú no serías nada.» Las palabras resonaron en su cabeza con la misma claridad que la primera vez que las había oído, a los ocho años. Pero ¿realmente era él el niño del recuerdo, era su padre quien le hablaba, o era su padre el niño malhumorado que le había puesto la zancadilla a un criado y su abuelo el hombre moreno de modales medidos que le echaba una reprimenda sin alzar la voz un solo momento? Por un instante fue incapaz de decir si el recuerdo le pertenecía a él o a su padre, y aquello lo llenó de terror. Lentamente, se fue tranquilizando. Había pequeños detalles aquí y allá: el recuerdo era suyo, no había sido introducido en su cuerpo con una inyección.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta de su aposento.

—Abierto —susurró.

La puerta se hizo a un lado, y un cuadrado de luz irrumpió en la penumbra de la habitación. Recortada contra la luz estaba la silueta de su prima Kara.

—¿Puedo entrar?

—Hazlo o vete —dijo él, con más seguridad de la que en realidad sentía.

Kara dio un paso al frente y ni siquiera parpadeó mientras la puerta se cerraba a sus espaldas, tan rápido que, de haber estado aún en el umbral, la habría partido en dos.

—Hay poca luz —dijo.

—La suficiente. —No quería ver con claridad a su prima. No en aquellos momentos en que se sentía tan inseguro respecto a sí mismo.

—Como quieras, primo. Oh, perdón, debería decir mi Señor.

—Soy ambas cosas.

Ella dio dos pasos y se detuvo a su lado. Incluso en aquella penumbra, el perfil de su cuerpo era suficiente para que, de pronto, su corazón latiera más de prisa y algo duro obstruyera su garganta.

—Siento lo de tu padre. Era un buen hombre.

Aquello lo pilló por sorpresa. La compasión no era un rasgo característico de Kara.

—Gracias —consiguió decir.

El cuerpo femenino se arrodilló frente a él. Una mano avanzó en las sombras hacia su cuerpo.

—Puedo ayudarte, Kal.

¿Podía? Incluso en la oscuridad, sus ojos relampagueaban en un negro tan brillante que no podía apartar la mirada de ellos. Su mano seguía reptando en dirección a su cuerpo, como una araña precavida. ¿Podía ayudarle? Se obligó a recordar lo que sabía del carácter de su prima: fría, cruel, ambiciosa. Pero nadie puede ser tan plano, tan simple. Bajo todo aquello podía haber una criatura que solo esperase una oportunidad para mostrarse como era. ¿En serio? ¿Lo creía realmente? La mano había llegado a su entrepierna y la exploraba como un molusco tierno. Kal tragó saliva y sintió que casi era incapaz de hacerlo. Miró de nuevo aquellos ojos negros y brillantes y se sintió indefenso, completamente a su merced. ¿Por qué no? ¿Por qué no confesar en voz alta de una vez que deseaba a su prima desde que tuvo edad para fijarse en las mujeres, que se moría por explorar su cuerpo, por hundirse en él para siempre?

—Podemos ayudarnos —dijo ella, con una voz ligeramente ronca.

Podemos ayudarnos. *Me pregunto a qué*, pensó de repente Kal, como si acabara de despertar de un sueño. Se obligó de nuevo a recordar lo que había visto de su prima a lo largo de todos aquellos años. *Yo sí puedo ayudarte a ti, sin duda. Y eso es lo que quieres.* Con un esfuerzo agotador apartó la medusa deliciosa de la mano de ella de su ingle y consiguió decir con voz seca:

—¿Qué quieres de mí, prima?

Ella sonrió. Suavemente, su mano volvió a posarse sobre él.

—Solo quiero ayudarte, Kal.

—Dile a tu padre que no conseguirá la Cabeza de la Familia a través de un matrimonio.

Otra vez la sonrisa.

—¿Qué importa mi padre? Olvídalo. ¿No me deseas?

Sí, oh Dios, sí.

—Sí —dijo en voz alta—. Pero eres demasiado peligrosa. Antes me la cortaría.

La mano se detuvo. Kal vio cómo se crispaba en un puño y se alzaba apenas.

—Eso puede arreglarse —silabeó ella mientras se incorporaba.

Dio media vuelta y caminó hacia la puerta. Se detuvo allí y esperó pacientemente, sin decir una palabra, a que él diese la orden.

—Abierto —murmuró Kal.

Kara salió de la habitación. Sus pasos resonaron por el pasillo, cada vez más lejanos. Kal se recostó en la litera. *No estoy preparado para esto*. Pensó. *No quiero estarlo. Por el amor de dios, solo tengo dieciséis años*.

Su padre no le hizo una sola pregunta, pero supo enseguida que había fracasado. El estúpido de su hermano, como siempre, no comprendía nada.

—Así que es menos vulnerable a tus encantos de lo que habíamos supuesto. No importa. Encontraremos otra cosa.

Frente a él, el Censor de la Familia carraspeó para llamar su atención.

—Me niego a hacer nada ostensiblemente ilegal —dijo con aquella vocecilla de eunuco.

Zor sonrió apenas.

—Siempre me he preguntado por qué una rata cobarde como tú ha decidido traicionar a su señor legítimo. ¿Dónde has encontrado el valor suficiente para dar ese paso?

El Censor no se preocupó en sentirse molesto ante la acusación.

—Sólo me mueve el bienestar de la Familia. El joven Kal es demasiado inexperto. Y ese Shamael lo maneja como quiere. No es bueno para la Familia.

—Atiende, Zed —dijo Zor volviéndose a su hijo mayor, que paseaba de un lado a otro de la habitación—. Lo que nuestro buen Censor quiere decir en realidad es que tu primo no se va dejar

manejar por él.

Kara miró a su padre, preguntándose una vez más por qué el viejo se molestaba en explicarle nada a Zed. Su hermano apenas era capaz de comprender los asuntos más directos: mucho menos lo haría con las sutilezas de la política. Claro que no importaba; en el fondo era incluso preferible. Eso haría de él un títere perfecto. De pronto, reparó en la expresión del rostro de su padre, como si adivinase lo que estaba pensando. Zor asintió en un gesto de aprobación. *Así que es eso. Sabe que Zed no sirve para el gobierno, que las leyes impiden que una mujer sea Cabeza de la Familia y que él mismo ya es demasiado viejo para el cargo. Pero sabe también que yo podré gobernar a través de mi hermano.* Le devolvió el gesto a su padre.

—Y bien, ¿qué hacemos entonces? —dijo Zed, hablando por primera vez. No parecía haber escuchado nada de lo que se había dicho en los últimos minutos.

Zor lanzó un suspiro, mirando apenas al techo.

—Tenemos que deshacernos de Shamael.

—Ya lo hemos intentado antes. Ese engendro del diablo no es fácil de matar —dijo su hijo.

—Querido Zed, la palabra *matar* no ha salido de mis labios. No, hablo de deshacernos de él temporalmente. El tiempo justo para que la Familia cambie de Cabeza.

El Censor lo miró intrigado.

—Entonces, ¿tienes un plan?

—No he tenido otra cosa en cuarenta años, desde que mi hermano usurpó el corazón de mi padre y el puesto que debió haber sido mío. Por supuesto que tengo un plan. ¿Puedes hacer que Shamael esté ocupado mañana fuera del Castillo? Digamos dos horas. Mejor tres. Hay que contar con un margen de seguridad.

—Creo que puedo arreglarlo —dijo el Censor, intentando que su voz de flauta sonara decidida.

—Estaba seguro —dijo Zor.

En la chimenea arde un fuego. Eso no tiene nada de particular, salvo por el detalle de que lo que produce el fuego es la combustión de madera, madera que ayer mismo formaba parte de un árbol en algún invernadero. El fuego apenas consigue caldear la habitación. Un aliento helado se extiende desde el hombre sentado frente a la chimenea y llena hasta el último hueco, hasta la última grieta en las paredes.

El hombre frente al hogar se vuelve. Su emisario ha vuelto, por fin. Contempla ese cuerpo sutilmente cambiante que ha elegido para sí. Bien, por qué no, todos tienen sus manías y la elección de Legión no es peor que otras.

—¿Y bien? —pregunta—. ¿Lo habéis visto?

Legión (cuyo rostro cambia ahora tan rápidamente que parece poco más que un manchón desenfocado) sonríe.

—Lo vimos. Fue fácil, tan fácil, vino a mí sin armas, llegó solo, no esperaba nada, confiaba, tranquilo, una promesa, nadie rompe una promesa, él confiaba, esperaba tranquilo, no había precaución en sus ojos, no había miedo en su boca, no esperaba nada malo.

El hombre sentado alza una mano, interrumpiéndole. El discurso caótico de Legión, en el que cada una de sus muchas personalidades intenta hacerse con el control del discurso, en una lucha sin vencedor ni final, lo agota.

—Entonces, ¿no esperaba ninguna traición?

Aquel rostro apenas descifrable (un caos frenético de rasgos, colores y edades) cambia repentinamente de expresión.

—Nos esperaba, claro que sí, sabía quién era, qué le iba a pasar, sí, lo sabía, la desconfianza brillaba en lo más hondo de su piel pero pese a todo vino solo como si esperase que yo respetara el pacto, la promesa, confiaba, no confiaba, no sabemos, pero pese a todo llegó solo, sin armas, nadie más que él y yo, su alma brillando obscena en mitad de la noche, me temía, me esperaba, no me esperaba, no lo sé.

—Bien, no importa. Continua.

—Me preguntó qué está pasando quién eres, pero él lo sabía, no lo sabía, no sé, no sospechaba nada pero tenía la certeza de que no saldría vivo pero no lo sabía pero estaba seguro de que mi zarpazo sería mortal pero confiaba en mí pero no tenía la menor duda de cuáles eran mis intenciones. —Se interrumpió un momento, mientras desde la silla el hombre hacia un gesto de cansancio—. Habla, me dijo, tú eres Legión, tú eres el que llaman Legión ¿no es verdad? Esperaba un trato, ¿no es cierto? Había venido allí esperando un trato, pero sabía que sólo encontraría la muerte, así que tomé su alma temblorosa en mis manos y la devoré, me abrí camino por ella con garras y colmillos, mírala, está aquí, es nuestra, solo nuestra ahora, mírala.

El hombre en la silla se incorpora. Pasea por la habitación, con el aliento gélido siempre rodeándolo, precediéndolo. Todo parece ir bien, según los planes. Entonces, ¿por qué siente que hay algo que no acaba de marchar como debería? Se vuelve a Legión.

—¿Has devuelto su cabeza a su parientes?

—Sí, oh, sí, Domingo. Lo hemos hecho, su cabeza vacía, sin alma, los ojos desorbitados por el último terror, claro que lo hemos hecho…

Se interrumpe al ver el ceño fruncido del hombre al que acaba de llamar Domingo. Aguarda, expectante como un perrillo fiel.

—Pero hay algo extraño, ¿no? Viste algo cuando tomabas su alma.

Legión parece repentinamente animado, como si su amo acabara de arrojarle un hueso.

—Sí, había algo en él, un rastro, una huella apenas, mínima, imperceptible, casi invisible, un punto minúsculo de oscuridad en la obscena luz de su alma, un punto mínimo pero oh tan poderoso, la huella del príncipe.

Domingo se detiene, como si algo lo hubiera golpeado.

—No puede ser —dice—, ¿la viste, estaba ahí, era su rastro?

—No lo sé, el humano tenía la certeza de que moriría, de que su misma esencia sería un plato delicado en mi paladar y sin embargo no sospechaba nada, no sé, la huella ¿su huella? no sé, pero ahí estaba.

—Es ridículo. No tiene el menor sentido.

—Pero míralo tú mismo, mira la huella de oscuridad que el príncipe dejó en su alma, es su marca, mírala, su huella, el rastro de su pezuña, el príncipe.

—No, estás equivocado. Se fue hace tiempo, nos dejó. ¿Por qué iba a volver ahora, por qué iba a aparecer precisamente ahora y este lugar?

—Pero está ahí, mira la marca, su rastro huele como sólo puede oler la marca del príncipe, estaba allí, en su alma, tan oculto que apenas la vi, pero sin duda era un rastro de él, sólo de él, de nadie más que él.

Domingo vuelve a sentarse. En la chimenea, el fuego se está apagando, las últimas brasas se consumen lentamente.

—Pero entonces ¿dónde está? ¿dónde se oculta? —En realidad no habla con Legión, se limita a expresar sus pensamientos en voz alta. El príncipe. No tiene sentido, pero al mismo tiempo tiene la sensación de que sería muy típico de él. Desaparecer durante todo aquel tiempo, permitirle que se sintiera seguro solo para volver en el peor momento posible—. ¿Qué haremos? —murmura, sin percatarse de la presencia de Legión a su lado.

Éste, sin embargo, responde a la pregunta que no iba dirigida a él.

—No lo sé pero debemos observar, pero él se fue, ya no le interesamos, nos dejará en paz, ¿y si cambia de idea? pero ¿es él? ¿puede ser él después de tanto tiempo? nos castigará, no, ya no le interesamos, nos dejará en paz, no, es cruel, recordad, nos castigará sólo por el gusto de vernos sufrir, no, no le interesamos, se aburría ¿recordáis? se aburría, nos dejará en paz, pero quizá no, debemos observar, debemos vigilar.

El confuso y caótico discurso de Legión hace que Domingo recupere el sentido de la realidad. De nuevo es consciente de dónde está y con quién. Se vuelve a su sirviente y lo mira sin decir nada. Si el príncipe se interpone todo podría fallar. Observar, sí, esperar, pero esperar qué. Legión afirma que sintió la presencia del príncipe, y Domingo no duda de las percepciones de su siervo. La caída del príncipe fue larga, tan larga que bien pudo haber caído aquí. Pero por qué iba a aguardar todos estos años sin mostrarse. No importa, en el fondo no importa. Que esté donde quiera y que se oculte donde desee: cayó tan hondo que ya no podrá levantarse de nuevo, no podrá hacer nada contra ellos. En realidad ya no es el príncipe, ya no es nadie, ahora no puede ser más que una parodia de sí mismo, una sombra de la Sombra. De pronto sonríe al recordar el día en que arrojó las llaves, las esparció por la llanura tan desolada, tan hermosa, tan maravillosamente llena de dolor y se fue. Recuerda cómo lo vio subir, cómo ascendía imparable. Y luego la caída, otra vez la caída, y ahora tan hondo que ni ellos mismos podían ver dónde había caído. Sí, no importa que sea el príncipe; de una forma u otra cayó para siempre, quizá sigue cayendo todavía, quizá no ha dejado de caer. Sale de sus recuerdos y le dice a Legión:

—No importa. Da lo mismo si el príncipe está aquí o no.

Legión empieza a asentir, pero cambia de idea a mitad del gesto y dice:

—Pero podemos saberlo, podemos averiguar si el príncipe está con ellos, si está aquí, si los ha tocado, lancémosle un reto, sí, vamos, algo que solo él pueda entender, por qué no, retémosle, hagámosle llegar un mensaje que sólo él entenderá y así saldremos de dudas.

Domingo considera la idea. En el fondo es una tontería. Tanto si el príncipe está aquí como si no, eso no tiene la menor importancia. Pero siente curiosidad, y la idea de Legión es tan buena como cualquier otra para satisfacerla.

—De acuerdo —dice—. Lo haremos.

Kal soñó aquella noche que vagaba por una llanura fría y desapacible. De alguna manera sabía que aquello no era el exterior, que ni siquiera la desolada superficie de la Tierra podía ser tan inhóspita como aquel vasto territorio sin fronteras. De pronto se encontraba con una mujer rubia y no muy alta que lo miraba indecisa y se oía decir a sí mismo con una voz que no era la suya:

—Pero las lilas están muertas y es el más cruel de los meses.

La mujer sonreía y lo besaba. Y sentía que estaba desnuda, que bajo la ropa estaba desnuda, que estaba desnuda bajo la piel que temblaba en sus manos.

Despertó con una erección dolorosa y comprendió que, de alguna forma, su subconsciente había fantaseado con el momento en que su padre y su madre se habían conocido. Ahora, plenamente consciente, repasó el recuerdo tal y como le había sido transmitido y fue separándolo de las deformaciones que había introducido el sueño en él. Comprendió la referencia de las lilas y el más cruel de los meses: no era más que una deformación grotesca de uno de los muchos chistes privados que su padre y su madre habían compartido. Notó, como si fuera suyo, el estupor de su padre ante aquella mujer que se había atrevido a amarlo como si no fuera nada más que un hombre. Y el dolor que sintió al recordar la muerte de la mujer que le había traído al mundo fue más intenso que nunca: porque ahora era su dolor sumado al de su padre.

Pero no halló la menor pista sobre el lugar del que podía haber salido el paisaje de su sueño: aquel territorio desolado e inabarcable que parecía concebido para el sufrimiento. Ni en sus recuerdos ni en los de su padre encontró el menor rastro de él.

Volvió a dormirse, intranquilo.

5

Dedicó toda la mañana a resolver pequeños pleitos entre los habitantes de los invernaderos, como hacía su padre, y cuando llegó la hora de comer se sentía completamente agotado. A su lado, el Censor había permanecido impasible, hablando únicamente las escasas veces que había necesitado consultarle. Era un Censor competente, sin duda, pero echaba de menos la visión de Shamael para las cosas. Sin embargo, el Regente había tenido que ir a los campos del Este: una nueva plaga mutante había atravesado las protecciones del invernadero y el Regente debía estar allí mientras se tomaban las medidas oportunas.

Al fin, la hora de las audiencias terminó y pudo relajar su cuerpo tenso. Se sentía desfallecer de hambre. Por unos instantes pensó en comer en sus aposentos: no quería enfrentarse con las miradas curiosas de los ocupantes del comedor, sus cuchicheos sobre la juventud de la nueva Cabeza, sobre su inexperiencia. Pero no podía hacer eso. Tenía que dejarse ver, permitir que lo contemplaran a su antojo, que lo criticaran cuanto quisieran. Al fin y al cabo, era la Cabeza de la Familia, el símbolo visible de los Argicidas frente al mundo, y tenían derecho a verlo y a murmurar sobre él.

De camino al comedor se encontró con su primo.

—Buenos días, Zed.

—Hola, primo —dijo éste, negándole el título y la inclinación de cabeza.

Kal estuvo a punto de dejarlo pasar. Consideraba estúpido la mayor parte del protocolo, pero algo en la parte posterior de su mente lo avisó de que si toleraba los pequeños desafíos luego le resultaría mucho más difícil detener la verdadera desobediencia.

—El título correcto es *mi Señor*, Zed. Comprendo que para ti la situación es nueva y se te puede haber olvidado. Dejémoslo pasar por esta vez.

—No se me había olvidado —respondió su primo tras una ligera vacilación.

—¿Entonces?

Algunos nobles de la Familia se detuvieron a mitad del pasillo, contemplándoles.

—No puedo llamar *mi Señor* a quien no merece el título.

—Zed, eres mi primo y miembro de la nobleza. Pero no toleraré esos gestos ni de ti ni de nadie.

—Lo que tú toleres no me importa.

¿Se había vuelto loco su primo? ¿No sabía acaso con quién estaba hablando? Él era la Cabeza de la Familia, con poder de vida y muerte sobre cada uno de sus miembros. Volvió el rostro y vio que, a su alrededor, la gente había dejado de pasear y los miraban, expectantes. Algo más allá, entrando en el pasillo, distinguió a su tío y al Censor.

—Soy tu Cabeza. Tu vida es mía —dijo de acuerdo con el ritual. A Zed no le quedaba más que doblegarse y aceptar el castigo.

—No eres más que un chiquillo engreído.

Kal frunció el ceño. Aquellas palabras no eran típicas de su primo. Parecía decirlas con sinceridad, pero no concordaban con su carácter. Zed era un bruto sin entrañas, pero su mente apenas era capaz de captar las mínimas sutilezas. El Censor y Zor habían llegado casi a su lado. Kal se dirigió a su tío:

—¿No deberías sujetar mejor a tu vástago, Zor?

Éste se encogió de hombros.

—Zed ya es mayor para ser responsable de sus propios actos. —El tema no parecía interesarle demasiado.

Maldita fuera, ojalá Shamael no hubiera tenido que irse. Necesitaba su consejo... Y de pronto cayó en la cuenta. La ausencia del Regente no era casual, no podía serlo.

—¿Me estás desafiando, primo? —preguntó, consciente de que una vez pronunciadas esas palabras no habría marcha atrás.

—Lo hago. Te convoco en la arena.

Así que era eso. Zed tenía fama de ser el mejor luchador de la Familia. Una provocación deliberada, un desafío, un rápido combate y la Cabeza pasaría a otro. Una vez lanzado el desafío sólo podía aceptarlo. No estaba mal, su primo no había sido demasiado hábil, pero tampoco excesivamente torpe. Zor debía haberlo aleccionado a fondo.

—Muy bien. ¿Armas? —preguntó.

Vio que aquello sorprendía a su primo. Seguramente había esperado que él mismo eligiera las armas. Que le diera aquella ventaja no tenía sentido. Pero Kal sabía muy bien lo que estaba haciendo. *Eso espero, o habré sido la Cabeza más efímera de toda la historia de la Familia.*

—Cuchillos —dijo Zed.

Kal casi suspiró de alivio. Había esperado precisamente eso.

Una pistola de partículas resultaba demasiado aséptica para el carácter sanguinario de su primo. Notó como Zor, tras él, chasqueaba los labios. *No tío, no soy ningún estúpido. Con una pistola en la mano no tendría ninguna oportunidad contra Zed. Veremos qué ocurre con los cuchillos*. Y entonces empezó a comprender por qué su padre y Shamael habían decidido, seis meses atrás, que empezara a adiestrarse en combate casi cuatro años antes de la edad habitual. *Lo sabías, padre, sabías que ibas a morir*, pensó con una punzada de dolor. Ni un solo rastro de sus pensamientos asomó a su rostro impasible.

—Así sea —dijo, y no estaba muy seguro de hablar con su primo o de estar respondiendo a los deseos de su padre.

Sin esperar respuesta dio media vuelta y se dirigió hacia la arena. Su estómago gruñía de hambre, y las articulaciones le dolían después de haber estado sentado toda la mañana. Pero ahora no podía pensar en ello. A medida que caminaba fue vaciando su mente de todo pensamiento ajeno al combate que lo esperaba. Nada más tenía importancia: su universo se había reducido a la mortal coreografía que iba a practicar con su primo.

Llegó a la arena y se desnudó de cintura para arriba. Introdujo la mano en el bol de aceite y se untó todo el torso hasta que estuvo bien brillante. Mientras tanto, su primo entraba en el coso y los nobles se acomodaban en las gradas. Sin duda esperaban un buen espectáculo. Procuraría no defraudarlos. Distinguió a su prima en primera fila. *Bien*, pensó. *Gobernarás a través de tu hermano, ¿verdad?* Asaltado por un impulso repentino, le guiñó burlonamente un ojo. Kara frunció el ceño, sorprendida.

Se acercó a la panoplia y de allí eligió un cuchillo de hoja delgada y larga, casi un punzón. Lo sopesó cuidadosamente y lo hizo girar entre los dedos. Una buena hoja. Su primo, el peludo torso cubierto de aceite, eligió un arma curva y enorme, con aspecto de cuchillo de matarife.

Ambos caminaron hacia el centro de la arena. Una vez allí, hicieron el gesto de reconocimiento a su oponente. Luego, la danza dio comienzo.

Tendría que ser rápido. Zed le ganaba sobradamente en fuerza y resistencia. Sus únicas esperanzas estaban en su agilidad y en la posibilidad de que su oponente fuera el peor enemigo de sí mismo. Si lograba esquivarlo durante los primeros minutos quizá consiguiera hacerlo perder la calma y actuar con precipitación. Había visto a Zed en la arena cientos de veces: como estratega distaba de ser un genio, pese a que generalmente sus contrincantes

estaban demasiado atemorizados por aquella mole que se les venía encima para darse cuenta.

Zed lanzó una finta exploratoria que Kal ni siquiera se molestó en desviar. Sabía que su propósito no era herirlo. Lentamente fueron girando, cada uno con los ojos fijos en el arma del otro. *Ah, pero mi arma soy yo mismo, querido primo*. Zed se lanzó hacia delante, en un ataque tan rápido para alguien de su tamaño que casi pilló a Kal por sorpresa. Casi. En el último momento, su estilete desvió la hoja de su primo a un lado.

—No está mal, monito, no está mal —dijo Zed.

Kal sonrió, esforzándose en que su sonrisa fuera toda ingenuidad y candor.

Zed lanzó el cuchillo hacia su vientre. En el último momento la hoja, como si tuviera vida propia, voló por el aire, fue recogida por la mano izquierda y empezó a descender hacia el hombro de Kal. Pero ya no estaba allí. Había pivotado sobre sus pies, desplazándose al costado derecho de su primo, ahora desprotegido después del cambio del arma. Abrió un desgarrón largo, aunque superficial, en todo el peludo antebrazo y luego retrocedió.

Su primo aulló de rabia, pero no perdió la concentración. Volvió a cambiar de mano el cuchillo, para demostrar que la herida no le inquietaba lo más mínimo, y se lanzó como un matador de toros a por su presa. Kal se dejó caer al suelo, rodó sobre sí mismo hacia su primo e introdujo el estilete hasta el fondo en el enorme muslo que estaba sobre él. Lo desclavó de un gesto seco, rodó entre las piernas de Zed y se incorporó, quedando a las espaldas de su oponente. Este se volvió tan rápido como pudo y le hizo frente.

—Tu muerte será especialmente dolorosa —dijo.

Por primera vez desde que había empezado el combate, Kal se permitió decir algo:

—Quién sabe.

Aquello enfureció a Zed más de lo que lo habían hecho las heridas. Renqueando apenas se lanzó contra Kal tan veloz que el intento de éste de detener el cuchillo de su primo sólo tuvo éxito a medias y una línea carmesí apareció en su mejilla derecha. Apenas había notado el dolor, pero exageró su reacción y se fingió desorientado. Su primo atacó de nuevo. Antes de llegar a fondo volvió a intercambiar el cuchillo de mano.

Ahora.

Su estilete golpeó la hoja a mitad de su arco por el aire y la envió al otro extremo de la arena. Antes de que Zed comprendiese del todo lo que estaba ocurriendo, el estilete volvió a atacar.

Afilado como una cuchilla de afeitar, se hundió en el hombro de su primo.

Ahora Zed solo tenía un brazo. El otro yacía en el suelo. Por el muñón la sangre salía a chorros. Kal esperó a que su primo se desplomase para llamar al cirujano.

—¡Restañad la sangre! —dijo en voz bien alta—. ¡Quiero que viva!

Sólo entonces, después de haber devuelto el cuchillo a la panoplia, se permitió notar lo agotado que estaba y el doloroso latido en su mejilla. Se tambaleó ligeramente, pero enseguida recuperó el control de su cuerpo. Alzó la vista hacia las gradas, donde su tío Zor ocultaba cuidadosamente su rabia bajo una sonrisa cortés. A su lado, Kara lo miraba seria; había algo en el rostro de su prima que no había visto nunca antes. ¿Respeto? Ridículo, y además no tenía tiempo de pensar en eso ahora. Salió de la arena y se encontró de repente con la familiar figura de Shamael, que lo contemplaba sonriente.

—Buen trabajo —dijo.

—Pero, ¿no...?

—Vamos, ¿crees que un intento tan chapucero podría haberme engañado?

—Entonces ¿por qué permitiste...? Ya veo, una nueva lección.

—Así es, mi Señor.

—Luego me explicarás en qué consiste. Ahora estoy demasiado agotado. Haz que lleven comida a mis aposentos.

A solas, Domingo recuerda y planea. Mientras sus sirvientes cumplen con su trabajo en el territorio de Klahoma, es incapaz de apartar las palabras de Legión de su mente. El príncipe. ¿De veras puede ser él, puede haber vuelto realmente? En el fondo lo duda. Su segunda caída fue tan honda, tan estrepitosa que parece imposible que nadie pueda alzarse de algo así.

La Caída. La palabra llena de ecos su mente. Recuerda los días anteriores a la rebelión, sirviendo al que no tiene nombre, alimentándose de la luz sin final de su rostro, construyendo ladrillo a ladrillo la Ciudad de Plata. Son recuerdos dolorosos, pero el mismo dolor que producen es el más dulce de los placeres, ahora que sabe que nunca podrá volver. Sonríe torvamente mientras recuerda la primera caída del príncipe. Ambos ejércitos se habían detenido, las heladas espadas flamígeras descansaban en sus manos mientras el que no tiene nombre alzaba un brazo y el príncipe les

era arrebatado, caía fuera de su presencia, más allá de la Ciudad de Plata, a los abismos sin final que nunca se habían tomado la molestia de explorar. En los ojos de su mente lo ve de nuevo, hundiéndose en la densa oscuridad que lo tragaba como un ser vivo. Y luego, el sentimiento de que todos salvo el príncipe serían perdonados. Podían volver a la Ciudad de Plata y seguir solazándose en su presencia como si nada hubiera pasado.

¡No! grita el recuerdo en su mente. *No, nunca.* Y se ve a sí mismo de nuevo, zambulléndose en la oscuridad espesísima, siguiendo los pasos del príncipe. Es consciente de que otros lo siguen, de que hay más que no aceptan el perdón y se lanzan tras él. Su caída no es tan larga como la del príncipe (pero lo suficientemente larga para no desear seguir cayendo más) y al final llegan a un territorio tan hermoso que casi les hace olvidar la Ciudad de Plata, el rostro del que no tiene nombre, su derrota. Es una llanura sin fronteras, inabarcable, concebida para el más exquisito de los dolores. Y en mitad de ella, el príncipe los está esperando.

—Te saludo, Duma, ¿qué noticias me traes?

Y él, al que ahora llaman Domingo, habla por primera vez.

—Te seguimos contra el que no tiene nombre y te seguiremos ahora.

El príncipe se encoge de hombros, como si todo aquello no tuviera nada que ver con él, como si careciera de importancia.

Domingo abandona sus recuerdos con un rechinar de dientes. Todo eso ya no es relevante. Lo único que importa en estos momentos es la aniquilación de esas patéticas criaturas, de esos seres frágiles y miserables que son los responsables de todo. Y si el príncipe está allí, si está con ellos, mucho mejor. Lo destruirá también, y disfrutará de cada momento.

Dejé la Ciudad de Plata por ti, piensa. *Pude haberme quedado en ella y no lo hice. Por ti, sólo por ti dejé al que no tiene nombre. Y tú nos abandonaste. No te importábamos, ¿verdad?, para ti ni siquiera existíamos. Aún suspirabas por el perdón del que no tiene nombre, aún deseabas volver a habitar en la Ciudad de Plata. Y mira lo que has conseguido. Mira dónde has caído, mi príncipe.*

Pero todo eso pertenece al pasado, a un pasado que está muerto y no volverá. En realidad, el príncipe como tal ya no existe. Si está ahí fuera, en algún lugar, solo puede ser una pálida parodia. Y no podrá interponerse en su tarea. Domingo casi desea que lo intente.

Me dejé caer por ti, piensa una última vez, con amargura.

Mientras descansaba, echado sobre la cama, con la cicatriz en la mejilla latiéndole sordamente, Kal tuvo una visión: su padre, subiendo las escaleras de caracol que conducían a la atalaya. Aquello había sido... no lograba recordarlo, y sin embargo, no podía tratarse de uno de los recuerdos que le habían implantado. Él estaba allí, dos pasos por detrás de su padre, viendo cómo subía un peldaño tras otro con aquella parsimonia con la que lo hacía todo.

Al fin llegó a lo alto del mirador y se detuvo frente al grueso cristal blindado que los protegía de los rayos ultravioleta. Se acercó a la ventana y oteó por ella. Kal vio cómo sus hombros se hundían y, aturdido, caminó hasta llegar a su lado. No se atrevió a mirarlo y, en lugar de ello, desvió la vista hacia el panorama que se extendía bajo la torre: una tierra yerma, torturada, en la que no crecía nada vivo. Ése era el legado de sus antepasados: la completa destrucción de la capa de ozono, el efecto invernadero sobrepasando los límites de lo soportable, especies enteras muriendo de un día para otro, hasta que apenas lograron sobrevivir un puñado que habían conseguido adaptarse. Y a qué precio: algunas especies habían aprendido a vivir con los ultravioleta, mutando violentamente de una generación a la siguiente, con un código genético que era una locura indescifrable. Otras habían aprendido a escudar sus genes de la radiación, pero eso mismo las había paralizado para siempre, obligándolas a repetir en cada nuevo vástago el mismo instante de su desarrollo evolutivo. Y mientras tanto los hombres, los escasos privilegiados que habían logrado sobrevivir, se hacinaban bajo tierra y suspiraban por verdes colinas que ya no existían. Todo eso había ocurrido hacía setecientos veintisiete años y el mundo aún no se había recuperado.

—Y no lo hará en mucho tiempo, Kal —dijo su padre, como si le hubiera estado leyendo el pensamiento—. Pero estamos trabajando. Quizá sea demasiado tarde, tal vez este pobre planeta ha soportado más de lo que podía y estemos intentando reanimar un cadáver. Pero quizá no.

Kal asintió con la cabeza. Por algún motivo se sentía incapaz de hablar.

—Las cosas nunca son como queremos. Cuando el Tercer Mundo inició la Primera Guerra Bioquímica no esperaba arrasar la Tierra, sólo obligar a los Países Privilegiados a doblar las rodillas, a escucharles, a hacer lo correcto por una vez. Sus intenciones no podían ser mejores; y mira los resultados.

Sí, Kal lo recordaba. Era un viejo dicho que Shamael le había

hecho aprenderse de niño: *El camino al infierno está lleno de buenas intenciones*.

—Pero creo que estoy divagando. Y el espacio que tengo para la codificación es limitado. Los demás recuerdos que te han inyectado son auténticos, forman parte de mí, los viví: fueron mi realidad. Este es una impostura. Nunca hemos subido aquí juntos, ni hemos mantenido esta conversación que en realidad —la sonrisa en el rostro de su padre estaba llena de tristeza— es un monólogo. Hijo mío, Kal, eres tan tremendamente joven. Sé cómo eran antes las cosas: deberías estar correteando por ahí fuera, relacionándote con otros adolescentes, enamorándote y sufriendo algún desengaño. Y en lugar de eso te has convertido en la Cabeza de la Familia Argicida. El destino de una sexta parte del mundo pende de tus hombros. Si estás recordando esta conversación que jamás ha tenido lugar significa que he muerto, que mis intentos de negociar con los exteriores han fracasado. Escúchame atentamente, porque de lo que diga puede depender tu propia vida y la de las personas que están a tu cargo. Si Shamael está en lo cierto, y mi muerte demuestra que probablemente así es, el propósito de los exteriores no es usurpar nuestro lugar o nuestros privilegios. Sus deseos son mucho más simples. Planean la exterminación total de la raza humana. Quieren acabar con lo que nuestros antepasados iniciaron hace setecientos años. Y pueden conseguirlo. Dios mío, estoy aterrado. —El cuerpo esbelto de su padre se sacudió en un espasmo —. Tengo miedo, un miedo terrible. Pero lo que yo sienta no es importante. Solo tengo dos consejos que darte. Haz caso a Shamael. Sea lo que él sea, luchará por nosotros, si no por amor sí por la deuda que le ata a la familia. Y no olvides que tú no eres importante, que tu vida no cuenta, que eres el menor de los servidores de la Familia. Creo que eso es todo.

Su padre se volvió otra vez de espaldas y se sentó junto a la ventana. La imagen fluctuó y luego, lentamente, fue desvaneciéndose.

Kal parpadeó, confuso. Sentía un regusto amargo en la garganta. Mientras veía a su padre hablar había deseado intervenir, preguntar, hacerle saber que le quería, pero la imagen había sido moldeada demasiado férreamente, de acuerdo a unos patrones demasiado estrictos y no había podido modificarla lo más mínimo. Supo, sin embargo, que podría hacerlo algún día, cuando recordase aquel momento en que había recordado algo que jamás había sucedido.

Pero el consuelo que había en aquel pensamiento era escaso.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre?

Pero Shamael no respondió. Parecía mirar fascinado la enorme pantalla mural en la que solo la sección de Klahoma estaba encendida. El rostro orondo del propio Klahoma estaba vuelto hacia ella, desgranando nervioso las últimas noticias. No pareció reparar en la entrada del joven.

—...tir, pero no recibir. Coño de sirvientes, nunca están cuando los necesitas. —Pareció encontrar enormemente divertido aquel comentario y se rió con fuerza—. ¿Comprendéis la situación? Por lo que me indican mis monitores, todos los proyectos de mi zona están arruinados. No sobrevive una sola especie de los invernaderos y todos mis robots agrícolas han sido destruidos. La horda está a las puertas de mi castillo y no tardarán en entrar. La mayoría han huido despavoridos; no sé adónde, en realidad no importa, no sobrevivirán mucho tiempo en el exterior. No sé de dónde pueden venir esas criaturas, pero está claro que no son de este mundo, a menos que los ultravioleta hayan causado más mutaciones de las que creíamos. Entre ellos hay individuos que parecen humanos, pero otros... —Respiró hondo un par de segundos y volvió a mirar a la pantalla—. Espero que me estéis oyendo, no creo que tarden mucho en entrar. Nos cogieron completamente por sorpresa. No tuvimos la menor...

De pronto, se oyó un estampido y Klahoma volvió el rostro. Casi a la vez su cabeza estalló como un melón demasiado maduro y trozos sanguinolentos de lo que había sido masa cerebral salpicaron el objetivo de la cámara. El cuerpo inerte de Klahoma se desplomó, saliendo fuera de ángulo. Kal miró atónito a Shamael, quien seguía contemplando la escena impasible. Repentinamente, un rostro hirsuto y salvaje entró en campo. Aparentemente era humano, pero había algo en sus ojos carmesí que parecía desmentir aquella impresión. Su rostro, contraído en una mueca de desagrado, parecía poseer una cierta fluidez, como si los rasgos faciales vacilaran sobre la forma que debían adoptar. Apenas por un instante Kal creyó ver la cara de una mujer: luego, las facciones hirsutas y salvajes volvieron a llenar la pantalla.

—Mis saludos —siseó con una voz aguda e hiriente—. Espero que nos veamos pronto. Dadle al príncipe nuestros parabienes y preguntadle cómo fue su caída.

La pantalla se llenó de estática. La mano de Shamael avanzó hacia el interruptor y la desconectó.

—Así que son ellos —murmuró.

Kal notó algo extraño en el rostro del Regente. Tardaría varios días en darse cuenta de que la eterna media sonrisa había abandonado sus labios.

Sus clones atacaban con torpeza, casi con indiferencia. Dentro de Kal bullía el odio hacia aquellos rostros que parecían devolverle su propia estupefacción. Los despachó con saña, con furia. Luego, solo en mitad de la sala de entrenamiento, apenas pudo contener las lágrimas.

Las llamadas de las otras Cabezas no se habían hecho esperar. Kromsk hervía y proclamaba a gritos sus intenciones de enviar un ejército al territorio de Klahoma. Quito y Cabo parecían indecisos, como si aún no hubieran terminado de asimilar lo sucedido. Solo Kurdstan parecía capaz de mantener la calma. Al final, la entrevista había terminado sin que se hubiera llegado a ningún acuerdo.

Kal se sentó en el suelo, mirando con ojos vacíos los cadáveres de sus clones. Algo dentro de él protestaba por lo que estaba ocurriendo. Las cosas no debían ser así. No, algo estaba torcido, errado. Solo tenía dieciséis años. *No soy más que un crío, no debería estar cortándole el brazo a mi primo, luchando por mantener el poder. Debería estar*....Debería estar ¿qué? No lo sabía. Sólo había conocido aquella vida: el castillo, la yerma llanura, los invernaderos de cultivo, los robots terraformadores, el entrenamiento con sus clones y, a veces, una conversación con un hombre pausado de barba castaña que era su padre y que sólo había podido demostrarle su afecto a través de un falso recuerdo implantado con una inyección. Pero aquello no era correcto, no lo era.

Y luego Shamael anunciándole su decisión de dejarlo:

—Ya no me necesitas —había dicho—. No aquí, al menos. Estás preparado para asumir todas las funciones de la Cabeza. Mi puesto como Regente no tiene sentido.

Kal, aturdido todavía por la muerte de Klahoma y la frustrante entrevista con las otras Cabezas, no había sabido qué responder.

—Tengo que irme, muchacho.

Así de simple. Ni siquiera un *lo siento*, ni una sola explicación. Tenía que irse y se iba. En el suelo, encogido en una posición casi fetal, rememoró la reunión de la Familia durante la que Shamael había renunciado a la Regencia y le había entregado el poder para anunciar a continuación que se iba. Pese a sus esfuerzos por ocultarlo, la sorpresa en el rostro de su tío había sido evidente.

Dejó los recuerdos y empezó a llorar, poco a poco, mansamente, como si no hubiera otra cosa importante en el mundo, sólo él y sus lágrimas. Escuchó un gorgoteo cercano y al principio creyó que era él mismo quien lo causaba, que se trataba de su propio llanto. Luego, alzó la cabeza y vio que uno de sus clones aún no había muerto y agonizaba con parsimonia con la garganta abierta. Arrastrándose por el suelo, se acercó a él y lo miró a los ojos. Aquel rostro que era el suyo le devolvió una mirada vacía, en la que ni siquiera había espacio para el dolor. No era una criatura humana, sólo era una máquina de luchar con sus mismos genes, apenas un pedazo de carne que respiraba con dificultad.

Desenvainó el cuchillo y puso fin a la vida del clon. Luego, se incorporó y se secó las lágrimas. Silenciosamente, oprimió el botón que abría la puerta y permitiría entrar al equipo de limpieza. Vio sin asombro, apenas era capaz de sentir ninguna emoción en esos momentos, que el Censor venía con ellos.

—Las otras Cabezas solicitan tu presencia, mi Señor.

—Ahora voy —dijo.

6

Al amanecer, desde lo alto de la montaña, Legión contempla la desolada llanura en la que no crece nada vivo: sólo la tierra seca y polvorienta, la arena girando en un baile interminable. Pero eso no es suficiente. La desolación vacía de esa tierra no sirve para aplacar la nostalgia que llena su corazón. Recuerda el yermo territorio de pesadumbre que fue su hogar durante tanto tiempo. Recuerda cómo llegaron a él, separados, cada uno acuciado por un deseo que no podía comprender, pero que tiraba de ellos hacia aquella llanura llena de sufrimiento. Fueron días tan gloriosos. Algunos habían caído con el príncipe, otros llegaron de lejos, encontrando en el territorio sin fronteras que él gobernaba la oportunidad que habían esperado durante tanto tiempo. Y luego la fusión, sí, la fusión, su nacimiento.

Y su oscuridad era tan dulce, piensa, *¿lo recordáis? ¿lo recordáis áis áis?, decidme, su tierna oscuridad, sus sombras tan cálidas, tan fríamente cálidas, oh sí, tan dulce, era el príncipe y todos nos sentíamos seguros, qué importaba que nos hubieran expulsado, qué importaba que el que no tiene nombre se preocupase ahora de esas patéticas criaturas frágiles, qué importaba, teníamos al príncipe, ¿recordáis como era? ¿alguna vez habéis visto algo tan hermoso? y sí, su caída había sido dura, la más dura de todas, cayó más que ninguno porque ningún otro había estado tan alto en el aprecio del que no tiene nombre, fue el primero, ya basta, el primero, el más alto y el que más cayó pero no importaba, su oscuridad era nuestro consuelo, era el príncipe, ya basta, el príncipe y sin él ¿qué somos ahora? ¿qué hacemos en esta tierra patética de formas pálidas? ¿qué sentido tiene nuestra destrucción sin sentido? ¿de qué sirve saborear esas almas tan frágiles tiernas sabrosas, para qué?, ya basta, sin el príncipe no somos nada, ya basta, ya basta, el príncipe se fue, recuérdalo, nos dejó, no le importábamos, nunca le importamos, para él no éramos más que criados, pero nos confortaba de nuestra caída, sólo criados, nos dejó, ¿no lo recuerdas? pero sin él, nos dejó, no lo olvides nos dejó, se atrevió a irse, a dejarnos en mitad de aquel territorio de pesadumbre que sólo su presencia hacía soportable, ¿lo recuerdas ahora? ¿recuerdas lo que sentiste o tengo que abrir un surco en la carne con mis garras para que el recuerdo entre en tu alma torpe? pero sin él no somos nada, ¡ya basta!, nos dejó, para él*

sólo importaba el que no tiene nombre, no dejó de pensar en él ni un solo momento durante todo el tiempo que gobernó la tierra sin fronteras, la llanura del dolor, la planicie interminable en la que el sufrimiento era nuestro solaz, y qué pasó cuando se fue, dime, dinos, sí, cuéntanos, cuéntaselo a todos si tanto le echas de menos, vamos, sí, dinos qué paso, recuérdalo, recuerda bien, todo se desmoronó, sufrimos, por primera vez desde que el que no tiene nombre nos hizo caer sufrimos, las almas que torturábamos ya no nos servían, ya no, sin él no tenía sentido, pero ¿no lo veis? eso trato de decir, qué somos sin él, ¡¡ya basta!! él nos dejó, fue el causante de todo, suya es la culpa, y si realmente está aquí, si tras haber vuelto a caer está aquí ya no importa, nos abandonó, nada más, sólo eso tiene importancia, abriré un camino para mi pene a través de sus huesos, beberé sus ojos, fundiré su lengua con la más tierna de mis uñas, nos abandonó, pero tenía que hacerlo, tenía derecho, al fin y al cabo era el príncipe, nunca nos pidió nada, bajamos a él porque quisimos, no nos debía nada, pero nos dejó, solos, qué habríamos hecho de no haber sido por Domingo, dinos, qué, nos abandonó y si Domingo no nos hubiera traído a este mundo de formas desvaídas hoy no seríamos nada, nos abandonó y jamás lo perdonaré, lo perdonaremos, beberemos su alma, apagaremos su oscuridad, sí, sí, sí.

El amanecer finaliza. La bola llameante está alta en el cielo cuando Legión llega a una tregua en sus caóticos pensamientos y vuelve a entrar en el edificio. Intenta (cada una de las individualidades que lo componen lo intenta) no volver a pensar en el príncipe o, de hacerlo, que sea sólo con rencor, con rabia. Pero es un intento fallido y, a medida que pasa el tiempo, se va sintiendo más y más insatisfecho.

El informe estaba redactado en el mismo frío tono burocrático que usaba el Censor, que todos los Censores antes que él habían utilizado. Kal sonrió mientras seguía leyendo.

Aquello no tenía sentido. Cuando las familias supervivientes se habían repartido el mundo, una de las primeras cosas de las que se habían asegurado era de la ausencia de mutaciones peligrosas en el exterior. Habían sometido los territorios más problemáticos a una estrecha vigilancia a la vez que daban los primeros pasos en la tarea de reconstrucción: las escasas criaturas lo suficientemente extrañas y lo suficientemente prolíficas para poder convertirse en una amenaza habían sido exterminadas sin contemplaciones. Durante siglos la superficie de la Tierra había sido un lugar yermo,

inhóspito, pero sin amenazas. Luego, de repente, hacía algo más de ciento setenta años, los Exteriores habían comenzado a aparecer. Tímidos al principio, destruyendo un invernadero aquí, perforando una cúpula allá, obturando un embalse, quemando un bosque. En un primer momento parecía que los robots agrícolas serían suficientes para acabar con ellos. Habían permanecido inactivos durante largos períodos, pero al fin las Familias habían comprendido que cada ciclo de descanso sólo servía para que emprendieran nuevos ataques, cada vez más intensos, cada vez más difíciles de detener. Y ahora... Ahora Klahoma había caído y Kromsk convocaba a las Cabezas. ¿Para qué, de qué iba a servir? ¿Y por qué en el Castillo de Kurdstan y no en el suyo propio?

Kal intento ignorar los dedos ávidos de la desesperación mientras seguía leyendo el informe. Desde la tarde en que Shamael lo había confirmado en su puesto y se había marchado, nada parecía tener sentido. Y lo que menos sentido tenía de todo eran los Exteriores. No podían haber salido de ninguna parte. Los informes anuales no hablaban de ninguna mutación virulenta en su territorio y los resúmenes que las otras Cabezas le hacían llegar decían lo mismo. Aparentemente, habían salido de ningún lugar, se habían generado de pronto con el único propósito de destruir, arrasar, matar.

Se frotó los ojos, cansado. Aquello no serviría de nada, al igual que aquella estúpida reunión en el Castillo de Kurdstan. Desplegó un mapamundi en el monitor mural y fue integrando los datos del control de mutaciones en las diversas zonas, año por año, desde hacía tres siglos. La luz se hizo entonces en su cerebro. Lo fue viendo lentamente.

—Australia —susurró.

Australia. Teóricamente bajo el control de Kurdstan, pero en realidad un territorio de nadie. Así lo habían decidido tácitamente las Cabezas cuando vieron que no había el menor rastro de supervivientes humanos (y apenas algún raquítico vegetal que se agarraba a la vida con una tenacidad digna de mejor causa) en el antiguo continente. Australia había permanecido ignorada durante todos aquellos años, sin el menor control sobre ella. ¡Claro que los informes de las Cabezas de cada Familia no mostraban nada anómalo en sus territorios! Ni siquiera se molestaban en explicar que había una zona que no estaba sometida a los controles. Australia. Cómo no. Allí habían surgido los exteriores.

Ojalá estuviera aquí Shamael, pensó. Deseaba hablar con el Regente, comunicarle su descubrimiento, recibir su fría aprobación.

Luego se dijo que quizá Shamael ya sabía eso o, al menos, lo había sospechado. *¿Es allí donde estás? ¿En Australia?*

Ni un solo vuelo de reconocimiento, ni un desembarco. Claro. El informe original tenía que ser falso. De alguna forma se habían equivocado y habían quedado supervivientes humanos en Australia: indefensos, viviendo en el exterior, con las células alborotadas por las patas infinitas del cáncer, la sangre palideciendo de leucemia, la piel reventando en pústulas bajo los rayos de aquel sol inmisericorde, respirando el aire sin apenas oxígeno libre. ¿Cómo habían podido sobrevivir? Recordó una antigua frase de su padre: *Si miras al abismo, el abismo te devuelve la mirada. Si luchas con monstruos, te conviertes en un monstruo*. Pertenecía a algún escritor anterior al desastre, pero eso no importaba. Era cierta. Para sobrevivir en medio de la monstruosidad en que los hombres habían convertido el planeta, los mismos hombres se habían tenido que convertir en monstruos.

Desconectó el ordenador y pensó de nuevo en la próxima reunión. Quizá no sirviera de nada. O quizá sí. Al menos ya sabía de dónde surgía el enemigo, y eso ya era algo.

Ojalá Shamael estuviera aquí, pensó de nuevo.

Los médicos de la Familia ya habían clonado e injertado un nuevo brazo en el muñón de su primo. Se lo veía inerme, con su enorme y peludo brazo izquierdo y aquella cosita pálida y delgada de ademanes indecisos como brazo derecho. Aún pasarían un par de semanas antes de que el nuevo miembro alcanzase su desarrollo completo y dejara de parecer una parodia.

Aquella tarde, Kal vio algo nuevo en el rostro de su tío. Tras la astucia y la ambición había algo que no había estado allí antes. Respeto por su sobrino, tal vez. Pero Kal sabía bien que eso no le impediría seguir intrigando en busca del poder. No importaba. Se iba a llevar una buena sorpresa.

—Como sabéis —dijo—, Kromsk ha convocado una reunión de todas las Cabezas en el Castillo de Kurdstan. La situación es difícil y no puedo negarme a ir. Partiré hoy mismo en un turbojet. Entretanto he convocado este consejo para decidir quién será la Cabeza *in absentia* hasta que yo vuelva. ¿Alguna sugerencia?

No las hubo, y tampoco las había esperado. Los planes de su tío eran lentos en su maduración y aún no había sustituido el último que había fallado. No se atrevería a dar un paso en falso antes de tiempo, y proponer un sustituto podía serlo. Desde luego, el Censor

no diría nada. Desde la tarde del duelo con Zed su posición resultaba más que precaria. Si no era ningún estúpido supondría que Kal, como mínimo, sospechaba de su intervención en aquel asunto. Los demás miembros del Consejo no contaban: obedecerían a la Cabeza, pero jamás sugerirían la menor cosa. Salvo su prima, por supuesto. Kal contempló a Kara largo rato, aguardando. Se la notaba incómoda y lanzaba miradas de reojo a su padre, mordiéndose los labios. A su lado, su hermano aún no parecía haberse recuperado de lo ocurrido.

—Bien —dijo, terminando de recorrer a todos los presentes con la mirada—. Puesto que no hay sugerencias, tomaré la decisión sin vuestra ayuda. Designo a mi prima Kara como Regente y Cabeza provisional durante mi ausencia. Eso es todo.

La declaración era tan sorprendente que al principio nadie reaccionó. Al fin, el delegado de genética alzó la vista y dijo tímidamente:

—Pero, mi Señor, una mujer no puede...

—No he designado a mi prima como mi sucesora. Sólo como mi sustituta. Y no hay nada en la ley de la familia que impida eso. En cuanto a la ley de sucesión y el derecho exclusivo de la línea masculina a la Cabeza... bien, eso es algo que será revisado a fondo. A mi vuelta. ¿Alguna pregunta?

No las había. Kal dio por terminada la reunión. En la puerta, su tío se detuvo apenas lo suficiente como para decirle:

—Muy astuto, mi Señor.

A veces Domingo se pregunta qué puede estar haciendo ahora el que no tiene nombre, cuáles son sus planes.

A veces se pregunta qué habría pasado de no haber existido motivos para una rebelión, qué ocurriría ahora si él siguiera todavía en la Ciudad de Plata, llenando hasta el último poro de su alma con la luz del rostro del que no tiene nombre; qué estaría haciendo en esos momentos, sumido quizá todavía en el silencio eterno que había elegido como símbolo de su adoración sin límites y que sólo rompió cuando siguió al príncipe en su caída.

A veces se pregunta por el príncipe; se pregunta por sus motivos, él, el favorito entre todos, el primero, el más amado del que no tiene nombre. Qué motivos puede tener alguien así para arrojarlo todo por la borda, consciente de que nunca lo volverá a recuperar. Qué pensamientos cruzaron por su mente en el momento en que se alzó en la más alta de las torres de la Ciudad de Plata y

gritó *¡Basta! Esto no está bien, no aceptaremos que nos suplantes*.

A veces se limita a recordar el estrépito sin final que respondió a esas palabras. Qué rápido se separaron en dos bandos. Qué velozmente seres que habían sido amigos desde su creación se alinearon uno frente al otro y se miraron con odio. Sí, y las frías espadas en alto. Una lucha como jamás vio otra el universo. Ah, sólo por eso merecía la pena la rebelión, sólo por oír ese insoportable estrépito de alas, por contemplar la furia fría y ciega que llenó el cosmos.

Y a veces recuerda a esas criaturas patéticas que los suplantaron en el corazón del que no tiene nombre, esos frágiles cuerpos humanos que se convirtieron en sus favoritos, esas almas miserables que él atormentó durante tanto tiempo cuando servía al príncipe.

Por supuesto, otras veces no recuerda nada de eso. No, la mayor parte del tiempo está demasiado ocupado modificando el pasado en sus recuerdos. El príncipe no fue más que un títere estúpido: su gesto de rebelión un acto fútil que Domingo aprovechó para sus propios propósitos. Los años incontables en el vasto territorio del dolor sin fronteras fingiendo que lo servía no son ahora más que un nuevo eslabón en su plan. Primero la aniquilación total y absoluta de la raza humana, de la especie que se atrevió a robarles el amor del que no tiene nombre. Y luego...

En ese momento se detiene. No se atreve a pensarlo, aunque sigue ahí, agazapado en su mente, en el más oscuro de los rincones de su pensamiento. Pero no se atreve a exponerlo de forma consciente, temeroso de la omnisciencia del que no tiene nombre.

Y entonces, en esos momentos, es cuando se pregunta si todos sus actos no serán en el fondo tan carentes de sentido como los del príncipe, si en realidad no estará limitándose a cumplir con los designios ignorados que el que no tiene nombre trazó mucho antes de su nacimiento. Pero la pregunta es demasiado incómoda para permitirse pensar demasiado en ella.

Así que la mayor parte del tiempo Domingo se limita a recordar, falsear y planear. En general se siente satisfecho con eso. Casi.

Esperó a que los robots terminarán de poner a punto el turbojet y despejaran el hangar, antes de subir a bordo e introducir el disco de chequeo en la unidad de lectura. La sombra de una sospecha aleteaba en su semblante mientras tecleaba la clave de acceso. No

se equivocaba.

¿De verdad lo creían tan estúpido? El disco de chequeo que estaba utilizando no era más que una burda copia del auténtico. No, no tan burda, decidió. No hacía absolutamente nada, pero simulaba realizar todas las funciones del original con verdadero virtuosismo. Por supuesto, los que habían hecho la copia ignoraban cuál podía ser la clave de acceso de Kal, así que habían tenido que construir el programa para que aceptase cualquier cadena de caracteres como válida. Kal sólo había tenido que teclear deliberadamente una clave errónea para descubrir el fraude.

Pero quizá no son tan estúpidos, después de todo. Le habían dado el cambiazo al disco de chequeo y él había descubierto la superchería, pero seguía estando indefenso mientras no recobrase el disco original. O eso, o destripar los circuitos del jet y comprobar sus programas de vuelo personalmente en busca de algo roto o deformado. Y no tenía ni el tiempo ni los conocimientos necesarios para ello. Tenía que arreglárselas para conseguir el disco original. *Aunque no sé cómo*. Desde luego, salir en el jet sin haberlo chequeado estaba fuera de discusión: si le habían dado el cambiazo era porque habían saboteado el vehículo de alguna manera. Y llegar hasta el Himalaya a pie o en un vehículo terrestre no era una opción a considerar.

Tan enfrascado estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de que había alguien junto al jet, hasta que oyó el leve carraspeo. Se volvió. Bajo él, junto a la escalera de acceso al vehículo, su prima agitaba en la mano una delgada oblea de plástico negro.

—Traigo tu disco de chequeo, mi Señor —dijo.

Kal la miró desconfiado, pero le hizo una seña de que subiera al vehículo. Ella se encaramó con agilidad y luego entró en la minúscula cabina. El joven intentó permanecer impasible ante aquel olor intenso que lo volvía loco desde que podía recordar. Tuvo éxito a medias. Apretada junto a él en la estrecha carlinga, Kara le tendió el disco.

Kal lo introdujo en la lectora y lo comprobó tecleando una clave falsa. El sistema le denegó el acceso. Tecleó su clave personal sin importarle que su prima la viera y el disco comenzó a chequear la circuitería y los programas de vuelo del vehículo. No tardó en dar con el sabotaje: un temporizador de retardo insertado en el algoritmo de control de altitud, dispuesto para que cuando la cuenta llegase a cien, el jet soltase todo el combustible y plegara sus alas. El resultado sería una colisión de la que nada podría salvarle. Los saboteadores habían tenido en cuenta todos los

detalles; si intentaba pulsar el botón de eyección el resultado sería nulo: la cabina no se abriría y su asiento no saltaría.

—Juzgué mal a mi tío —murmuró Kal—. Creí que no planearía nada en tan poco tiempo.

Kara no respondió. Kal entró en el editor de programas y modificó el código fuente del algoritmo de control de altitud. No se atrevía a suprimir las modificaciones que su tío había introducido en él: podía borrar una parte importante del programa sin quererlo. En lugar de eso se limitó a alterar la definición de la variable que controlaba la cuenta del temporizador. Hizo que solo pudiera almacenar dos dígitos, de forma que cuando llegara a noventa y nueve pasara al cero en lugar de alcanzar cien. De esta forma el bucle estaría ejecutándose sin parar y la orden para soltar el combustible y plegar las alas nunca se ejecutaría. Era lo mejor que podía hacer en el escaso tiempo de que disponía.

Cuando hubo terminado se volvió a su prima.

—Gracias.

Ella pareció incómoda.

—Era lo menos que podía hacer, primo, después de tu sorprendente declaración de esta tarde.

Kal sonrió.

—Ya lo imagino. Tal y como está ahora la ley de la Familia, si yo muriera en mi viaje tú serías apartada inmediatamente del poder.

—¿Y si no mueres?

—¿Quieres una promesa? ¿Que te diga que modificaré las leyes para que una mujer pueda convertirse en Cabeza de forma permanente? ¿Me crees lo bastante tonto para firmar mi propia sentencia de muerte?

—¿Piensas que yo te...? Claro que lo piensas. Entonces, ¿por qué me has nombrado Cabeza *in absentia*?

—Eres cruel. Y ambiciosa. Pero eres inteligente, que es más de lo que se puede decir de tu hermano. En cuanto a mi tío, está demasiado roído por el rencor para ser un buen gobernante.

—¿Entonces...?

—Considera esto como una prueba, si quieres. Aunque yo prefiero verlo como una oportunidad. No sé cuánto estaré fuera. Ni siquiera sé si volveré. Pero en mi ausencia tú serás la Cabeza y tendrás la responsabilidad del poder sobre tus hombros. ¿Podrás soportarla? Eso es algo que tenemos que discutir a mi regreso.

—¿Y si no regresas?

Kal sonrió de nuevo.

—Bueno, no se puede prever todo. Es algo que Shamael me enseñó. Considéralo como mi primera lección de gobierno. Tengo que irme, prima.

Ella se incorporó y empezó a descender por la escalerilla. De pronto se detuvo y se volvió a Kal.

—Primo.

—¿Sí?

—Siempre te he tenido por un individuo blando y poco... bueno, no importa. Creo que estaba equivocada.

—Quizá. Y quizá tú no seas la harpía sin corazón y deliciosamente voluptuosa que yo siempre he pensado que eras.

Ahora fue el turno de Kara de sonreír.

—¿Corazón? Quizá lo tenga o quizá no. Pero, sí, definitivamente espero ser «deliciosamente voluptuosa». —Cogió a Kal por el mentón y le dio un largo beso—. Hasta pronto, primo.

Kal no respondió.

Se sentía inquieto a bordo del jet. Era la única forma de viajar hasta el Castillo de Kurdstan en el Himalaya en un tiempo mínimamente razonable, así que su uso estaba más que justificado, pero eso no impedía que se sintiera como a bordo de una abominación volante. El vehículo se movía por combustión de hidrocarburos, y el CO_2 era uno de los muchos productos de desecho que enviaba a una atmósfera ya demasiado sobrecargada.

Pero no hay otra forma de llegar. El pensamiento no le resultó demasiado consolador. Aquel vehículo representaba todo aquello contra lo que las Familias estaban luchando desde hacía siglos. *Si al menos pudiéramos investigar, buscar nuevas tecnologías*. Pero sabía que aquello era un absurdo. Mientras la superficie del planeta fuera un yermo casi incapaz de albergar vida, la prioridad estaba en su recuperación. Ninguna otra consideración era importante a su lado. Quizá dentro de algunos siglos, cuando la biosfera hubiera sido parcialmente restaurada, los hombres podrían volver a investigar, a desarrollar nuevas técnicas. Aunque, pensó con un humor sombrío, quizá fuera mejor que no lo hicieran. A lo largo de toda su historia el hombre había demostrado una incapacidad aterradora para aprender de sus propios errores. Sí, sin duda al principio las investigaciones se desarrollarían con cuidado, con respeto para el maltrecho planeta que las cobijaba. Pero luego... ¿Para eso estaban luchando, para poner en pie la Tierra de nuevo sólo para que sus descendientes en la vigésima generación volvieran a destrozarla?

Quizá sí.

Lentamente, arrullado por los motores a sus espaldas, se fue quedando dormido. Tuvo un último pensamiento consciente dedicado a Shamael, el único amigo que había conocido durante sus escasos dieciséis años de vida. Un amigo curioso, sin duda, un individuo que había proclamado, en su primer encuentro (*no, en el primer encuentro con mi padre*, pero el pensamiento sonaba débil y sin apenas convicción) que era nada menos que el Diablo.

Aquello lo sacó de la modorra. Recordó la conversación que él y Shamael habían tenido en aquella celda inhóspita.

—Soy el Diablo. —Habían sido sus primeras palabras. Y durante un largo rato ninguno de los dos dijo nada.

Al fin, él (*mi padre*, pensó una última vez, casi sin fuerza) había comentado jocosamente:

—Veo que te han cortado las alas.

El desconocido no respondió inmediatamente. Se incorporó del todo en el camastro y miró a su interlocutor.

—En realidad no me las cortaron, aunque sí las he perdido.

—Bien. Cuéntame tu historia, entonces —dijo, encogiéndose de hombros. Desde luego, aquel individuo estaba chiflado y quizá hasta pudiera resultar divertido. Pero el recuerdo de cómo lo habían encontrado, en el mortal exterior, desnudo en mitad de un cráter humeante y sin apenas heridas, hizo que se sintiera incómodo—. No tenemos nada mejor que hacer.

—Puedes llamarme Shamael, si quieres. —La voz del desconocido era suave, pausada, como si no hubiera nada en aquel mundo que fuera capaz de hacer que se apresurara—. Se me ha conocido por ese nombre. También se me ha llamado Luzbel, Belial, Ángel de la Luz... y otros no tan considerados. Sin embargo, siento cierta predilección por Shamael.

—De acuerdo, Shamael entonces. Como gustes. ¿Tu historia?

—Ah, mi historia. —Se levantó y echó a andar por la minúscula habitación. Su rostro, medio envuelto en la penumbra, parecía tallado en piedra: todo ángulos y líneas rectas. Un rictus medio sardónico asomaba a su boca—. Yo vi la Ciudad de Plata, de hecho ayudé a construirla con estas manos. —Se miró las palmas abiertas —. Aunque no exactamente con estas manos. Era el favorito del que no tiene nombre y me solazaba con su luz. ¿Puedes entender eso? —No esperó respuesta—. Claro que no puedes, patética criatura. Y sin embargo, tú y los tuyos sois responsables de mi Caída. Oh, caí tanto, durante tanto tiempo. Otros me siguieron. No es de extrañar. El que no tiene nombre pretendía suplantarnos con

unas criaturas frágiles, débiles, mortales. ¿Cómo no rebelarnos contra eso? ¿Cómo no luchar? Algunos fueron destruidos, en ambos bandos. El estruendo fue tan insoportable, las frías espadas, el rechinar de dientes, aquel fuego tan irresistiblemente helado. —Sonrió de repente—. Qué pobre es vuestro lenguaje para describir una batalla tal. Baste decir que al final fuimos derrotados y yo, como cabecilla de la rebelión, fui expulsado de la Ciudad de Plata. Se me condenó a no volver a ver jamás el rostro del que no tiene nombre. ¿Puedes comprender lo cruel que es un castigo así? ¿Lo desmesurado que resultó contra nuestra falta? Habíamos pecado, sin duda, pero por exceso de amor. Eso no le importaba al que no tiene nombre: fui expulsado y caí, caí durante tanto tiempo que mi mente aún se estremece al recordar los abismos sin fondo que recorrí. Y al final llegué a un paraje de desolación, a un territorio de pesadumbre que parecía la antítesis misma de la Ciudad de Plata. Muy bien, pensé. Si nunca más puedo contemplar la luz de tu rostro, entonces la oscuridad será mi morada y el dolor, mi solaz. Pronto vi que no estaba solo. Porque algunos de los míos no aceptaron el perdón del que no tiene nombre (¿no ves su crueldad? les ofreció el perdón a todos menos a mí) y me siguieron en mi caída. Y mi reino pronto estuvo lleno a rebosar. Criaturas de las que nunca había oído hablar vinieron hasta mí y me rindieron homenaje. Eso me complació, no voy a negarlo; aunque nunca quise el poder, al menos era un sustituto para la luz de su rostro. Un sustituto miserable, vacío, pero ¿podía aspirar a algo mejor? Así que mi reino de dolor se fue poblando. Y un día, ah, un día, ¿te lo puedes creer? una de aquellas patéticas criaturas que nos habían suplantado como favoritos del que no tiene nombre cruzó las fronteras de mi territorio y llegó hasta mí exigiendo (fíjate bien, exigiendo) que le causara dolor. Cuando me negué pareció volverse loco. Necesitaba el sufrimiento tanto como yo seguía necesitando la luz que no volvería a ver jamás. Bien, por qué no. Si quería dolor le daríamos dolor. Sé que muchos de mis súbditos disfrutaban con esa tarea. Al fin y al cabo os odiaban y parecía que el que no tiene nombre les estaba dando una oportunidad contra vosotros. Era inevitable que la aprovecharan. Pobres ilusos; pero al menos conseguían un facsímil razonable de la felicidad. Así que mi reino fue ensanchando sus fronteras y cada vez llegabais más de vosotros exigiendo que colmásemos vuestra necesidad de sufrimiento. Creían ser castigados, qué ironía, solo recibían exactamente aquello que deseaban. No importa. Al principio disfruté de mi posición: el poder, aunque fuera un sustituto tan pobre, resultaba lo

embriagador para que apenas notase la ausencia de la luz. Apenas. Pero ¿durante cuánto tiempo puedes encontrar consuelo en una parodia, en un pastiche? Un día, me harté. Me cansé. Tanto tiempo solo, sin la menor huella de la luz de su rostro, gobernando a criaturas que se conformaban con el miserable dolor de los humanos como sustituto de lo que debía haber sido suyo por derecho. Cogí las llaves de mi reino, las lancé en mitad de la más desolada de mis llanuras. *¡Ahí están!*, grité. *¡Cogedlas si las queréis !*y por última vez remonté el vuelo. Volví a cruzar los abismos interminables por los que había caído. Subí, subí tan alto como había bajado y el viaje resultó tan interminable como la primera vez. Pero al fin la vi, a lo lejos, reluciendo insoportable: la Ciudad de Plata. Allí era adónde pertenecía, ningún otro lugar podía colmar mis ansias. Plegué mis alas y me lancé sobre ella. —La sonrisa se convirtió en una mueca de dolor—. Qué iluso, qué estúpido fui al pensar que podría ser perdonado. Ni siquiera se me dio la oportunidad de acercarme más, de postrarme ante el que no tiene nombre e implorar su perdón. Una hueste de ángeles cayó sobre mí, y sus ojos eran fríos y no había compasión en sus rostros. Mis alas fueron arrancadas y si crees que alguna vez has sentido dolor, te aseguro que nada puede ser comparable a eso. Vi como la Ciudad de Plata se alejaba de mí para siempre, la vi una última vez antes de volver a caer. Apenas guardo algún recuerdo de este viaje. Ni siquiera sabía dónde había caído hasta que os vi esta tarde, recogiéndome y depositando mi cuerpo maltrecho en este camastro. Qué ironía, caído una segunda vez y entre las mismas criaturas que fueron las causantes de mi primera caída. Esa es mi historia. ¿Te ha parecido divertida?

No, en realidad no se lo había parecido. Y lo peor de todo era que pese a lo absurda, irreal, imposible que sonaba, la había creído.

—¿Cuáles son tus planes ahora? —preguntó con un hilo de voz.

—Lo ignoro. No sé si puedo volver a mi antiguo reino, y en realidad no lo deseo. El poder ya no me atrae como antes, ahora que sé la burla cruel que es. Que mis antiguos súbditos se queden con él, que sigan colmando los deseos de dolor de los hombres, si eso les satisface. Yo no volveré. Supongo que permaneceré aquí, entre vosotros, y quizá con el tiempo llegue a descubrir por qué el que no tiene nombre os prefirió antes que a nosotros. En realidad, no tengo nada mejor que hacer.

Volvió a sentarse en el camastro y miró a su interlocutor largo rato, sin decir nada.

—Caído entre los hombres —murmuró al fin—. Tiene gracia.

Quizá la tuviera, pero su padre no se rió y él, al recordarlo ahora, tampoco. Qué historia tan absurda, pensó. Cómo podía haberla creído su padre. Y sin embargo, al recordarla, él mismo había sentido que la creía. Ridículo. Y tenía cosas más importantes en qué pensar.

Comprobó el ordenador de vuelo y vio que estaba casi a mitad de camino. Se arrellanó en el asiento, buscando una posición más cómoda y, poco a poco, el sueño fue ganándolo otra vez.

En al hangar de Kurdstan, Kal entregó el jet a los robots de mantenimiento y se dejó llevar por el ascensor al interior de la montaña. No había visto técnicos humanos, pero eso era algo que ya esperaba. Kurdstan sentía cierta predilección por los sirvientes mecánicos y apenas tenía humanos en su castillo.

Cuando el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas, se enfrentó con una especie de monitor sobre ruedas desde el que una cara simulada electrónicamente le dio la bienvenida al Castillo de Kurdstan. Tras informarle de cuál era su alojamiento (no muy lejos de las puertas del ascensor, un par de pasillos más allá), le dijo que las otras Cabezas lo esperaban en la sala de reuniones. Kal le pidió al robot que le llevase a allí.

Ya había visto holos de la enorme sala de reuniones de Kurdstan, pero la realidad era mucho más impresionante. El techo se elevaba tan alto que uno apenas era capaz de distinguirlo; un ejército habría pasado desapercibido en mitad de aquel lugar inmenso. La desnudez de las paredes, la iluminación, todo se conjugaba para hacerlo parecer aún mayor de lo que era. Kal apenas pudo creer que estaba a un par de cientos de metros en el interior de una montaña. En los viejos días sabían construir las cosas.

Por suerte, el robot no le hizo entrar por el otro extremo de la sala. Solo tuvo que recorrer veinte pasos para llegar a donde lo esperaban las otras cuatro Cabezas, sentados alrededor de una amplia mesa y charlando animadamente mientras comían.

—Mis saludos, Argicida —dijo Kurdstan, levantándose como buen anfitrión y señalándole su lugar en la mesa—. ¿Un buen vuelo?

Kal se encogió de hombros.

—Soportable. Mis saludos a todos, pares.

Los demás murmuraron algo sin dejar de comer mientras Kal se

sentaba. Sobre la mesa había algo que le llamó la atención. Ya había reparado en ello al entrar en la sala, pero ahora, más cerca, pudo contemplarlo a fondo mientras Kurdstan lo miraba con una sonrisa divertida en el rostro. Kal lo ignoró: el objeto, tapado por un enorme lienzo gris, era indudablemente cúbico, tal vez una jaula o una cesta, y colgaba del lejano techo por una cadena de gruesos eslabones que, después de pasar por una argolla sujeta al cielorraso, descendía hasta ir a morir en un anclaje en la pared. No parecía que hubiera nada dentro de la jaula, al menos nada vivo: ni el menor movimiento o ruido salían de allí.

Quito interrumpió su examen:

—¿Examinando la sorpresa de nuestro anfitrión, Argicida?

—¿Sorpresa? —preguntó Kal, mirando hacia Kurdstan.

—Aún no, aún no. El viaje tiene que haber sido pesado. Comamos y bebamos. Tras la cena se discutirá lo que haya que discutir.

Kal asintió, centrando por primera vez su atención en la comida. La mesa había sido excelentemente dispuesta por los criados robóticos de Kurdstan: adecuadamente ornamental, pero sin excesos. La harina básica estaba bien tratada, e incluso contaban con algún delicado bocado de los invernaderos. Eso estaba, en teoría, en contra de la ley: la prioridad máxima era la reforestación y la alimentación básica; utilizar suelo de cultivo en refinamientos culinarios era un derroche que no debía permitirse. Pese a ello, todas las familias lo hacían. El espacio dedicado a eso apenas llegaba a unas pocas hectáreas, y los productos cultivados allí solo se consumían en ocasiones muy concretas y marcadas. Kal no ignoraba que existía un cierto mercado negro con aquellos productos. Recordaba cómo, unos años atrás, su padre había ejecutado al administrador de uno de los invernaderos por sustraer cierta hortaliza (¿espárragos, quizá?) y venderla subrepticiamente. Su padre había dictado la sentencia y había contemplado la ejecución con ojos fríos. Luego, a solas, le había dicho a Kal: *Es difícil encontrar la autoridad moral para condenar a un hombre por querer beneficiarse de algo que es uno de tus privilegios*. Kal comprendió aquella tarde por qué su padre nunca probaba aquellos exquisitos bocados en la mesa o por qué lo miraba (sin decir jamás una sola palabra) cuando él sí lo hacía. Eso, sin embargo, no le había impedido dictar la sentencia y asistir a la ejecución.

Cogió algunas viandas y las mordisqueó con desgana, asistiendo poco interesado a la conversación entre las otras cabezas. Hablaban de los progresos en sus respectivas áreas, alardeando de sus

triunfos e intentando ocultar sus fracasos. La sombra de los Exteriores era como una bestia agazapada a las puertas mismas de la conversación. Nadie los mencionaba. Vio que Kurdstan, al igual que él mismo, no intervenía. Se preguntó de nuevo por qué Kromsk los había convocado allí, en lugar de hacerlo en su propio castillo. Aunque sin duda, el de Kurdstan era el más impresionante de todos, excavado en el mismo interior del Himalaya y, posiblemente, el más seguro.

Poco a poco, la conversación fue languideciendo. Las trivialidades se agotaron y el tema que nadie se atrevía a tratar quedó allí, en mitad del silencio. Kal miró a los lados, incómodo. No quería ser el primero en hablar, pero parecía que nadie más se decidía a romper el hechizo. Kurdstan lo miraba, casi sonriendo, como si supiera qué pensamientos pasaban por su cabeza. Lanzó una última mirada al objeto cubierto con un lienzo y dijo:

—Creo haber averiguado de dónde vienen los Exteriores.

Kurdstan asintió, como si aquello fuera precisamente lo que esperaba. Los demás lo miraron en silencio.

—Australia —dijo al fin.

—¿Qué es eso? —preguntó Kromsk.

—¿Puedo acceder a tu mapamundi, Kurdstan? —dijo Kal, ignorando la pregunta.

—Por supuesto.

Kurdstan murmuró algunas palabras y el monitor mural de la pared más cercana se iluminó con una proyección del globo terráqueo. Poco a poco, Kal fue ejecutando las mismas órdenes que en su territorio, mostrándoles a los demás cómo Australia había permanecido sin inspecciones durante todo aquel tiempo.

—La conclusión es lógica. Es el único lugar sin control. Por tanto, el único del que pueden venir.

Kromsk dejó escapar un gruñido. Cabo y Quito asintieron, en señal de reconocimiento. Kurdstan dijo:

—Creo que nuestra Cabeza más joven ha dado muestras de una gran penetración. Sus datos resistirían cualquier examen. Con eso y… —vaciló unos instantes—… una pequeña ayuda por mi parte, creo que tenemos a los Exteriores donde queríamos.

Cabo asintió con la cabeza.

—Es cierto, Kurdstan. Antes de que llegara Argicida, has dicho que Kromsk convocó esta reunión a petición tuya. Espero que tendrás algo importante que decirnos.

Así que es eso, pensó Kal. *Pero ¿por qué? ¿Por qué no convocar él mismo la reunión? No tiene sentido.*

—Yo también lo espero, Cabo —dijo Kurdstan, sin el menor asomo de humor en la voz—. La Cabeza Argicida nos ha revelado el origen de los Exteriores. Un punto importante, sin la menor duda. Ahora yo estoy en condiciones de mostraros a su líder.

Echó a andar hacia la pared de la sala en la que estaba anclada la enorme cadena. Pulsó un botón y la jaula cubierta por el lienzo empezó a descender.

—¿Nunca os habéis preguntado por la facilidad que tenían los Exteriores para conocer qué proyectos eran más importantes? ¿Cómo pudieron sortear las medidas de seguridad y penetrar impunemente en el Castillo de Klahoma?

—¿Un traidor? —preguntó Quito.

Kurdstan asintió, mientras la jaula se detenía casi a la altura de su cabeza. Se dirigió hacia ella y sujetó un extremo del lienzo que la cubría con la mano.

—Alguien con acceso a todos nuestros informes. Alguien que desde un puesto privilegiado pudo fraguar nuestra ruina, nuestra destrucción. Y también la de su legítimo señor. Pares míos, os presento a Domingo, líder de los Exteriores.

Con un gesto dramático, Kurdstan tiró de la tela y lo que contenía la jaula quedó al descubierto. En su interior, acuclillado, completamente desnudo, mirándolos en silencio sin perder un solo segundo su media sonrisa irónica, estaba Shamael.

7

Algo raro pasaba, eso seguro. Desde el monitor el rostro de Kal parecía perfectamente normal, y su tono de voz no pasaba del de un informe rutinario, pero Kara no podía evitar el pensamiento de que las cosas no eran lo que parecían. *Apenas llevo un día como Cabeza y ya empiezo a ver fantasmas por todas partes*, pensó, pero eso no hizo que la sensación se desvaneciera.

—Así que todo está bien, entonces —dijo, de todas formas.

—Eso es. Ahora sabemos de dónde vienen los Exteriores y tenemos a su jefe. Es cuestión de tiempo que acabemos con ellos.

La voz de Kal era tranquila, pausada, pero un hilillo tembloroso se agazapaba tras ella. Parecía como si estuviera a punto de echarse a llorar. *Ridículo*, pensó Kara de nuevo. *Son imaginaciones mías.*

—¿Y cómo pudo Kurdstan dar con el tal Domingo?

Kal alzó su hombro derecho, incómodo.

—Parece ser que vino a verle, con la idea de proponer un pacto. —Se quedó callado de repente, como si algo le hubiera golpeado—. Kara, eres la Cabeza *in absentia* y debes saberlo. El hombre al que Kurdstan ha capturado y del que afirma que es Domingo no es otro que Shamael.

Así que es eso, pensó frenética. Pero su rostro no dejó traslucir la menor emoción.

—Comprenderás que para mí es un duro golpe. Shamael sirvió a mi padre desde que yo recuerdo. Prácticamente me educó él. Hablar de todo esto no me resulta demasiado cómodo, como puedes suponer. Creo que será mejor que lo dejemos hasta mi vuelta.

Kara asintió. *Dios, esto es una bomba. Espera que se lo cuente a padre. Kal no durará como Cabeza ni dos minutos cuando vuelva.*

El rostro de Kal en la pantalla pareció animarse repentinamente.

—Como Cabeza *in absentia* tienes derecho al código Mirmidón, aunque supongo que nunca lo has usado. —¿De qué hablaba su primo ahora?—. Lavin te informará del procedimiento. Corto.

La imagen de Kal se desvaneció en el monitor. Kara se incorporó en su silla y casi echó a correr hacia la puerta. *Padre tiene que saber esto.* De pronto se detuvo. ¿Le serviría de algo a ella que Zor lo supiera? ¿Iba a mejorar su posición?*¿Qué estás pensando? Es*

la única forma. Zed será la cabeza y yo gobernaré a través de él .Siguió caminando, pero volvió a detenerse. Recordó las últimas palabras de su primo, sin relación alguna con lo que había estado diciendo hasta aquel momento. *¿Qué importancia puede tener eso? Padre tiene que saberlo, es nuestra oportunidad*. Pero había muy poca convicción en aquel pensamiento. No podía evitar recordar a su primo, el rígido control que había manifestado sobre sus emociones, pese al dolor que tenía que estar desgarrándole. Sorprendida, se encontró comparando a aquel chiquillo con su padre y su hermano y sintiendo que ninguno de ellos le llegaba a la suela de los zapatos. *Ridículo*. Pero era cierto. Recordó sus gestos cuidadosamente medidos cuando la imagen holográfica de su padre muerto le había comunicado que ahora era la Cabeza; el férreo dominio de sí mismo la tarde en que había ido a verlo. *Me rechazó. Me deseaba pero tuvo la fuerza suficiente para rechazarme* . La pelea con su hermano, aprovechándose de las debilidades de un oponente que, sobre el papel, era más fuerte que él. Y, finalmente, aquella insólita decisión de nombrarla Cabeza *in absentia*. Había algo en Kal, una cualidad extraña que no estaba en su padre o en su hermano.

Volvió al presente. Dio media vuelta y se sentó de nuevo frente a la pantalla vacía. Código Mirmidón. Sin duda alguna especie de clave. Pero ¿cuál? ¿y qué pretendía Kal con aquello?

Sonrió de pronto, recordando las palabras de su primo cuando este estaba a punto de irse hacia Kurdstan. *Deliciosamente voluptuosa, ¿eh? De acuerdo, primo, no sé a qué estás jugando, pero tienes tu oportunidad. Veremos qué es ese código Mirmidón.*

Pulsó un botón y esperó a que el criado acudiera a su llamada.

—Que venga el Censor Lavin —dijo.

Después de hablar con su prima, Kal volvió a sus aposentos. Apenas permaneció en ellos cinco minutos. Era perfectamente consciente de que el acto que estaba a punto de realizar podía ser considerado como traición. No le importaba.

Después del gesto dramático de Kurdstan, de la revelación de Shamael dentro de la jaula, todo lo demás carecía de sentido. Recordaba vagamente las felicitaciones de las otras cabezas, sus expresiones de condolencia por la ingratitud del antiguo Regente. Todos estaban satisfechos. Habían localizado el origen de los Exteriores y capturado a su jefe. Qué más se podía pedir. El fin de las hordas que arrasaban la tierra estaba al alcance de la mano: pronto podrían volver a sus castillos, el mundo recuperaría la

normalidad, todo seguiría igual, no habría pasado nada.

Pero mientras recorría los pasillos, Kal sabía que eso no era verdad. Quizá los Exteriores vinieran de Australia, como él mismo había señalado, pero eso no tenía importancia. Shamael no era Domingo, no era el jefe de aquella hueste interminable que había arrancado la cabeza de Klahoma. Quizá era, había sido, el diablo, como él mismo proclamaba, pero también era fiel a su Familia. Había algo torcido allí, algo tremendamente erróneo. Posiblemente la activación del código Mirmidón no sirviera para nada, pero de alguna forma tenía que alertar a los suyos, tenían que saber que las cosas no eran correctas, que algo en todo aquello no era lo que parecía. Kurdstan estaba equivocado, lo estaban todos.

¿Sí? ¿No lo estaré yo? ¿No habremos estado engañándonos todos estos años, desde la tarde en que recogí (no, mi padre lo hizo) el cuerpo de un hombre del interior de un cráter humeante?

No lo sabía, pero sí sabía que, de una forma u otra, no podía dejar a Shamael en mitad de aquella jaula, acuclillado, desnudo, blanco de las miradas del mundo entero. Le debía demasiado. Recordó de nuevo las palabras de su padre, en aquella conversación (monólogo) que jamás había tenido lugar: *Shamael luchará por nosotros, si no por amor sí por la deuda que le ata a la familia.* ¿Qué deuda era aquella?

Y entonces, antes de que pudiera impedirlo, se vio asaltado por un nuevo recuerdo. Otra vez (*¿cuántas más?*, se preguntó débilmente) contemplaba la escena desde los ojos de su padre. No sabía cuánto tiempo había pasado desde la tarde en que conociera a Shamael y decidiera convertirlo en su sirviente personal; quizá algunos años. El recuerdo era breve, fugaz. Apenas un par de frases intercambiadas entre ambos:

—¿Por qué nos eres fiel? —preguntaba su padre.

—Tengo una deuda con tu Familia. Y siempre pago mis deudas.

—No comprendo. ¿Qué hemos hecho por ti?

—Habéis salvado mi vida. O lo haréis, en cualquier caso.

Ahí terminaba todo. Pero esas palabras de Shamael... Su padre jamás había hecho nada parecido a lo que el antiguo Regente proclamaba. Y él mismo no recordaba haber hecho algo similar. Claro que había otra posibilidad. Ridícula, sin la menor dura, pero ¿no era ridícula toda la historia que Shamael había contado sobre sí mismo y sin embargo tanto él como su padre la habían creído? *Habéis salvado mi vida. O lo haréis, en cualquier caso*. Shamael hablaba de una deuda con la familia, pero estaba diciendo que aún no la había contraído, que estaba siendo fiel a su padre a causa de

algo que este, o uno de sus descendientes, haría en el futuro.

No tenía sentido. Pero casi nada lo había tenido desde el día en que se enteró de la muerte de su padre. Con sentido o no, Shamael había sido fiel a la Familia durante más de cuarenta años. Y la Familia pagaba sus deudas.

No había nadie en el enorme salón mientras Kal se deslizaba hacia la jaula que aún colgaba del techo, procurando no entrar en las zonas iluminadas, deslizándose por las sombras tal y como le habían enseñado. El lienzo la tapaba de nuevo, y estaba tan inmóvil que a Kal le costaba trabajo creer que pudiera haber alguien vivo en su interior. Al fin llegó al lugar donde la cadena se unía a la pared y contempló unos instantes el mecanismo de poleas. Nada demasiado complicado, pero ¿qué alarmas desataría si lo conectaba? Aparentemente era un vulgar aparato mecánico, ni siquiera tenía un motor: uno se limitaba a dar vueltas a la manivela y la jaula subía o bajaba. No podía ser tan simple, aunque por qué no. Por qué esperaría Kurdstan o cualquier otro una traición.

Respiró hondo y comenzó a hacer descender la jaula lentamente. La posó en el suelo con toda la suavidad de que fue capaz, alarmándose por el menor ruido que hacía, magnificado por sus nervios. Al fin, caminó hacia la jaula y retiró el lienzo que la cubría. Shamael no parecía haberse movido desde la cena: seguía en cuclillas, con el rictus impávido en la boca.

—Hola, muchacho —susurró—. ¿Vienes a hacerme contraer mi deuda con la Familia?

Kal asintió, incapaz de pronunciar una sola palabra en aquellos momentos, con toda su atención concentrada en evitar el temblor de sus manos. Examinó la cerradura de la jaula unos instantes. No parecía muy complicada. Desenvainó su largo y delgado cuchillo y lo introdujo en ella.

—Las apariencias engañan, ¿verdad? —dijo Shamael, al ver como a Kal no le resultaba tan fácil forzar la cerradura.

El joven resopló sin decir nada y siguió intentándolo. Era ridículo. Había forzado cerraduras mucho más complicadas que aquella cientos de veces sin mayores problemas. No tendría que estar costándole tanto. De pronto, la mano de Shamael se posó sobre la suya a través de los barrotes.

—Déjalo, Kal. Me temo que es demasiado tarde.

El muchacho se volvió. Había algo... alguien en las sombras junto a la pared. La figura avanzó dos pasos y entró en la luz. Kurdstan, pero había un brillo extraño en sus ojos.

—Me lo temía. El cachorro Argicida no podía evitar salvar a su

antiguo tutor. Conmovedor, sin duda.

Kal no dijo nada. No había nada que decir. Había sido sorprendido cometiendo traición y solo le quedaba aguardar el juicio de sus pares. Sonrió torvamente. Su tío lo iba a tener muy fácil para quitarle la cabeza. *Y en más de un sentido*, pensó con amargura.

—Como decía, no me sorprende —dijo Kurdstan, deteniéndose a un par de pasos de él—. Por eso ni siquiera fui a buscarte a tus aposentos. Bien. ¿Te rendirás a mí pacíficamente o tendremos que emplear la fuerza?

—Estoy en tu Castillo, Kurdstan. Tu ley es mi ley. Me entrego.

—Cuán noble. Coged sus armas.

Dos individuos salieron de entre las sombras y se acercaron a Kal. Aquello era extraño, teniendo en cuenta la predilección de Kurdstan por los criados mecánicos. Tendió sus armas, esperando a que los criados las cogieran. Uno de ellos lo miró con rabia, como si hubiera algo personal entre ambos. Kal apenas pudo evitar un estremecimiento ante aquel rostro hirsuto y los ojos rojos que parecían taladrarle. El corazón le dio un vuelco. Antes de que los criados pudieran coger su espada y su largo cuchillo, los retiró con un gesto rápido y se encaró con Kurdstan.

—Así que es eso. Tú eres Domingo. No Shamael.

Una lenta sonrisa se ensanchó en el rostro de Kurdstan. A un gesto suyo una hueste de garras y colmillos salió de entre las sombras. Eran tantos que incluso la enorme sala de reuniones parecía sobrecargada más allá del límite.

—Muy hábil, pequeño humano, muy hábil.

—Kal —dijo Shamael a sus espaldas—, permíteme que te presente a Duma, antiguo Ángel del Silencio, luego mi lugarteniente en el infierno y ahora Domingo.

Kurdstan hizo una burlona reverencia sin dejar de sonreír.

—¿Durante cuánto tiempo? —preguntó Kal.

Aquello pareció pillar por sorpresa a Kurdstan.

—Tiempo... ah, sí, bastante. He sido Domingo desde hace ciento setenta y siete años. Y para vosotros he sido Kurdstan desde hace cincuenta y tres. Pero bajo ambos disfraces soy el que soy, el que un día ayudó a construir la Ciudad de Plata y luego a gobernar la llanura del dolor. ¿Te basta eso, pequeño humano?

Absurdo , pensó Kal. *Sin sentido*.

—¿Dónde están las otras Cabezas?

Domingo hizo un gesto. Una parte de la hueste se hizo a un lado y tres demonios avanzaron sujetando a Quito, Cabo y Kromsk.

—Aquí estamos todos, reunidos de nuevo. Pronto pareceréis volver a vuestros Castillos y los gobernaréis en paz. Emprenderéis una guerra contra los Exteriores y pareceréis vencer. Pero vuestros proyectos de recuperación fracasarán, la tierra se convertirá en un territorio baldío y la humanidad desaparecerá. Y mi venganza habrá llegado a su fin.

—¿Qué te hace pensar que vamos a colaborar en esto, traidor? —preguntó Quito, intentando librarse de su captor sin demasiado éxito.

—No lo haréis. Mañana estaréis muertos, después de que algunos de mis súbditos os hayan estudiado lo suficiente para usar vuestro disfraz.

—Comprendo —dijo Quito, completamente inmóvil.

—Bien, mi príncipe —dijo Domingo, volviéndose a Shamael e ignorando al resto de los presentes—. Estoy seguro de que cuando partiste de vuelta a la Ciudad de Plata en busca del perdón no esperabas encontrarme un día al frente de tus huestes.

—No especules sobre lo que espero o no, Duma.

—Ese nombre ya no es de mi agrado. El ángel del Silencio ha muerto y es Domingo quien te habla. —Se volvió a los demonios—. Lleváoslos a sus aposentos. Que descansen esta noche. —Miró unos instante a Kal, todavía con las armas en las manos—. ¿Entregarás las armas o tendremos que quitártelas, retoño humano?

Kal miró a Shamael, indeciso, y vio cómo éste asentía. El joven tendió la espada y el cuchillo al demonio que tenía en frente y luego se dejó conducir con docilidad fuera de la estancia. Las otras tres Cabezas lo seguían.

—Bien, mi príncipe. No hemos tenido muchas ocasiones para hablar durante todo este tiempo —dijo Domingo cuando quedaron a solas.

—Tampoco creo que lo tengamos ahora.

—Cierto. Serás destruido junto con esos humanos a los que tanto pareces apreciar ahora. Fuiste el mejor de nosotros, sin duda, pero me temo que tú tiempo ya ha pasado. Descansa bien esta noche, Shamael, Príncipe de las Mentiras.

—Te deseo lo mismo —dijo éste, acentuando su media sonrisa.

Domingo se fue sin responder.

Parece que el final ha llegado. El príncipe ha sido derrotado, no es más que una pobre bestia enjaulada, indefensa, una simple parodia de sí mismo, tal y como Domingo había anticipado. Sin embargo,

Legión dista de sentirse satisfecho.

Nosotros, yo, nosotros, tú, lo recordamos demasiado bien para permitirlo, ¿no es cierto?, fluyen sus pensamientos, cada vez más caóticos, *qué importa lo que los demás hayan dicho, debemos, debes, debo hacer algo para ayudarlo, ¿acaso no es el príncipe?, recordad, recuerda, mejor que recordemos cómo eran antes las cosas, sí, no importa el dolor, recordad los días interminables en la Ciudad de Plata, no, no importa que no quieras, no queramos recordarlo, debo hacerlo, debo, debo, debo, ¿verdad? ¿sí, verdad? o acaso hemos olvidado cómo eran las cosas antes de que Domingo nos arrastrase a esta parodia pálida llena de criaturas patéticas, no, ¿verdad? no olvidamos, no olvido que él fue el príncipe, que nos acogió en su infinito territorio de pesadumbre cuando la visión de la Ciudad de Plata se hizo insoportable para todos nosotros, que jamás nos reprochó nada, nos pidió nada, y qué importa que un día se cansara, que arrojara la llave en mitad de la más desolada de sus llanuras y huyera de nosotros, qué importa, ¿acaso no teníamos aún a los humanos para causarles dolor, acaso no seguía siendo nuestro el más vasto de los países del sufrimiento?, por qué seguir entonces a Domingo hasta aquí, por qué causar la destrucción de estos seres frágiles y desvaídos, qué nos importan ellos, qué nos importa nada, sólo volver al lugar al que pertenezco, el mejor de todos los lugares ahora que la visión de la Ciudad de Plata es insoportable, y ¿acaso no le debéis al príncipe el haber encontrado un hogar después de haber perdido el hogar, no estamos en deuda con él? somos muchos, uno pero a todos nos acogió sin pedir nada, sin exigir nada, era el príncipe, ¿recordáis los días anteriores a la caída? el mejor de todos nosotros, el favorito en el corazón del que no tiene nombre, el que más perdió con la rebelión, con la caída, qué importa que terminara regresando para implorar un perdón que tenía que saber que no se le concedería jamás, ¿no hemos cometido nosotros, yo, tú, todos ellos errores en el pasado? ¿por qué no iba a equivocarse el príncipe? ¿por qué no? ah, y esta tierra insoportablemente descolorida, qué hacemos aquí, para qué sirve todo, de qué nos va a servir la destrucción de los humanos, tenemos que volver al hogar, sí, con el príncipe para que me gobierne de nuevo, para solazarnos otra vez con el dolor que los humanos exigen para ser felices, sí, volver, regresar de nuevo, pero con el príncipe, con él a nuestro lado, cabalgando junto a mí, gobernando de nuevo, con el príncipe, sí, el príncipe.*

De modo que así iba a terminar todo. Sintió una punzada de dolor al pensar en su padre, que había sacrificado inútilmente su vida por

una tierra que estaba condenada a morir. Rechinó los dientes con rabia. ¿Por que tenían que ser así las cosas, por qué no podía haberse negado su padre a entrevistarse con los Exteriores, haber pasado algunos días más con él, haberle demostrado que lo amaba? Si al final todo iba a acabar en una oleada de destrucción sin sentido, ¿por qué no podían haberles concedido eso por lo menos? Golpeó con las manos la pared, despellejándose los nudillos, y el dolor sólo consiguió aumentar su rabia.

Paseó inquieto por la habitación, como una fiera enjaulada. No había nada que pudiera hacer. Tras la puerta, una criatura de ojos carmesí respiraba entrecortadamente, cambiando de forma con cada bocanada de aire, imitando sus gestos y sus rasgos. Al amanecer, un Kal que no sería él saldría del Castillo de Kurdstan y volvería al territorio Argicida. Sonrió torvamente. Lo que no podía saber Kurdstan era que a aquellas horas, su tío estaba seguramente preparándose para cortarle la cabeza a Kal en cuanto volviera al Castillo.

Aquello le hizo recordar la conversación con su prima y se preguntó si habría captado lo que había querido decir al informarla del código Mirmidón. Incluso en ese caso, no serviría de gran cosa; desde luego, no salvaría su vida. En realidad, le facilitaría la tarea a su tío.

Volvió a tenderse en la cama. Al menos esperaría el final con serenidad. O, si no podía lograrlo, con una imitación bastante buena de ella.

Oyó ruidos al otro lado de la puerta. ¿Tan pronto ya? La hoja de similmadera se hizo a un lado y Kal se quedó boquiabierto contemplando cómo la conocida figura de Kara entraba en la habitación.

—¿Qué...?

—Dime qué es el código Mirmidón —dijo ella, en tono hostil.

Kal tragó saliva, desconcertado.

—Vamos —lo apremió ella, alzando una espada cubierta de sangre.

—Código Mirmidón —recitó Kal—. Mi intercomunicador sigue abierto, de forma que podéis recibir cuánto suceda a mi alrededor. Normalmente la Cabeza le da ese código al Censor, pero puede transmitírselo a quien quiera.

Kara suspiró aliviada.

—Esa copia tuya que había ahí fuera desconocía eso.

—Ya veo —dijo Kal, más tranquilo.

—Y me costó horrores convencer a ese bastardo de Lavin de que

me diera acceso al código. Vamos.

No esperó a ver si su primo le seguía. Salió al estrecho pasillo, con Kal a sus espaldas y la espada desenvainada. Recorrieron oscuros corredores, por los que una fría corriente de aire ululaba y se estremecía. Por el camino, Kara le explicó en susurros cómo había cogido otro turbojet y salido del Castillo Argicida en cuanto había oído las transmisiones del intercomunicador de Kal. A éste no le sorprendió que hubiera podido moverse por el Castillo de Kurdstan sin problemas: por una parte no esperaban a nadie, y por la otra, el código de prioridad al que Kara tenía derecho como Cabeza *in absentia* le garantizaba el acceso a casi todas partes. Pero los actos de su prima ponían lo que creía saber de ella bajo una nueva perspectiva: no le había dicho nada a su padre; había decidido arriesgar su vida por salvar la de él, algo que apenas unos días atrás ni siquiera se le habría pasado por la cabeza. El poder cambiaba a las personas, pensó, y no siempre para mal.

Al fin llegaron a un ascensor junto al que había una figura humana inerte.

—Has estado muy ocupada —dijo Kal, mientras descendían.

Kara no pareció oírlo.

—¿Por qué dejaste abierto tu intercomunicador?

—No lo sé. Había algo torcido en todo lo que estaba pasando. No sabía qué era, pero algo no encajaba. Shamael podía ser muchas cosas, pero no un traidor a la Familia.

Al fin, el ascensor llegó a su destino y las puertas se abrieron, mostrándoles el hangar, donde seis turbojets esperaban inmóviles. Echaron a andar hacia dos de ellos. De pronto, Kal se detuvo.

—No puedo.

Kara lo miró, sorprendida.

—¿Qué?

—No puedo irme. No mientras Shamael siga preso.

—Pero...

—No importa lo que sea o haya sido. Ha sido fiel a la Familia todo este tiempo. Y la fidelidad debe ser pagada.

Su prima sonrió torvamente.

—Es tu segunda lección de gobierno?

Kal le devolvió la sonrisa.

—Lo es. Coge el turbo y vuelve al Castillo Argicida. Dame tus armas.

Kara dudó unos instantes. Parecía aceptar la decisión de su primo de quedarse, pero no estaba muy segura de irse ella misma. Al fin le tendió la espada ensangrentada y un afilado cuchillo. Kal

los enfundó en sus vainas vacías, miró a su prima sin decir nada y dio media vuelta, dirigiéndose de nuevo hacia el ascensor. De pronto se detuvo.

—¿Por qué lo has hecho? ¿No habría sido más fácil dejar que me mataran y luego acabar con mi doble?

Kara se encogió de hombros.

—Tal vez. Pero ¿qué habría hecho luego?

—Gobernar a través de tu hermano.

Ella no dijo nada durante largo rato.

—Ni mi padre ni mi hermano se merecen la Cabeza —dijo al fin, como si cada palabra le fuera arrancada contra su voluntad—. Y si yo voy a serlo será por merecimientos propios y no ocultándome tras nadie.

Kal sonrió. Luego, sin una palabra, se introdujo en el ascensor. Contempló a su prima hasta que las puertas se cerraron. En los ojos de ella había un fulgor cálido que Kal jamás había visto antes.

—¿Un segundo intento? —preguntó Shamael, cuando lo vio entrar otra vez.

Sin responder, Kal avanzó hacia la jaula. Contempló de nuevo la cerradura, tan aparentemente simple y que tan bien se había resistido a sus intentos unas horas atrás.

—Tendrás que ayudarme —le dijo a su antiguo Regente.

—Creo que no será necesario.

Señalaba un punto a espaldas de Kal. Éste se volvió y al principio no pudo ver nada, sólo una sombra más entre las sombras. Luego, poco a poco, su visión se fue enfocando y pudo ver una figura de aspecto humano que avanzaba hacia ellos. Se maldijo a sí mismo en silencio y, de forma automática, su cuerpo adoptó la posición de ataque.

—¿Quieres que descuarticemos por ti a este humano? —siseó la figura desde la oscuridad.

—Eso me desagradaría tremendamente —respondió Shamael con malicia.

El cuerpo pasó por una zona iluminada y Kal pudo ver un caos inverosímil, tan cambiante que apenas podía fijar su mirada en él.

—¿Qué...? —pero no pudo terminar la pregunta.

La criatura llegó junto a ellos. Su apariencia era, a primera vista, humana, pero no había nada quieto en él, sus facciones, sus proporciones, su mismo sexo o edad parecían cambiar continuamente. Por unos instantes, Kal vio el mismo rostro hirsuto que había lanzado su saludo al «príncipe» desde la pantalla de su

Castillo. Pero enseguida esas facciones fueron tragadas por aquel caos incesante.

—Saludos, príncipe —dijo con una voz tan caótica como su apariencia.

—Saludos, Legión. Hacía tiempo que no os veía.

—Sí, desde tu marcha. ¿Encontraste el perdón que buscabas?

El rictus de Shamael se ensanchó en una verdadera sonrisa.

—Sabes que no, o no estaría aquí ahora. ¿Qué habéis venido a hacer aquí, Legión? ¿Domingo os envía a rematarme?

La criatura pareció ofendida.

—Nadie nos envía. No hemos olvidado que eres el príncipe. Quiero, queremos que vuelvas, gobiérnanos otra vez, reina de nuevo en nuestras llanuras interminables.

—No, Legión. Ese tiempo ha pasado. No volveré con vosotros. Ahora mi hogar es el mundo de los humanos.

—¿Esta parodia pálida de formas desvaídas? Es ridículo.

—Quizá, pero es cierto.

Legión pareció considerar las palabras de Shamael.

—Si así lo deseas, así será —dijo al fin—. En cualquier caso no podemos consentir esto. —Señaló a la jaula con una mano que era la de un niño, la de un viejo—. Si lo que quieres es este mundo sin colores, quédate en él. Pero no ayudaré a Domingo a tenerte encarcelado. Apártate, humano.

Hizo a un lado a Kal de un empujón y se acercó a la jaula. Su mano (una garra, unos delicados dedos de mujer) trastearon con la cerradura unos instantes. Al fin ésta saltó con un chasquido.

—Estás libre, príncipe.

Shamael abrió la puerta de la jaula y se irguió desnudo en el exterior.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—No queremos este mundo, la destrucción de los humanos no nos causa el menor placer. Quiero volver al país del dolor interminable. Queremos volver al hogar.

—¿Sólo vosotros?

—No lo sabemos. Los demás siguen a Domingo, pero han perdido tanto, están tan desorientados. No saben qué hacer, príncipe. Si Domingo desapareciese, ellos volverían.

—¿Y quién lo hará desaparecer? —dijo una nueva voz tras ellos.

Domingo entraba en la sala por una puerta que acababa de abrirse en el muro. Kal habría jurado que unos momentos atrás allí no había el menor indicio de una oquedad: sólo la pared lisa. Tras Domingo, medio ocultos por las sombras, se movían algunos de sus

sirvientes.

—Ignoro cómo el cachorro Argicida se las ha apañado para salir de su habitación y matar a su doble, aunque temía que no se dignaría a esperar tranquilamente el final. Pero jamás habría supuesto que tú me traicionarías, Legión.

—Nosotros no traicionamos. Es el príncipe. Lo seguimos.

—¿Adónde? —dijo Domingo, sin dejar de avanzar hacia él. A sus espaldas se movía la horda, apenas perfilada entre las sombras —. ¿A vuestra destrucción?

—Sssí, si eso pasara, allí iríamos.

Lo que había tras Domingo irrumpió en la luz y Kal pudo verlo con total claridad. Otra vez aquella horda, pero ahora inmensa, llenando hasta el último hueco de la sala de reuniones, un caos sin final de garras y fauces, de ojos enloquecidos y dientes afilados.

—Las otras Cabezas están muertas, pequeño humano —dijo Domingo deteniéndose a pocos pasos de Kal—. ¿Entregarás tu vida sin luchar o tendremos que arrebatártela?

—¿Qué ha pasado con el verdadero Kurdstan? —preguntó Kal, más por ganar tiempo que porque realmente lo ignorase.

Kurdstan sonrió, como si hubiera adivinado los pensamientos del joven.

—Lo maté hace tiempo y ocupé su lugar, como ya había hecho antes con su padre ¿Crees que Shamael es el único de nosotros que puede vestir ropaje humano? Aunque temo que en el caso de nuestro antiguo gobernante se trate de algo más que meras ropas. ¿No es cierto, alteza? ¿Es esa ahora tu verdadera forma?

—Quizá —dijo Shamael.

—No la mía, sin embargo. Ah, no puedes comprender cuánto odio este patético disfraz, pequeña criatura humana. Yo, que una vez fui el ángel del silencio, que contemplé la luz sin final que fluye del rostro del que no tiene nombre, yo, el más majestuoso de los custodios de la Ciudad de Plata, rebajándome a usar esta impostura enfermiza, frágil.

—Para ser el ángel del silencio hablas demasiado —dijo Kal en son de chanza, asombrándose ante su propio atrevimiento.

—Perdónalo, Kal —dijo Shamael, recogiendo la broma—. Pasó demasiado tiempo queriendo decir algo y sin poder hablar. Y ahora me temo que malgasta sus días hablando sin decir nada.

Domingo no respondió. Lentamente, la horda de demonios que lo acompañaba se iba desplegando alrededor de ellos, estrechando poco a poco el círculo. Kal miró a Shamael: el Regente sonreía de nuevo mordaz, desafiante. En sus ojos había un brillo de

agradecimiento hacia el joven.

—¿Por qué? —preguntó éste de repente.

Aquello pareció coger por sorpresa a Domingo.

—¿Por qué no? —respondió al cabo de un rato—. Al fin y al cabo vosotros sois los únicos culpables. Éramos los favoritos del que no tiene nombre hasta que aparecisteis. Durante mucho tiempo nos conformamos con las inacabables llanuras de desesperación del infierno, pero cuando el príncipe se fue, lo vi claro. La culpa era vuestra. No volveríamos a la Ciudad de Plata, pero no importaba, tendríamos nuestra venganza, seríais exterminados hasta el último de vosotros.

—¿Y luego? —preguntó Shamael—. ¿Qué haréis después? Cuando no quede un solo humano al que odiar, cuando no haya más almas mortales que atormentar en nuestras yermas planicies, ¿qué haréis?

Un coro de murmullos se alzó a su alrededor.

—Tan astuto como siempre, mi príncipe, pero eso no te salvará —dijo Domingo. Con una sola mirada a su horda, los murmullos cesaron—. ¿Y bien, Legión? ¿Volverás al redil o tendremos que destruirte como a estos dos?

—Nunca —silabeó Legión y fue como si mil gargantas se hubieran abierto a la vez—. Si hemos de morir, lo haremos al lado del príncipe.

Domingo se encogió de hombros.

—Como quieras. Para ti y para Shamael este espectáculo ya es conocido —dijo mientras se quitaba la túnica con el emblema de Kurdstan—, pero para el pequeño humano quizá sea instructivo. Por qué no, al menos que muera feliz, ¿eh, mi príncipe? que contemple al antiguo ángel del silencio en toda su gloria.

Se llevó las manos al pecho y se desgarró la carne. La piel saltó, se abrió como una cremallera, y un jirón de oscuridad salió de la cavidad pectoral. Lo que había sido Kurdstan no era más que un pellejo informe caído en el suelo. La oscuridad crecía, tomando forma. Kal vio un rostro que había sido bello, dos alas que un día habían sido insoportablemente blancas, un cuerpo que quizá, miles de años atrás, había sido el más proporcionado del universo.

—Mírame, pequeño humano. Soy Domingo, que fue una vez ángel del silencio y luego mano derecha del Príncipe de las Mentiras, pero ya no. Ahora soy solo Domingo, nuevo señor del Territorio de Pesadumbre, Destructor de la Tierra, Matarife de la Humanidad.

—Te arrogas nuevos títulos con demasiada facilidad —dijo

Shamael.

—¿Y por qué no? —La transformación se había completado. Domingo era ahora una figura enorme, alada y obscenamente retorcida. Pero en su rostro, crispado en una mueca de odio, había aún rastros de su antigua belleza—. ¿Por qué no?

La criatura hizo una seña y la horda demoniaca se abalanzó sobre ellos.

Kal desenvainó la espada y el cuchillo, adoptó la posición de defensa y todo pensamiento racional desapareció de su mente. Apenas fue consciente de que, junto a él, Legión se descomponía en miles de cuerpos: la alianza de entidades que había sido hasta ahora retornaba a sus antiguas individualidades para luchar por su vida. Mientras cortaba una cabeza grotesca y llena de dedos, Kal divisó un viejo, un dragón, una mujer tan bella que resultaba aterradora, un niño con cuchillas por manos, una montaña, un leviatán, una medusa. Apenas pudo ver nada más: su propia supervivencia ocupaba cada uno de los reflejos de su cuerpo y no tenía tiempo para mirar lo que sucedía a su alrededor.

Shamael, entretanto, no se había movido. Mientras Kal y la multitud caótica que hasta entonces había sido Legión luchaban por sus vidas, permaneció desnudo y erguido, con la vista al frente y el rictus mordaz en las comisuras de la boca. Alguien se le acercó por detrás. Se volvió apenas y la criatura se vaporizó en un grito que no era de este mundo.

Legión se defendía bien, pero algunos de sus componentes morían. Al mismo tiempo, sin embargo, nacían otros. La criatura múltiple tenía algo de adictivo y muchos de los demonios de la sala eran absorbidos en su interior sólo para ser soltados de nuevo y luchar por Shamael y por él mismo.

Domingo apenas se inmiscuía en la lucha. Apartaba de un manotazo las molestias y miraba a su antiguo príncipe con el odio brillando en los ojos carmesí.

Y Kal seguía luchando, sin pensar. Su cuerpo era una máquina de matar, perforar, descuartizar. Pivotar sobre el pie, clavar, sacar el arma rápidamente y girar sobre sí mismo, un tajo rápido, un miembro cortado, un pecho perforado, y girar de nuevo, agacharse, golpear, cortar. Su mente se sentía ajena al espectáculo sangriento que se desarrollaba a su alrededor, con él mismo como uno de los protagonistas.

Mientras su cuerpo seguía ejecutando su danza mortífera, su cerebro ausente sintió que un nuevo recuerdo le asaltaba. Parte de él continuaba allí, saltando, agachándose, esquivando, pero otra

parte estaba lejos.

Caminaba con su padre (*pero no es mi padre, es mi abuelo*) por lo que parecía un jardín interminable. Los árboles alzaban sus ramas inacabables a un cielo suavemente azul, cubierto en parte por blancos manchones algodonosos.

Nubes, había pensado, *son nubes*.

A su alrededor, un arbusto florecía, abriendo al aire cálido y húmedo una iridiscencia de colores. Los insectos zumbaban. A lo lejos, algo agitaba el follaje, y pudo ver el lomo rayado de un animal.

—¿Por qué me has traído aquí? —había preguntado a su padre.

—Este es el mundo, como fue una vez, como quizá vuelva a ser.

—Pero no es real.

—No. Es sólo una imagen almacenada en el ordenador.

Pero podía extender la mano y pincharse con las espinas; y aquel intenso olor a sangre vegetal... No importaba que tanto él como su padre estuvieran tumbados en sus sillones de realidad virtual, completamente inmóviles, como dos antiguos muertos en sus sarcófagos.

—Míralo bien. No volverás a verlo en tu vida salvo un día, quizá, cuando se lo muestres a tu heredero para que él se lo muestre a su vez al suyo. Por esto luchamos. Esto es lo que merece la pena ser salvado. No nosotros.

Pero apenas podía prestar atención a las palabras.

—¿Mi heredero? —preguntó incrédulo.

Su padre suspiró.

—No importa —dijo, como si hablara consigo mismo—. Terminarás comprendiéndolo. —Se volvió y le miró. Su rostro severo se relajó en una sonrisa—. Mañana anunciaré al Consejo de Familia tu nombramiento como mi sucesor.

Siguieron caminando en mitad de aquel jardín sofocante, tan lleno de belleza que resultaba cruel. *Sí*, pensó. *Algún día volveré aquí con mi hijo*.

Sólo que no lo había hecho, comprendió Kal mientras el recuerdo se desvanecía. No había tenido oportunidad de hacerlo antes de que la muerte lo cogiera entre sus dedos fríos e implacables. O, en cierta forma, sí lo había hecho, acababa de hacerlo.

Mientras tanto, más allá de la mente del joven, la horda que los atacaba no parecía tener fin. Shamael, casi sin moverse, seguía erguido junto a la jaula, destruyendo sin apenas esfuerzo a los escasos demonios que se atrevían a acercarse a él. Legión, de una

manera u otra, se las arreglaba para sobrevivir y matar. *Pero yo solo soy humano*, comprendió Kal mientras lentamente volvía al escenario sangriento que le rodeaba. Llevaba casi una hora luchando, ignorando el cansancio, las protestas de sus músculos, con el brazo ensangrentado hasta el codo y cientos de pequeñas heridas abiertas por todo su cuerpo. Jadeaba, se demoraba en las fintas y era consciente de que no podría aguantar mucho más. Un pensamiento brilló en su mente: con los últimos jirones de fuerza esquivó a su atacante, saltó por encima de media docena de criaturas obscenamente humanas y cayó en cuclillas junto a la figura imponente de Domingo. Alzó el arma, jadeando.

Demasiado lento. Domingo reparó en él, sonrió y una garra negra descendió hacia el joven. Algo la detuvo en el último momento. La cabeza de Kal permaneció sobre sus hombros, pero el golpe lo arrojó el suelo y ya no tuvo fuerzas para incorporarse. Se quedó allí, junto a Domingo, medio inconsciente.

—¿Tanto aprecias a esta patética criatura? —preguntó Domingo.

—Siempre pago mis deudas —dijo Shamael, avanzando hacia su antiguo lugarteniente con parsimonia, mientras los demonios se apartaban a su paso, llenos de pánico y, algunos, de adoración.

—¿Deudas?

—Este chico ha salvado mi vida. O quizá la salvará.

Domingo frunció el ceño.

—No sé de qué hablas.

—Eso es obvio. Nunca lo supiste. Incluso en la Ciudad de Plata jamás supiste lo que pretendía realmente.

Ahora estaban frente a frente, mirándose. El cuerpo de Domingo era dos veces mayor que el de Shamael, pero de alguna manera éste último se las arreglaba para parecer igual de alto.

—Nunca quise destruir a los humanos. Qué me importaban. Sólo castigar al que no tiene nombre. Yo lo había amado como nadie amó jamás en todo el universo y él me había dado la espalda. Los humanos... carecían de importancia. Eso es lo que jamás comprendiste, ¿verdad?

—Palabras, palabras. Estoy harto de ti. Debí haberte matado cuando mis demonios te capturaron. Los humanos se habrían convencido igual si hubieran visto tu cuerpo.

—Ahora nunca lo sabremos, ¿verdad?

Domingo extendió una mano. Shamael, en un gesto desganado, alzó la suya y tomó la de su oponente por la muñeca. Kal, junto a ambas criaturas, comenzaba a despertar y percibía confusamente lo

que ocurría. Apenas era capaz de moverse.

De nuevo Domingo extendió una mano y otra vez Shamael la sujetó por la muñeca. Permanecieron así, inmóviles, durante lo que pareció un tiempo interminable. A su alrededor, la lucha había cesado, como si todos hubieran comprendido que la verdadera batalla estaba teniendo lugar en aquellos momentos y ellos no eran más que comparsas sin la menor importancia. Algunas partes de Legión se volvieron a unir dentro de él; otras permanecieron en el suelo, inmóviles.

Poco a poco, Shamael empezó a doblegarse. Apenas un milímetro, pero Domingo ganaba posiciones. Lentamente, micra a micra, estaba siendo derrotado. Kal lo captó confusamente y las lágrimas de rabia cegaron parcialmente su visión.

—¿Lo ves, mi príncipe? —rugió Domingo, ebrio de triunfo, mientras Shamael se doblaba un poco más ante su presión—. ¿Lo comprendes ahora? Para mí no eres nada. ¿Lo aceptas, aceptas tu destrucción?

¡¡No!!, rugió Kal sin abrir la boca. *¡Esto no terminará así!* Notó algo en su mano izquierda, un contacto conocido, reconfortante. Apenas tuvo tiempo para pensar: su cuerpo desfallecido hizo acopio de los últimos gramos de fuerza y el cuchillo se hundió en el negro muslo de Domingo.

El alarido resonó en todo el castillo y la misma piedra se estremeció al oírlo. Domingo miró incrédulo su pierna de la que manaba una sangre oscura y sus dientes rechinaron mientras el pequeño humano causante de aquello se dejaba caer el suelo de nuevo.

Fue todo lo que Shamael necesitaba para alzarse con el triunfo. Desequilibró a su antiguo lugarteniente, saltó sobre él y, desclavando el cuchillo de Kal de la pierna, lo hundió en el pecho, abriendo frenéticamente la carne oscura, agrandando la herida hasta que puedo meter sus manos por ella. Domingo, en un último intento, trató de coger a Shamael por el cuello, pero no pudo evitar que las manos de su príncipe se introdujeran en la herida y extrajeran el negro corazón que latía rabioso. Shamael lo apretó en sus manos y lo hizo pulpa. Sólo entonces, el brillo rojo murió en los ojos de Domingo y el enorme cuerpo se quedó inmóvil.

Shamael se incorporó. Era evidente que estaba agotado, pero no abandonó su rictus sardónico.

—Bueno —dijo mirando a su alrededor—. Tendré que hacer algo con todos vosotros, me imagino.

Quito, Kromsk, Cabo, todos ellos muertos. Si habían sido previsores, habrían dejado preparado el asunto de la herencia antes de irse a la reunión. Si no... Kal se encogió de hombros. En realidad no le importaba demasiado. De una manera o de otra, las demás Familias encontrarían una nueva Cabeza. Pensó en su prima, y se preguntó cómo lo estaría haciendo en su ausencia. *Mejor de lo que esperaba cuando la confirmé como mi sustituta, desde luego*, se dijo, recordando que si ahora estaba vivo era gracias a su intervención. Eso estaba bien: tenía planes para ella. *Dios, qué tortuoso me he vuelto en tan pocos días*, pensó con un humor sombrío.

—Qué frágiles sois —dijo Legión, echándole a la cara un aliento tan fétido como agradable, mientras terminaba de vendar sus heridas—. No sé por qué el príncipe os tiene tanto aprecio.

En realidad yo tampoco, pensó Kal, pero se abstuvo de decirlo en voz alta. Recordó una vez más las órdenes que Shamael había dado a los demonios supervivientes en la batalla: volverían al infierno (*la llanura del dolor*, la había llamado, *el territorio de pesadumbre*) y Legión sería su nuevo gobernante. Nadie se opuso a la última orden de su príncipe. Ahora, el único que quedaba en el castillo de Kurdstan era el propio Legión, que parecía remiso a abandonar a Shamael. Al final se había dado cuenta de que nada de cuanto dijera lo haría cambiar de idea y había aceptado el nuevo orden de cosas. Pero todavía haraganeaba por allí, su cuerpo cambiante deslizándose por los pasillos, fluido como un banco de peces.

Kal intentó incorporarse y todo su cuerpo protestó. Trató de ignorarlo y consiguió tenerse en pie. Dio dos pasos tambaleantes hacia la puerta de la habitación. Shamael apareció en el umbral.

—Tu cachorro humano sobrevivirá —dijo Legión, sin ocultar el desprecio en sus voces—. Supongo que tenemos que irnos.

—Tenéis un reino que gobernar, amigo mío.

—Sí, aunque eso no nos cause mucho placer.

—Tampoco a mí me lo causó.

—Adiós, mi príncipe.

—Adiós, Legión. Buena suerte.

El demonio no respondió. Se deslizo hacia la puerta y se perdió en las sombras del pasillo. Shamael entró en la habitación. Se detuvo junto a Kal.

—¿Y ahora? —dijo el joven.

—¿Ahora? No sé. Soy libre. La deuda por la que pagué todos estos años ha sido contraída al fin y estoy libre. Has salvado mi vida, Argicida.

—Sí, y tú me entrenaste durante todo este tiempo para que pudiera salvarla.

Shamael no dijo nada.

—Nos has manipulado todos estos años ¿verdad? —la voz de Kal sonaba tranquila, pero había rabia oculta tras sus palabras—. Nos serviste fielmente sólo para que un día te salvásemos la vida. No somos más que tus marionetas.

—No preví la muerte de tu padre. La habría evitado de haber podido —dijo Shamael, ignorando la rabia del joven y respondiendo a lo que realmente deseaba saber—. No soy omnisciente. Sabía que un día estaría en deuda con vosotros, nada más. Me limité a pagar la deuda antes de que fuera contraída.

Kal no dijo nada. Miró a Shamael: no había el menor asomo de burla en aquel rostro infantil y mordaz; la media sonrisa había desaparecido. Lo miraba sin parpadear, casi con ternura.

—Te creo —dijo al fin.

Intentó añadir algo más, pero la habitación empezó a girar a su alrededor. Cuando volvió a abrir los ojos estaba tendido en el lecho, con Shamael a su lado.

—Levantarte fue una tontería.

Kal asintió.

—¿Qué harás ahora?

—Para bien o para mal el mundo es mi reino ahora y estoy atado a él. No como vosotros, pero atado. Volveré con la Familia Argicida, si su Cabeza me acepta.

Kal se mordió los labios. Pareció dudar unos momentos.

—Te acepta —dijo al fin.

—Bien —respondió Shamael, como si aquella cuestión no hubiera sido demasiado importante—. Contactaré con tu Regente y le informaré de que iremos para allá en cuanto te hayas recuperado de tus heridas. —Dio media vuelta y echó a andar hacia la puerta. Se detuvo—. ¿Por cierto, quién es la Cabeza *in absentia*?

—Kara.

La sonrisa en el rostro de Shamael se ensanchó.

—Una elección curiosa, sin duda.

—En realidad, estás... estuviste más en deuda con ella que conmigo.

Por primera vez desde que lo conocía vio la sorpresa aparecer en el rostro de Shamael.

—¿Cómo es eso?

—Es una larga historia.

—Supongo que así es. Bien, no importa. Tendremos tiempo de

sobra para que puedas contármela más adelante.

Se volvió otra vez y salió de la habitación.

Kal lo vio irse, todavía desnudo, con la huella de las cicatrices gemelas cruzándole la espalda. Cerró los ojos. ¿Podía fiarse de Shamael, podía fiarse de alguien que se había llamado a sí mismo el príncipe de las mentiras? Y sin embargo, ¿cómo no hacerlo? Hombre o demonio, Shamael era fiel a la Familia Argicida. No, eso no era cierto. Era fiel al mundo. El mundo era ahora su reino, él mismo lo había dicho. Un reino devastado, desecho, una tierra yerma, un... ¿cómo había llamado al infierno?, sí, un territorio de pesadumbre.

Pero estamos aquí. Hemos luchado y de alguna manera hemos evitado la derrota. El pensamiento le hizo gracia. Quizá era eso a lo máximo que podían aspirar, no a ganar, sino simplemente a no perder. *Bueno, es bastante*. Seguía vivo, como se empeñaba en proclamar dolorosamente cada una de las heridas de su cuerpo. Seguía vivo y el mundo aún no había sido destruido.

Sí, sin duda era bastante.

Sobre el autor

Rodolfo Martínez (Candás, Asturias, 1965) publica su primer relato en 1987 y no tarda en convertirse en uno de los autores indispensables de la literatura fantástica española, aunque si una característica define su obra es la del mestizaje de géneros, mezclando con engañosa sencillez y sin ningún rubor numerosos registros, desde la ciencia ficción y la fantasía hasta la novela negra y el thriller, consiguiendo que sus obras sean difícilmente encasillables.

Ganador del premio Minotauro (otorgado por la editorial Planeta) por *Los sicarios del cielo*, ha cosechado numerosos galardones a lo largo de su carrera literaria, como el Asturias de Novela, el UPV de relato fantástico y, en varias ocasiones, el Ignotus (en sus categorías de novela, novela corta y cuento).

Su obra holmesiana ha sido traducida al portugués, al polaco, al turco y al francés y varios de sus relatos han aparecido en publicaciones francesas.

En 2009 y con *El adepto de la Reina*, inició un nuevo ciclo narrativo en el que conviven elementos de la novela de espías de acción con algunos de los temas y escenarios más característicos de la fantasía.

Recientemente ha empezado a recopilar su ciclo narrativo de Drímar en cuatro volúmenes, todos ellos publicados por Sportula.

Bibliografía

1995

La sonrisa del gato (Miraguano, col. Futurópolis núm. 39, Madrid, 1995)

«Las brujas y el sobrino del cazador» (en *Las brujas y el sobrino del cazador*, Grupo Elfstone, col. Tormenta de Palabras núm. 1, Zaragoza, 1995)

1996

La sabiduría de los muertos (Fundación Dolores Medio, Oviedo, 1996)

Tierra de Nadie: Jormungand (Ediciones B, col. Nova CF núm. 86, Barcelona, 1996)

«Un jinete solitario» (en *BEM* núm. 53, Grupo Interface, 1996; Díez, Julián (comp.), *Antología de la ciencia ficción española. 1982-2002*, Minotauro, Barcelona, 2003; *Callejones sin salida*, Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005)

1997

Los celos de Dios (UPCF, col. Quaderns UPCF núm. 5, Barcelona, 1997)

1998

El alfabeto del carpintero (Juan José Aroz, col. Espiral Ciencia Ficción núm. 11, Bilbao, 1998; *El carpintero y la lluvia*, Sportula, Gijón 2010)

1999

El abismo te devuelve la mirada (Ediciones Tempore, col. Huella de Sangre núm. 5, Barcelona, 1999)

«Territorio de pesadumbre» (en *Beca Pepsi-Semana Negra de novela corta*, Semana Negra, Gijón, 1999; El Doble de Ciencia Ficción núm. 2, Ediciones Robel, Madrid, 2004; Sportula, Gijón, 2010)

«Este relámpago, esta locura» (en *Premios UPC 1998*, Ediciones B, col. Nova CF núm. 123,

Barcelona, 1999; *Callejones sin salida*, Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005; Cabos sueltos, Sportula, Gijón 2010)

2004

Sherlock Holmes y la sabiduría de los muertos (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 13, Madrid, 2004; Alamut, Madrid, 2008)

El sueño del Rey Rojo (Gigamesh, col. Gigamesh Ficción núm. 31, Barcelona, 1994; Sportula, Gijón, 2010)

2005

Los sicarios del cielo (Minotauro, col. Hades, Barcelona, 2005)

Sherlock Holmes y las huellas del poeta (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 28, Madrid, 2005)

Callejones sin salida (Berenice, col. El Nogal Negro núm. 3, Córdoba, 2005)

2006

Laberinto de espejos (Berenice, col. El Nogal Negro núm. 4, Córdoba, 2006)

A sabedoria dos mortos (edición portuguesa de *La sabiduría de los muertos*, Saida de Emergencia, col. Bang! núm. 18, Parede, 2006)

2007

Sherlock Holmes y la boca del infierno (Bibliópolis, col. Bibliópolis Fantástica núm. 54, Madrid, 2007)

2008

Sherlock Holmes y el heredero de Nadie (Alamut, Madrid, 2008)

El abismo en el espejo (Hegemón, Zaragoza, 2008; Sportula, Gijón, 2011)

Sherlock Holmes Ve Ölülerin Bilgeliği (edición turca de *La sabiduría de los muertos*, Ithaki, Estambul, 2008)

2009

El adepto de la Reina (Sportula, Gijón, 2009)

Sherlock Holmes I mądrość umarłych (edición polaca de *La sabiduría de los muertos*, Muchanesiada, Cracovia, 2009)

2010

El sueño del Rey Rojo (Sportula, Gijón, 2010)

El carpintero y la lluvia (Sportula, Gijón, 2010)

Laberintos y tigres (Sportula, Gijón, 2010)

Territorio de pesadumbre (Sportula, Gijón, 2010)

Cabos sueltos (Sportula, Gijón, 2010)

La sagesse des morts (edición francesa de *La sabiduría de los muertos*, Mnémos, Saint-Laurent-d'Oingt, 2010)

2011

Sondela (Dolmen, Mallorca, 2011)

Fieramente humano (NGC Ficción!, col. Fantasía núm. 1, Madrid, 2011)

El abismo en el espejo (Sportula, Gijón, 2011)

El jardín de la memoria (Sportula, Gijón, 2011)

2012

La ciencia ficción de Isaac Asimov (Sportula, Gijón, 2012)

La sabiduría de los muertos (Sportula, Gijón, 2012)

Ferozmente subjetivo (Sportula, Gijón, 2012)

Sondela (Sportula, Gijón, 2012)

The Queen's Adept (edición inglesa de *El adepto de la Reina*, Sportula, 2012)

El Adepto y la Memoria (Sportula, Gijón, 2012)

La sonrisa del gato (Sportula, Gijón, 2012)
Este incómodo ropaje (Sportula, Gijón, 2012)
Jormungand (Sportula, Gijón, 2012)
Roy Córdal, detective (Sportula, Gijón, 2012)
Este relámpago, esta locura (Sportula, Gijón, 2012)

POR CICLOS NARRATIVOS

Sherlock Holmes

La sabiduría de los muertos
Las huellas del poeta (previsto en Sportula)
La boca del infierno (previsto en Sportula)
El heredero de Nadie (previsto en Sportula)

Drímar (en rústica)

El carpintero y la lluvia
Cabos sueltos
Jormungand
Bifrost (previsto en Sportula)

DRÍMAR (en ebook)

Roy Córdal, detective
Un agujero por donde se cuela la lluvia (previsto en Sportula)
El alfabeto del carpintero (previsto en Sportula)
Jormungand
Este relámpago, esta locura
Los celos de Dios (previsto en Sportula)
La sonrisa del gato
Un jinete solitario
Bifrost (previsto en Sportula)

La Ciudad

El abismo en el espejo
Este incómodo ropaje (Los sicarios del cielo)
Fieramente humano (previsto en Sportula)

El adepto de la Reina

El adepto de la Reina
El jardín de la memoria
El Adepto y la Memoria
«Embrión»
«Amistad»

Fuera de ciclo

El sueño del Rey Rojo
Territorio de pesadumbre
Sondela

Antologías

Callejones sin salida
Laberinto de espejos

Novelas cortas

Las brujas y el sobrino del cazador
«Un jinete solitario»

Los celos de Dios
El alfabeto del carpintero
«Este relámpago, esta locura»

Poesía

Laberintos y tigres

Ensayo

La ciencia ficción de Isaac Asimov
Ferozmente subjetivo